Traducción de Rafael Martín Calvo

LA JAULA



ALBERTS BELS

automática editorial

Traducción de Rafael Martín Calvo

LA JAULA

ALBERTS BELS



automática editorial

TÍTULO ORIGINAL: Būris

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

This book was published with the support of the Latvian Literature platform.



ISBN digital: 978-84-15509-90-5

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica y de estilo: Samara Ibarra / Automática Editorial
Edición digital: Álvaro López

Primera edición en Automática: noviembre de 2023

LA JAULA

ALBERTS BELS

TRADUCCIÓN DEL LETÓN Y NOTAS
DE RAFAEL MARTÍN CALVO



ÍNDICE

I

Un miércoles de septiembre por la mañana, estando aún echado en la cama y algo adormilado, Valdis Strūga sintió un dolor prolongado y continuo en la cadera derecha. Era una especie de punzada o pinchazo, como un buril romo hurgando, arañando sin cesar justo en la articulación. También una inflamación sorda iba tomando cuerpo en una falange del dedo gordo del pie derecho. El dolor lo despertó alrededor de las seis, aunque normalmente no se despertaba hasta las seis y media.

Su mujer y su hijo seguían en la cama, profundamente dormidos.

Strūga había sufrido en los últimos tiempos varios ataques de gota. Sin embargo, no había acudido al médico, ni tampoco se había quejado de ello a los amigos ni a los compañeros de trabajo. Ni siquiera a su mujer. Se procuró cuantos libros le fueron necesarios, leyó todo lo que pudo encontrar sobre las causas de la gota y concluyó que no había médico que pudiera ayudarlo. Eso sí, un buen régimen alimenticio y un poco de ejercicio regular serían de vital importancia para combatir su dolencia.

Si sufría de gota ya desde tan joven, las causas no había que buscarlas muy lejos: su tabaquismo empedernido desde los dieciocho años y las comidas ricas en purinas.

Sin pensárselo dos veces, Strūga había dejado de fumar. Solo las coloridas cajetillas de tabaco con estilizadas ilustraciones de aquella misma planta atestiguaban su abandonada pasión. Hacía algunos años, un capitán de barco había denunciado la desaparición de su única hija, la niña de sus ojos. Strūga había conseguido encontrarla en apenas un par de días y, desde entonces, para expresarle su eterna gratitud, el capitán le enviaba desde cada puerto una cajetilla de tabaco de alguna variedad exótica.

¡Y pensar en todo el dinero que se había gastado comprando pipas en tiendas de ocasión! Las quince pipas (de madera de manzano, de raíz de brezo y de ébano, de porcelana, de sepiolita) descansaban ahora sobre la mesa, tristemente suspendidas en sus soportes. Solo de vez en cuando, mientras leía o veía algo de deporte en la televisión, Strūga tomaba una pipa especialmente aromática, su María Negra, y con la cánula entre los dientes la removía en la boca, vacía, sin humo, sin sabor a nada. Y tenía que contentarse con eso.

Sus comidas preferidas eran la ternera asada, bien hecha, con guarnición de patatas, el kogel mogel,[1] el zumo de cereza, las manzanas y las fresas silvestres. Desde que había empezado a sufrir de

gota, Strūga no había tomado ni un sorbo de brandy, aunque también le encantaba. Y a fin de evitar las purinas, comía cada vez menos carne de ternera. De esta forma, su batalla contra la gota repercutió favorablemente en el presupuesto familiar.

Strūga hablaba tres idiomas: letón, ruso e inglés. Leía libros de criminología y de historia, memorias y artículos sobre afecciones psicológicas y trastornos de personalidad. Apenas le quedaba tiempo para la ficción, aunque tenía una colección selecta en casa. Su autor favorito era Hemingway. De entre los pintores, sentía predilección por Brueghel. Admiraba la capacidad del maestro flamenco para plasmar cada minúsculo detalle, su gran precisión y economía de medios para expresar el carácter de sus personajes.

Llevaba seis años casado. Tenía un hijo de cuatro años, un pequeñín vestido siempre como un muñequito. Su mujer trabajaba en una casa de modas, así que, cuando no estaba de uniforme, a Strūga también le gustaba ponerse trajes de buen corte.

En sus ratos libres jugaba al tenis de mesa y levantaba pesas de catorce kilos. Era aficionado a bailar el shake, el twist y demás bailes modernos. En verano se bañaba en la playa y jugaba al voleibol en la arena, como cualquier otro mortal.

Le gustaba pasear a solas por el bosque, teniendo cuidado de no pisar a las hormigas ni romper una rama, de no hacer ningún ruido ni asustar a ningún animal. A fin de poder contemplar la vida en el bosque, había aprendido a acercarse a los pájaros y a otras criaturas salvajes en completo silencio. En estos paseos, siempre llevaba su cámara con teleobjetivo.

Strūga vivía en un pequeño apartamento de dos dormitorios en Riga, en el barrio de Mežaparks. En realidad, era un apartamento comunitario, pero con la hábil construcción de unos tabiques divisorios provisionales se habían creado dos viviendas independientes. Strūga siempre tomaba el tranvía número quince para ir al trabajo, aunque cuando estaba a cargo de algún caso especial, un coche oficial venía a recogerlo.

Altura del inspector Strūga, un metro ochenta. Peso, setenta y tres kilos. Color de pelo, rubio oscuro. Color de ojos, grises. Complexión, bien desarrollada, musculosa. En ocasiones, sus movimientos resultaban algo agitados. Tenía treinta y dos años, bien avanzados ya. Nacido en Riga, hijo de un oficinista, había estudiado en el Instituto N.º11 de la capital, había servido en el ejército, se había graduado en la Facultad de Derecho y ahora trabajaba como policía en la División de Investigación Criminal.

El universo de la profesión de Strūga estaba rigurosamente codificado y reglamentado. Su objetivo era hacer cumplir la ley. Y para alcanzar este objetivo se requería un gran número de personas.

Los motivos de la existencia de su profesión se hallaban ocultos en los orígenes de la sociedad humana y resultaba imposible erradicarlos en poco tiempo.

¿Era posible que esos motivos fueran inmutables, tan inmutables como la mismísima naturaleza humana? ¿O quizá podían evitarse, tal y como habían profesado los primeros teóricos socialistas? Eran, sin duda, motivos de una naturaleza compleja. ¿Tenían sus raíces en la genética? ¿Tal vez en los sótanos de los bloques de pisos? ¿O quizá entre las paredes de las casas unifamiliares? Esto era lo que Strūga había decidido investigar, al menos en la medida que le fuera posible.

La profesión de Strūga confería a su vida un valor bastante evidente, expuesto como estaba siempre a no pocos riesgos y temibles vicisitudes.

A las seis y cinco, ya en la cocina, Strūga se bebió media botella de agua mineral Slāvjanovskaja. Vestido con un chándal, salió de casa.

Una fina película de rocío cubría la acera. A dos calles de distancia, oyó el retumbar de un tranvía. En el cielo, entre nubes plomizas, resplandecían amplias pinceladas de un azul brillante. El aire era húmedo y frío. Sentía la calidez del chándal contra el cuerpo. Sus pies iban cómodos en las zapatillas de deporte. El parque quedaba a unos doscientos metros. Strūga echó a correr.

En cuanto la maldita gota comenzó a fastidiarle la vida, Strūga resolvió salir a correr cada mañana. Zigzagueando, subiendo y bajando por las ondulaciones del parque como si se tratara de una pista de eslalon, fintaba con brusquedad cada tocón, piedra o árbol, con el cuerpo entero inclinado hacia adelante.

A las siete y cinco, Strūga salió del parque. Sacó dieciocho kopeks del bolsillo y los depositó en el mostrador del quiosco. El vendedor le pasó el periódico, ya doblado. Olía a imprenta y a noticias frescas. Solo intercambiaron el saludo de rigor, sin hablar más ni preguntarse nada. Así lo habían establecido hacía un par de años, cuando Strūga empezó a comprar el periódico cada mañana, tras descubrir que así podía leerlo unas horas antes que si esperaba a la llegada del correo. El cartero aún le traía La Cartelera de Riga y algunas otras revistas, a las que la mujer de Strūga llamaba sus «revistillas».

Cuando Strūga abrió la puerta de la cocina, sintió el agradable olor a café. Su mujer siempre preparaba un café bien espeso y aromoso, con granos recién molidos. Strūga se sirvió una taza de leche caliente de un cacito sobre la hornilla. La gota también le tenía vetado el café. Puso dos cucharadas de miel en la leche y se la bebió a pequeños sorbos, intercalando bocados de una rebanada de pan de centeno. Después tomó un poco de queso, untado con una gruesa capa de mantequilla. Y luego dos huevos pasados por agua.

Había discutido con su mujer el día anterior. Su matrimonio solía

transcurrir de forma armoniosa y fluida, y el motivo de la disputa había sido más bien trivial. Strūga había decidido cogerse las vacaciones a finales de febrero. Ya lo había arreglado todo con su compañero Fyodorov, que no había puesto ninguna objeción. Por supuesto, desde septiembre hasta febrero podían cambiar muchas cosas: un caso excepcional podía alargarse, podían enviarle de repente fuera de la ciudad, o podía tener que sustituir a su compañero si este se ponía enfermo. Febrero era precisamente el mes en el que Fyodorov solía coger la gripe. Durante los últimos cinco inviernos, Strūga había recorrido con sus esquís las colinas de Letonia, pero este invierno quería ir al Cáucaso. Quería probarse a sí mismo en unas montañas de verdad y poner a prueba su habilidad y resistencia.

Su mujer estaba enfadada porque Strūga no había cogido las vacaciones con ella en agosto. Así que no había nada que hacer al respecto: era una disputa retroactiva. Las vacaciones de su mujer ya habían pasado, todo se había debatido y resuelto ya en agosto.

En realidad, agosto había sido un mes muy ajetreado. Bajo su frondoso abrigo, la naturaleza proporcionaba al crimen refugio y amparo. Durante el verano, toda una caterva de tipos infames salía de entre las grietas, como cucarachas, a disfrutar de la vida en el paraíso.

¿Amparaba la naturaleza a los malhechores? Sí, y en esos momentos la ley debía mantener los ojos y los oídos bien abiertos. No era el momento ideal para irse de vacaciones. En verano siempre estaban desbordados de trabajo. Aparte de las trágicas desapariciones, solían darse casos con trasfondo romántico. Por lo general, alguna joven se fugaba con otro joven a alguna parte, pero los padres de la joven ignoraban tanto la existencia del joven en cuestión como el paradero de los fugitivos.

El trabajo de Strūga indagaba en buena medida en las imperfecciones y debilidades de la naturaleza humana, y aspiraba a una comprensión más cabal de dichas debilidades e imperfecciones.

Mientras aspiraba el olor del café, tomando a sorbos su leche endulzada, Strūga recordó las injustas acusaciones vertidas por su mujer la noche anterior y, de repente, también él deseó desaparecer bajo el manto verde de la naturaleza junto a algún ser joven, compasivo y cariñoso que le comprendiera sin tener que explicarse, junto a una mujer ideal, inteligente, hermosa y apasionada, que le dejara leer el periódico en la mesa durante el desayuno. Strūga sonrió, dándole otro mordisco a su rebanada de pan de centeno. Sonrió ante su propia ocurrencia. Sabía que nunca emprendería una aventura semejante. Su personalidad no era la de un amante del riesgo, sino más bien la de un observador paciente. Había demostrado valor en el cumplimiento de su deber profesional, aunque, con un triste suspiro, recordó haber dejado pasar un par de excelentes oportunidades de

vivir un romance novelesco con alguna mujer hermosa. Sin embargo, tenía cuatro razones para no haberlo hecho. Primero, amaba a su esposa y se había acostumbrado a aquel amor correspondido. Segundo, era honesto. Tercero, temía contagiarse de alguna horrible enfermedad. Y cuarto, en su fuero más interno, era idealista y monógamo.

Una vez terminado el desayuno, besó a su mujer en la mejilla y le agradeció el desayuno. El buzón estaba vacío. El cartero llegaría más tarde, hacia las ocho y media. Al salir a la calle, Strūga constató que no estaba de muy buen humor. Maletín en mano, se dirigió a la parada del tranvía.

Por la acera estrecha, en la que apenas cabían dos personas, vio acercarse a tres tipos corpulentos, bastante achispados ya de buena mañana, bien fornidos los tres, en la flor de la vida, enfrascados en una animada conversación. Tenían el rostro enrojecido y los ojos brillantes. Se sentían dueños del mundo y, sin duda, dueños también de la acera. Unas señoras que caminaban delante de Strūga tuvieron que hacerse a un lado, saliéndose a la zanja arenosa para dejarles pasar. Las expresiones groseras del trío resonaban a lo largo de la calle tranquila.

Strūga inspiró hondo y continuó avanzando, derecho hacia los tres tipos. Caminaba por el borde de la acera. Si hubieran querido, los hombres podrían haberle cedido el paso, pero no repararon en aquel hombre sin uniforme: sus miradas lo atravesaron como si fuera un espacio vacío. Avanzaban como apisonadoras, acostumbrados a que la gente lse apartara a su paso, sobre todo peatones solitarios como aquel tipo. Pero Strūga apoyó firmemente una pierna en la acera y con el hombro asestó un duro golpe en el pecho a uno de los hombres. El tipo, alcanzado de lleno, se tambaleó en la arena, obligado a hacerse a un lado.

Strūga siguió adelante, sin volverse a mirar al ruidoso trío de bravucones, sin fijarse en ellos siquiera. En realidad, no había pasado nada. Alguien había chocado por descuido con su hombro. Sintió que empezaba a encontrarse de mejor humor.

A sus espaldas, los hombres se detuvieron, dieron un par de gritos, pero no lo insultaron. Una lástima. Eso era precisamente lo que Strūga esperaba para darse la vuelta. A un miembro cabal del Departamento Policial de Desaparecidos no le correspondía en absoluto poner a raya a fanfarrones como aquellos, pero a Strūga le hervía la sangre cada vez que veía a matones engreídos acaparando la calle como tanques, arrollándolo todo a su paso, sin tener en cuenta a mujeres, ancianos o niños.

En una ocasión, estando su mujer embarazada, se había visto obligada a meterse en un charco para dejar pasar, tal vez, a esos

mismos hombres. «Ya nos ocupamos de quienes infringen las leyes», pensó Strūga, «¿pero qué hacemos con tipos como estos? La ley no puede hacerles nada. La próxima vez, quizá este tipo tendrá cuidado de no ir avasallando a todo el que se cruce con él por una acera. Se acordará del golpe y le cederá el paso a un hombre fuerte. Pero ¿y a una mujer?».

Strūga se sentó en la parte trasera del tranvía, sacó de su maletín el periódico doblado y echó un vistazo rápido a los artículos de mayor interés. Tras hojear las noticias internacionales, se demoró un poco más en la sección de deportes.

En el pasillo del edificio de la administración de la policía, Strūga se encontró con un compañero que, sorprendentemente, saldó con él una deuda. Fue algo totalmente inesperado porque hacía ya más de un año que le había hecho el préstamo. Strūga había dado el dinero por perdido: el compañero tenía cuatro hijos, así que había resuelto ser comprensivo. Strūga dobló cuidadosamente los billetes recibidos en su cartera y entró en su despacho de muy buen humor. Había que reconocerlo, recibir dinero era mucho más agradable que darlo.

El reloj marcaba las nueve menos cinco.

Un aroma a humo de tabaco, apenas perceptible, flotaba en el aire. Era el tabaco del capitán de barco, que Strūga regalaba con regularidad a su compañero.

Sobre la mesa, había una nota: «He llevado las fotografías del individuo N. al estudio de televisión. Las retransmitirán esta noche. Fantomas».

La nota estaba en letón. Así que Fyodorov, su compañero y vecino de despacho, debía de haber llegado antes que él. Fyodorov, oriundo de la región bielorrusa de Vítebsk, tenía cuarenta años. Cuando se conocieron, sus conversaciones fueron durante un tiempo en ruso. Luego, Fyodorov le pidió a Strūga que le hablara en letón y, en dos años, aprendió a hablar y leer el idioma con fluidez. Saber dos idiomas era una costumbre de larga tradición en los países bálticos. A decir verdad, a Fyodorov no se le daba del todo bien la escritura y a veces cometía algún error en las frases más complejas. Strūga llamó a la recepción:

—¿Me espera alguien?

—Sí, una mujer.

—Que pase —respondió él.

Strūga abrió la ventana y, aventando con el periódico, echó afuera los últimos restos del fragante humo. Al oír unos pasos acercarse por el pasillo, tomó asiento tras su escritorio.

Ahí era donde pasaba sus días. Ahí, entre las carpetas de los archivos que guardaban tanto sus victorias como sus derrotas. En la silla que tenía frente a él se habían sentado tanto criminales

empedernidos como las gentes honradas que habían sido sus víctimas.

La vida transcurría en aquel lugar de manera diferente, como en un laboratorio donde se analizaban a conciencia los componentes de un caudal de agua: las moléculas limpias y las contaminadas, las sustancias útiles y las inútiles. Afuera, al otro lado de aquellas paredes, dicho caudal fluía por las calles: uniforme a primera vista, libre y animado, absorto en su propósito, con una sola dirección y un solo objetivo. Y, sin embargo, en la corriente apacible surgían de repente remolinos y hondonadas donde la gente desaparecía. Y ahí comenzaba su trabajo.

Aunque en otros tiempos Strūga había descrito la profesión de investigador con hermosas palabras biensonantes, ahora sabía que era un trabajo duro, agotador y sucio, sin una pizca de romanticismo. Un trabajo y nada más. Un servicio a la sociedad, como cualquier otro trabajo. Y la investigación criminal entrañaba más suciedad que la mayoría de los trabajos porque uno estaba en contacto perpetuo con la escoria y los bajos fondos de la humanidad. No era de extrañar que hacia el final de sus vidas muchos investigadores se convirtieran en escépticos empedernidos, en cínicos o en moralistas recalcitrantes.

Strūga no era ni escéptico ni moralista. Y el cinismo le era del todo ajeno. A los veinte años ya se había forjado su filosofía, su credo: «Debes confiar, por encima de todo, en ti mismo. Pensar con tu propia cabeza, ver con tus propios ojos. No lamentar lo ocurrido, sino aprender de ello. Evitar los juicios emocionales y seguir el dictado de la razón. Poner todo tu ser en lo que estés haciendo. No soñar demasiado con el futuro ni quedarte anclado en el pasado. Vivir intensamente». Estas convicciones eran igualmente aplicables a los placeres. Y el placer del trabajo era, tal vez, el mayor de todos. La búsqueda de la verdad. El llegar a comprender. Si alguna vez creyó que investigar significaba simplemente resolver misterios, ahora sabía que se trataba de una concatenación de hechos minúsculos, monótonos a pesar de su diversidad, una suma, un sopesar y un cerciorarse de los hechos, y que solo el resultado final resonaba al cabo por encima de todo, como un poderoso acorde que traía consigo la satisfacción.

Como un cirujano, trabajaba por el bien de la sociedad. Como un cirujano, trabajaba con las personas. Conocedor de sus dolencias y sus alegrías, su tarea era la de ayudar a quienes sufrían. Cada vez que entraba en su despacho, sentía el abrazo de aquella atmósfera: familiar, tranquilizadora e incluso un poco aburrida. Pero este aburrimiento escondía relámpagos en su interior.

Era algo que debía tener siempre presente.

Llamaron a la puerta y entró una mujer. Tendría unos treinta años. Un bronceado saludable. Pelo rubio oscuro, con un corte a lo garzón.

Unos ojos grandes que, a juzgar por la primera impresión, parecían no parpadear. Bien vestida.

Una vez en el interior del despacho, la mujer echó un rápido vistazo a su alrededor, como para asegurarse de que Strūga estaba solo. Llevaba un paraguas de hombre. Al girarse para colgarlo en un perchero, Strūga se fijó en los capilares azulados de sus pantorrillas, visibles a través del fino tejido de unas medias marrón claro. Tenía unas piernas robustas y Strūga pensó que tal vez había sido deportista en su juventud.

Invitó a la mujer a sentarse. La gente siempre venía a su despacho con una petición y él ya sabía cuál. Siempre había desaparecido un marido, un hermano, un hijo, un padre, una madre o algún otro familiar.

Strūga ya conocía las palabras con las que ella formularía su petición, palabras que revelarían ansiedad acerca del destino de alguien cercano. Eran muchos los visitantes que se habían sentado allí, frente a él. Aguardó unos instantes, pero la mujer permaneció en un silencio obstinado.

—Comience, por favor. La escucho —dijo Strūga, acercándose unos formularios que había sacado un momento antes.

Cuando la mujer empezó a hablar, Strūga dejó escapar un largo y profundo suspiro. El comienzo de la búsqueda siempre le aburría un poco, porque todo resultaba bastante rutinario. Rellenar formularios, llevar a cabo minuciosas pesquisas acerca de las circunstancias, examinar fotografías, si es que las habían traído en la primera visita. Inspección de las listas de detenidos, llamadas al servicio de urgencias del hospital, al depósito de cadáveres y, más tarde, a amigos, conocidos y parientes, etc. Formularios, más formularios y, después, si el caso resultaba ser algo serio y no una falsa alarma, solo después, de entre la multitud de hechos y circunstancias, algo comenzaba a delinearse, los contornos del rompecabezas adquirían cierta forma visible e inteligible. Entonces sí había que comenzar a completar el rompecabezas, pero de momento eso quedaba aún muy lejos. A Strūga lo desesperaba el fastidio, harto conocido, de la rutina oficial, el ritmo lento con el que se iniciaba cada caso y que, poco a poco, quizá se iría acelerando con el descubrimiento de fragmentos aparentemente triviales y, para los profanos, invisibles. Esos fragmentos podían consistir en algún detalle en forma de pincelada brueghelianа, un comentario accidental sin relevancia aparente, algún objeto olvidado, una carta, una dirección, una reunión, algo que podría pasarse por alto pero que, a la postre, tendría una importancia decisiva.

[1] El kogel mogel es un postre tradicional de la cocina centroeuropea y del Cáucaso, consistente en una mezcla cremosa de azúcar y huevos crudos batidos.

II

El arquitecto Edmunds Bērzs había salido en coche el viernes por la tarde en dirección a la casa rural de sus padres. Había prometido volver el domingo, bien entrada la noche. Pero no había regresado.

Edīte Bērzs consideró todas las razones que pudieran explicar el retraso de su marido. Sus suegros aún gozaban de buena salud y nada hacía suponer que estuviesen a punto de morir. Y en esa época del año aún no había tareas en la huerta que fueran verdaderamente urgentes. Solo a mediados de septiembre daría poco a poco comienzo la relajada temporada de la recogida de patatas.

Tras una noche inquieta, Edīte llamó por la mañana al estudio de arquitectos donde trabajaba su marido. Pero Edmunds tampoco había aparecido por allí. Nadie supo decirle nada al respecto. ¿Era posible que hubiera tenido un accidente en la carretera? La noche del domingo hubo mucha niebla. Pero, en ese caso, alguien ya le habría dado aviso. No, Edīte descartó por completo la idea de un accidente. Hacía apenas un año que tenían el coche y tanto el motor como los frenos se encontraban en excelente estado. Edmunds tenía buenos reflejos y sabía reaccionar ante cualquier imprevisto. Además, siempre era muy prudente al volante. Edīte volvió a repetirse a sí misma que podía descartar la posibilidad de un accidente.

Edmunds podría, al menos, haberle enviado un telegrama o haber ido hasta el ayuntamiento del pueblo para hacer una llamada a Riga y darle aviso a alguien, o hacer algo, lo que fuera, para que su mujer no se preocupara.

Durante sus ocho años de matrimonio, solo en dos ocasiones habían estado separados tanto tiempo. La primera vez fue Edmunds quien había viajado al extranjero y después le tocó el turno a Edīte. En ambas ocasiones, Edīte le había escrito con regularidad, pero Edmunds rara vez había contestado, y cuando lo había hecho, le enviaba una página llena de frases garabateadas con descuido que Edīte intentaba luego descifrar durante varios días.

Edīte regresó del trabajo a las seis de la tarde. También ella era arquitecta, pero trabajaba para otro estudio. Su marido aún no había vuelto a casa. Esta vez, Edīte tuvo la sensación de que podía haberle ocurrido algo grave. Llamó a Rītmanis, un compañero de su marido:

—Buenas noches —le dijo— soy Edīte. ¿Te ha dicho Edmunds que estamos planeando una pequeña fiesta para el próximo viernes?

—Oye, Edmunds tenía hoy una reunión con un cliente inglés, pero al bueno de tu marido no se le ha ocurrido avisarnos de que no iba a

presentarse —rezongó Rītmanis al otro lado de la línea. A través del auricular llegaba un bufido continuo, como si el agua de una oscura cazoleta hirviera sin parar en su oído—. Tuvimos que arreglárnoslas lo mejor que pudimos, pero fue una situación bastante incómoda. Edmunds es la única persona de todo el estudio que más o menos se defiende con el inglés. Anda, ponme con él y le cuento toda la historia.

—Edmunds no ha llegado a casa todavía —respondió Edīte—. Bueno, ¿qué te parece lo del viernes? ¿Vendréis?

Lo de la fiesta solo había sido una excusa para hacer la llamada. Pero Edīte no quería que Rītmanis supiera que no tenía ni idea de adónde se había ido su marido. «Seguro que regresa esta noche», se dijo.

—Este viernes por la noche, ¿verdad? Un momento —dijo Rītmanis—, voy a preguntarle a mi mujer si no tenemos ningún otro compromiso.

El auricular quedó en silencio durante unos instantes. En las profundidades de la cazoleta negra, Edīte oyó a Rītmanis susurrándole a su mujer lo de la fiesta del viernes.

—Sí, de acuerdo —respondió finalmente, sin cerciorarse de si Edīte aún estaba a la escucha—. El viernes por la tarde sí que estamos libres.

—Bien, pues entonces a las siete —dijo Edīte—. Le diré a Edmunds que te llame en cuanto llegue a casa. Todavía está con sus padres en el campo. Bueno, ¡adiós!

Edīte colgó antes de que Rītmanis tuviera oportunidad de hacerle ninguna pregunta. Ahora sí estaba convencida de que algo grave tenía que haberle ocurrido a Edmunds. Le habían estado esperando en el estudio para que le mostrara los lugares de interés de la ciudad al arquitecto inglés que estaba de visita.

Además, la ahijada de Edmunds cumplía ese mismo día tres años y habían previsto ir a visitar a la niña para felicitarla y llevarle un regalo y flores. Con el corazón encogido, Edīte se preparó para ir sola.

La pequeña Katrīna correteó tambaleándose a su encuentro. Extendiendo su manita regordeta, le preguntó:

—¿Y el tito?

Aunque solo tenía tres años, hablaba con claridad, pronunciando bien cada letra, incluso las erres fuertes. A pesar de su corta edad, a Katrīna le apasionaba la tecnología. Edmunds podía pasarse horas enteras gateando junto a ella por el suelo mientras jugaban con el tren eléctrico, hacían carreras de coches, reparaban un tractor mecánico o se afanaban en la difícil exploración de la superficie lunar con un vehículo oruga: un monstruo anfibio de múltiples ruedas y faros como ojos resplandecientes.

Jonāts, el padre de Katrīna, había estado tan seguro de que iban a tener un hijo que durante el embarazo de su mujer compró un sinfín de juguetes para niño. Así que Katrīna tenía por el momento juguetes para una buena temporada, al menos hasta el nacimiento de su tan esperado hermano.

Edmunds y Katrīna eran grandes amigos. Cuando Edmunds le leía en voz alta, Katrīna le escuchaba atentamente, aunque algunos mayores pensaban que aquella atención era solo fingida. ¿Qué podía entender una niña tan pequeña de cuentos como aquellos?

—El tito vendrá más tarde —respondió Edīte.

Aunque comenzaba a sentir en el pecho una sensación de desgracia inminente, Edīte tenía aún la esperanza de que Edmunds fuera a llegar de un momento a otro: aparcaría junto al apartamento de Jonats, subiría las escaleras corriendo, de un tirón, y con un sonoro beso haría que todas sus preocupaciones se desvanecieran. Y la vida volvería a retomar su agradable cauce acostumbrado.

—Bueno, ¿dónde está Edis?[2] —le preguntó Jonāts a modo de saludo.

La madre de Katrīna se interesó por lo mismo. Los Peterson se levantaron de sus sillas y le hicieron la misma pregunta. También los Eglītis llegaron desde la habitación contigua para preguntar por Edmunds. Y Edīte les respondió a todos que su marido se había entretenido algo más de lo previsto en la casa de campo de sus padres.

Jonāts trabajaba como encargado en una fábrica de motores diesel y su mujer llevaba a cabo controles de calidad en la misma fábrica. Ambos estaban emparentados con los Bērzs: la esposa de Jonāts era prima de Edīte.

—Quizá el coche perdió una rueda por el camino —bromeó Eglītis.

—Llamaré al servicio de carreteras, aunque solo sea por quedarnos algo más tranquilos —dijo Jonāts, que no creía que Edmunds hubiera tenido un accidente.

Hizo la llamada. Al principio no obtuvo respuesta, pero finalmente le informaron de que en la carretera en cuestión no se había registrado ningún accidente el domingo por la noche. De hecho, no había habido accidentes ni ese domingo ni el lunes.

Edīte se unió al resto de invitados.

Katrīna hacía bailotear a un mono atado a un cordel. Este saltaba cómicamente, haciendo sonar a la vez un tambor decorado con listas blancas y azules. Los invitados se encontraban dispuestos en semicírculo, sentados en sillas tapizadas, cada uno con un cóctel en la mano. Charlaban. Sonreían. Intercambiaban los últimos cotilleos de la ciudad: quién se estaba divorciando y quién se iba a casar, quién había nacido o había muerto, quién había hecho el ridículo a causa de una borrachera.

Envuelta por la atmósfera relajada, la preocupación de Edīte comenzó a disiparse. Si a Edmunds le hubiera ocurrido algo, esta gente no podría estar tan alegre y despreocupada, también ellos tendrían algún mal presentimiento. Edīte se esforzó por mostrarse jovial para no estropearle la celebración a la pequeña Katrīna. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que su vida acababa de dar un giro fundamental, que nunca más volvería a transcurrir con la misma sencillez y armonía que antes.

Edīte tomó un taxi para regresar a casa. Las dos habitaciones del apartamento le parecieron frías y vacantes, desprovistas de toda alegría o bienestar. Se quedó dormida, asediada por pensamientos temibles. Despertó temprano.

Una decisión había ido madurando en su mente durante la noche. En cuanto dieron las siete, llamó al jefe de su estudio.

Julius Novadnieks estaba aún durmiendo y fue su esposa quien respondió.

—Buenos días. Soy Edīte Bērzs. ¿Podría hablar con el camarada Novadnieks?

—Sí, espere un momento por favor.

—¿Quién es, tan temprano? —Edīte oyó refunfuñar a Novadnieks al otro lado de la línea— ¿Edīte Bērzs? ¿Y qué quiere a estas horas? No puede uno tener ni un momento de tranquilidad.

Julius Novadnieks fue al cuarto de baño para lavarse los dientes, porque le parecía que no era educado hablar con alguien por teléfono sin al menos haberse enjuagado la boca.

—Sí, dígame —dijo al cabo de un momento, terminando de tragar agua.

—Camarada Novadnieks —dijo Edīte—, me gustaría ausentarme del trabajo por un día.

—¡Ah, pensé que quería saber a qué hora me levanto! ¿Y eso es tan urgente como para llamarme al alba? ¿No podía haberse esperado hasta las nueve? Bueno, ¿cuándo quiere ese día libre?

—Hoy mismo.

—¿Hoy? ¿Y no podía haber pensado antes en ello? ¿A qué se debe este capricho, esta idea repentina? Sabe que estamos hasta el cuello de trabajo. ¿Le ha ocurrido algo?

—Se lo explicaré en otro momento. Pero hoy necesitaría tener el día libre.

—De acuerdo. Un día. Pero solo por esta vez. ¡Vaya capricho! Y no vuelva a llamarme antes de las horas de trabajo. De los asuntos del trabajo me ocupo solo durante las horas de oficina. Hasta pronto. Y salude a su marido de mi parte.

A las ocho y media, Edīte compró un billete en la estación central de Riga. Encontró su plaza en el tren, tomó asiento y, dos horas más

tarde, se apeó en una pequeña estación rural.

Los campos cubiertos de rastrojos resplandecían dorados junto a la carretera polvorienta. Edīte caminaba a buen ritmo y, junto al brillo pálido del sol otoñal, una tristeza sutil y una dulce quietud fueron adentrándose en su corazón.

¿Habría sido el padre o la madre de Edmunds? Segado de esta vida, apartado de los campos de rastrojos resplandecientes. La muerte en otoño. Lo más probable es que hubiera sido el padre. Llevaba ya tiempo quejándose de dolores en los huesos y el pecho, y de calambres en el vientre. La madre se conservaba bien fresca y a menudo se burlaba de su marido: «Eso es de los nervios. Siempre te has quejado de los nervios».

¿O quizá hubiera sido la madre? Los más fuertes siempre mueren de forma repentina e inesperada.

«Sucedió en otoño», pensó un momento después, tomando un sendero lateral algo más estrecho. «Otoño», repitió para sí misma. Edīte encontraba algo muy natural en aquella palabra, en esa estación en la que el tiempo parecía detenerse brevemente, en la que el calor y el frío coincidían, en la que los días y las noches se aquietaban por igual, en la que los frutos y las personas maduraban, en la que la naturaleza alcanzaba su equilibrio. La muerte no parecía tan absurda en el otoño: la muerte como un adormecimiento, similar al de la naturaleza ante su sueño invernal. La muerte como la cosecha del grano y la llegada del silencio.

Lo más probable es que hubiera sido el padre. Un campesino siempre atareado, haciendo aún a su edad trabajos en el koljós y cuidando de todo en su propia casa. Ni una ramita tirada por el jardín. Todas las construcciones con techados nuevos. La leña apilada en la leñera para el invierno. Para las vacas y las ovejas, la mejor hierba: segada, seca y almacenada en el granero. Sí, había preparado la leña para este invierno, pero él ya se encontraba en el frío eterno.

Y habría ocurrido justo en el momento en que podrían haber empezado a vivir de nuevo, recuperados ya de la guerra y los tiempos difíciles. Habían conseguido acumular algunos bienes. Habían criado a su hijo. Pensando en esto, Edīte entró en el jardín de la casa Plienis. Un perro moteado salió a su encuentro. Al reconocerla, la saludó con alegres ladridos.

La madre salió al porche con las manos bajo el delantal.

—¡Ah, m'hijita, eres tú! —dijo dando una palmada de sorpresa. Una nubecilla blanca de harina se alzó a su alrededor.

El padre, así que había sido el padre. Pobre madre, haciendo pan y masa de empanadillas para el velatorio. Pero el rostro sereno de la madre no revelaba ningún signo de tristeza ni de lágrimas. En sus facciones solo se adivinaba sorpresa y curiosidad ante la inesperada

visita.

Entonces apareció el padre, junto a la madre, con su característico andar entre brinco y cojera.

Edmunds, relampagueó de repente en su cabeza, ¿dónde estaba Edmunds? ¿Dónde estaba el coche? Quizá ya se había ido. ¿Cuándo? ¿Por qué tardaba tanto? Multitud de ideas contradictorias se agolpaban en su mente. Sí, alegría por los ancianos, vivos los dos. Pero también preocupación, ¿dónde estaba Edmunds? Se había equivocado, qué incómodo, pero no podía decírselo a estos pobres ancianos. Se reirían de ella, que había venido a su funeral. Seguramente Edmunds ya estaría de vuelta en Riga. Se había precipitado.

—Entra, entra —dijo la madre con afecto—. Estoy haciendo un poco de masa: llegas justito a tiempo pa' las tortitas.

Algo más tarde, en la cocina, mientras las tortitas chisporroteaban en la sartén ennegrecida sobre el fogón de hierro fundido y la madre echaba a la sartén trozos de mantequilla con un cuchillo, Edīte se enteró de que Edmunds se había marchado el domingo por la noche, a eso de las diez y media, en dirección a Riga.

A diferencia de Edīte, los padres de Edmunds no mostraron especial preocupación por el paradero desconocido de su hijo. Les parecía natural que su chico se hubiera entretenido en algún lugar. Un muchacho como él siempre tenía sus distracciones. El coche era todavía nuevo, quizá se había desviado para visitar a algún amigo.

A la madre parecía incluso hacerle un poco de gracia el nerviosismo y la inquietud de su nuera. ¿Por qué preocuparse tanto? ¿Para qué armar tanto revuelo? ¡Llegaba corriendo desde Riga como si tuviera que apagar un incendio! ¿Acaso se perdían los hombres hoy en día? Antes sí que podían pasarse una semana entera emborrachándose en la taberna, como decía la canción: «El señor con el toro bien vendido y el dinero bien bebido». Las esposas sí que no sabían dónde encontrar a sus maridos, pero ¿a que no se preocupaban tanto? Sabían que los hombres no se extraviaban, que volverían a casa sin falta. «No, claro que no, ¿quién ha oído alguna vez que alguien desaparezca? Y mi Edmunds no bebe, ¿verdad? Aunque puede haberle surgido alguna cosa». La madre siguió con su charloteo, friendo tortitas, sirviendo mermelada de frambuesa en un platillo blanco y arrimándole comida a su nuera.

El padre fumaba tranquilamente su pipa sentado en un tocón de madera frente a la estufa, volviendo, ora la espalda, ora el costado, en dirección al calor.

Edīte tuvo la sensación de que sus suegros sabían algo más y se lo estaban ocultando. Tal vez sabían dónde estaba Edmunds, pero no querían decírselo. A la madre nunca le había caído demasiado bien su

nuera.

«Menuda disfrutona está hecha —solía refunfuñar—, dando vueltas por ahí, por las montañas, con los esquís. Eso no son cosas de mujeres».

¿Y su suegro? Él, que siempre había sido amable y afectuoso con ella, se mostraba en esta ocasión extrañamente taciturno. Lo único que acertó a decir fue:

—No es nada, hija. Ya verás, seguro que está esperándote en Riga. No hay motivo para poner medio mundo en danza solo por un retrasillo.

Edīte regresó a la estación por la tarde sabiendo lo mismo que cuando llegó. Sin embargo, parte de su intranquilidad había desaparecido. Sus suegros no hablaban por hablar. Era probable que a esas horas Edmunds ya estuviera en casa, llamando a todo el mundo, buscándola a ella. «Bueno, pues que llame».

Al pasar el tren junto a una granja vecina, Edīte se fijó en una joven que se encontraba tras un seto de acacias, mirándola atentamente. Solo pudo ver de ella su cuello esbelto, el rostro bronceado y un pelo negro y ondulado cayéndole con naturalidad sobre los hombros. Edīte siempre había envidiado ese tipo de pelo. La imagen mental de una rival, de otra mujer, la dejó sin aliento por un instante y avivó de nuevo su preocupación.

Edmunds y Edīte habían sido compañeros de clase en la universidad. Su amor había madurado y se había reafirmado con el paso de los años. Edīte sabía que Edmunds había tenido otra relación seria antes de que se conocieran, pero había terminado definitivamente. Aunque también era cierto que la primavera pasada alguien le había contado que había visto a Edmunds almorzando con aquella mujer en el café Lira. En Riga siempre se podía contar con un ojo avizor, una lengua suelta, un corazón compasivo, un espíritu ávido de escándalo: «Oye, vi a tu marido almorzando con ella, tú sabes con quién, yo pensé que entre ellos ya no había nada. No me esperaba una cosa así de él».

La posibilidad de que Edmunds le fuera infiel le resultaba tan poco plausible que, hasta ese momento, ni se le había pasado por la cabeza. Sin embargo, el diminuto germen de la sospecha comenzó a extender sus raíces en ella de forma inesperada, alimentándose con la savia de la incertidumbre y creciendo hasta volverse enorme como un árbol. ¿Podía estar siempre tan segura de sí misma? ¿Acaso no pensaba ella en Irbe de vez en cuando? Si Irbe hubiera sabido conquistarla, mostrándose seguro de sí mismo, sin ambages, ¿no habría tenido una aventura con él? Pero lo cierto es que Irbe era un tipo tímido e indeciso y por eso mismo nunca había ocurrido nada entre ellos. Por el momento, nadie le parecía un compañero mejor y más adecuado

que Edmunds, y sin embargo su matrimonio se fundamentaba en la costumbre, el cariño cotidiano, lo apacible de sus afectos. ¿Acaso podía estar tan segura de sí misma?

¿Quién sería la mujer que vio tras el seto? ¿Qué podían significar los frecuentes viajes de Edmunds al campo? Solía decirle que estaba ayudando a sus padres a transformar el ático en una habitación. Cuando el ático estuvo terminado, le dijo que iba para instalarles la calefacción central. Y así una y otra vez, de forma que siempre tenía multitud de trabajos en los que ayudar. Sin embargo, todo el mundo sabía que Edmunds aborrecía los trabajos de bricolaje.

La sospecha iba carcomiendo lentamente su corazón, desecándolo. ¿Qué sabía realmente de su marido después de ocho años de matrimonio?

Edīte lamentaba no haber tenido, a esas alturas, un hijo con Edmunds. Era algo que siempre habían ido posponiendo. Primero habían querido hacerse con lo más esencial y amueblar el apartamento lo mejor posible, razonando que, de otra forma, cuando el niño creciera, les reprocharía que no lo hubieran tenido suficientemente atendido en cuanto a lo material. Y también ellos querían sentirse seguros, acomodados.

Una aspiradora, un televisor, un frigorífico, un equipo de música, un apartamento, ropa, muebles, una barca, una casa de verano, todas esas cosas. Era cierto que la casa de verano aún no la tenían, pero todo lo demás sí. Y la casa rural de los padres de Edmunds era ideal para las vacaciones, un lugar pintoresco junto al lago. Si no fuera por la antipatía ocasional de su suegra, Edīte pasaría allí todos los domingos con gusto. Sin embargo, por el momento solía pasarlos en casa, limpiando, poniendo lavadoras y entretenida con alguna tarea de corte y confección.

Habían planeado intentar concebir un hijo ese mismo otoño. Edīte quería que naciera en julio. Esperaba que fuera niño y poder educarlo para que llegara a ser alguien importante. Y ahora, justo antes de quedarse embarazada, Edmunds desaparecía de repente. Edīte se sentía completamente desconcertada. Aunque solo hacía unos días que era viuda provisional, el suceso en sí era algo extraordinario: ¡la primera vez en ocho años!

Su marido, que normalmente estaba tan unido a ella, desaparecía de repente sin decir una palabra. ¿Y si se había escapado con otra mujer y ahora estaba por ahí, pasándoselo en grande? ¿Y si Edmunds había hundido el coche en algún lago y se había largado al Lejano Oriente? De él podía esperarse cualquier cosa. Era imprevisible en sus decisiones y sus acciones a menudo no tenían pies ni cabeza. Era un hombre caprichoso, sin apenas sentido de la disciplina. En resumen, una persona poco fiable.

Quizá no estaba siendo muy objetiva a causa de su indignación. Sí, ahora se encontraba indignada de verdad. Y durante el trayecto en tren su desasosiego solo fue en aumento. Bueno, seguro que ya estaba en casa. Tal vez estaba siendo tonta por preocuparse tanto, pero la culpa era de su marido. Edīte continuó haciendo conjeturas, si bien algo más calmada.

A Edmunds le gustaba dormir hasta tarde en sus días libres. Prefería no hacer nada a hacer cualquier cosa. Veía partidos de fútbol en la televisión con la paciencia de un alelado, tanto si eran interesantes como si eran aburridos. Se tragaba también todas las películas de guerra, sin importarle si estaban basadas en conflictos reales o no.

Lo único en lo que trabajaba a conciencia eran sus proyectos arquitectónicos, sin permitir ningún tipo de dejadez, ni por su parte ni por la de sus colaboradores. Pero esa era realmente la única cosa. Cuando se trataba de un asunto relacionado con el trabajo, su mente se volvía de inmediato alerta y perspicaz. Encontraba soluciones sorprendentes a problemas que aparentaban ser callejones sin salida. Sabía cómo manipular las complejas cadenas de la burocracia para que esta funcionara en su beneficio. Era capaz de obtener todo tipo de facilidades y ventajas para los proyectos de su estudio. Privilegios inusitados. Y, cuando se trataba de la construcción de sus edificios, siempre conseguía cualquier material, por escaso que fuera. Sabía cómo ganarse el favor de las personas de quien dependía, cómo congraciarse con ellas.

Si era algo que concernía a su trabajo, Edmunds se convertía en otra persona: ni rastro de aquel perezoso que malgastaba los domingos echado en el sofá, sin tocar siquiera el motor de la barca que había que reparar mientras Edīte llamaba por teléfono, buscaba a un mecánico y localizaba piezas de recambio. Solo cuando ella había empleado todo su tiempo libre atareada en esto y en lo otro, cuidando de la casa, ocupándose de la barca, solo entonces se ponía el muy holgazán al timón, despreocupado, a hacer eses por el agua.

Había que reconocer que Edmunds había hecho un esfuerzo importante para sacarse el carné de conducir. A él no le apetecía lo más mínimo verse atado a un coche, un cacharro que consideraba innecesario y superfluo, pero como Edīte no dejaba de pedírselo y de insistir, terminó por apuntarse a la autoescuela y, con ayuda de algunos conocidos, consiguió atravesar la jungla del inevitable papeleo.

Edīte sabía que su marido habría preferido vivir de forma diferente, en un pisito acogedor cubierto de mullidas alfombras y con un amplísimo sofá, rodeado de la televisión, la radio, el equipo de música y sus libros, discos y cintas de casete. También sus grabaciones

de vídeo caseras. No se ducharía ni se afeitaría, no se cortaría el pelo, no se cambiaría de calcetines cada día y no se cortaría las uñas de los pies ni de las manos. No lavaría la ropa, sino que llevaría siempre la misma camisa de lana, sucia y desaliñada, y unos vaqueros azules con remaches. No saldría para ir al cine ni a fiestas, solo al trabajo. Aparte de eso, se pasaría todo el tiempo repanchingado en su sofá.

Edmunds ya no bebía coñac. También había dejado de fumar y de pegarse comilonas. Tomaba pan de centeno y bebía kéfir porque sufría de esa refinada dolencia que es la gota y, como él mismo decía, tenía que cuidarse. A veces jugaba al tenis y, en invierno, esquiaba. Tenía sus excentricidades, pero en general era un buen marido y un buen hombre, a excepción quizá de aquella incomprensible apatía en lo referente a cualquier asunto que no fuese su trabajo.

Edmunds reconocía a menudo su incompetencia en cuanto a cuestiones de la vida cotidiana y Edīte intuía que el pobre sería incapaz de sobrevivir ni un día sin ella. Era Edīte quien se encargaba de que su marido tuviera un aspecto respetable, quien planchaba su ropa, llevaba sus camisas y el resto de la colada a la lavandería, y lavaba las prendas pequeñas en casa. Era ella quien hacía la compra y organizaba el presupuesto familiar. Ella quien cuidaba y mimaba el cuerpo de su marido, atenta siempre a su peso y a su alimentación. Ella quien le recordaba a aquel cabeza hueca cuándo debía levantarse, comer, beber, dormir o hacer el amor.

Los domingos, Edmunds era capaz de pasarse horas y horas tumbado en el sofá, adormilado, holgazaneando y hecho unos zorros, con los dientes sin cepillar y la cara sin lavar. Y si se le interrumpía, él respondía que estaba pensando. Quizá en verdad estaba meditando acerca de su proyecto más reciente o quizá simplemente se encontraba absorto en cualquier otra ensoñación. Era imposible saber a ciencia cierta los pensamientos de otra persona.

Edmunds solo actuaba de forma lúcida y precisa con asuntos que atañían a su trabajo. De lo contrario, no se podía confiar en él: siempre se olvidaba, o no le apetecía, o se escabullía de hacer cualquier cosa que resultara útil para el hogar. Era Edīte quien se encargaba de las pequeñas reparaciones caseras, ya que Edmunds había desarrollado un método infalible para librarse de aquel tipo de tareas. Siempre se mostraba de acuerdo, prometía y juraba que haría, llevaría, traería algo, que iría o vendría, pero nunca hacía el menor esfuerzo por cumplir aquellas promesas y, finalmente, no hacía ni llevaba ni traía nada.

En su defensa, esgrimía siempre una teoría muy racional según la cual, dadas las condiciones del siglo xx, alguien que realizaba un trabajo creativo debía entregarse a su trabajo sin reservas, en cuerpo y alma, como un esclavo a su amo. La vida era demasiado breve como

para prestar atención a otras cosas que, al fin y al cabo, no eran más que bagatelas. Solo era posible obtener el éxito en un área, profundizando en ella, sin disiparse o distraerse con otros asuntos. Y por lo tanto, cualquier asunto que no fueran sus proyectos le importaba un bledo.

A veces se mostraba especialmente irascible. No decía ni una palabra durante horas y, cuando se le hablaba, solo farfullaba: «Déjame en paz. Estoy ocupado».

En ocasiones, se enojaba tanto por estas interrupciones inoportunas que dejaba de dirigirle la palabra a su mujer durante dos días enteros y luego, de repente, volvía a hablarle, cuando entonces era la propia Edīte quien se había enfadado. En ese momento, su sorpresa era genuina: «¿Por qué estás tan enfadada, querida?».

Cuando le convenía, tenía muy mala memoria.

De vez en cuando se encontraba sentado a la mesa, sumido en algún libro sobre problemas de diseño y, de repente, se ponía en pie de un salto y se abalanzaba sobre Edīte. La abrazaba y la ceñía contra sí, susurrándole:

«¡Ay mi palomita querida!».

Luego, teniéndola entre sus brazos, maniobraba a Edīte en dirección al sofá, forcejeando con ella y sacándola completamente de quicio porque, en ese momento, a Edīte no le apetecía en absoluto ese tipo de juegos. En cierta ocasión, rechazó un apasionado envite de aquellos propinándole con un zapato un buen golpe en la cabeza. Edmunds se quedó pensativo durante un rato, con la cabeza entre las manos, y al día siguiente escondió el par de zapatos. Solo se los devolvió una semana más tarde, después de que Edīte se lo rogara una y otra vez.

Edmunds solía decir:

—Hay dos tipos de peleas en un matrimonio: pequeñas y frecuentes, o grandes y esporádicas. Así que elijamos.

—Pero yo no quiero peleas de ningún tipo —respondía Edīte.

—Eso no es posible —seguía él, desarrollando su teoría—. Mira, piensa en ello un momento: si tú eliges las pequeñas disputas frecuentes y yo las grandes peleas ocasionales, nunca tendremos paz. Así que mejor que nos pongamos de acuerdo de antemano porque una cosa es segura: de las peleas no nos vamos a librar.

A veces Edīte recibía extrañas postales firmadas por «La Momia». Una de ellas, por ejemplo, tenía la imagen de un oso de pelaje sucio lavándose el hocico, y debajo, se leía el siguiente pareado:

Si te lavas, osito,
recibirás tu regalito.

En el dorso de la postal había escrita una nota: «Querida, quiero recordarte que incluso en el octavo año de nuestro feliz matrimonio aún me lavo cada mañana. La Momia».

A veces, al regresar del trabajo, Edmunds le contaba historias de lo más rocambolesco con una expresión muy seria. Le detallaba, por ejemplo, cómo acababa de ver a un oficial egipcio entrando por las puertas del Ministerio de Relaciones Exteriores montado en un camello, o le refería que en el casco antiguo de Riga el granizo había matado a dos gatos y a un conserje que llevaba una gorra hecha de piel de gato.

Edmunds era también poseedor de un portentoso talento para no dejar entrever sus emociones y pensamientos. Era capaz, por ejemplo, de mostrarse de acuerdo con cualquier sandez o disparate manteniendo una expresión de absoluta sinceridad en su rostro. Si alguien enunciaba alguna obviedad absurda o sostenía una opinión errónea (aunque creída a pies juntillas), Edmunds ponía inmediatamente cara de simplón y crédulo. Le gustaba tomarle el pelo a la gente de la siguiente manera: fingiendo estar de acuerdo, añadía que no acababa de entender del todo el tema en cuestión y solicitaba una explicación más completa. Argumentaba que, aunque la idea general le había quedado clara, en alguna ocasión él mismo había intentado explicarles lo mismo a otras personas cerradas de miras y no había sido capaz de responder a sus preguntas y objeciones. Y acto seguido, reflejando empatía en su gesto, Edmunds comenzaba a hacer multitud de preguntas. Embaucada por completo, la incauta víctima comenzaba a explicarse pacientemente, pero las preguntas aparentemente simples que Edmunds le planteaba eran en realidad de una sutil crueldad manipulativa. Al poco rato, su interlocutor se daba cuenta de que se había metido en un callejón sin salida. Entonces Edmunds le daba una palmadita paternal en el hombro y le decía:

—¿Ves lo que te decía? Aunque, bueno, sigo pensando que tenemos razón.

Durante sus años de universidad había actuado en grupos de teatro de aficionados y siempre había interpretado papeles de peso. Era capaz de identificarse plenamente con cualquier obsesión primordial (como la tacañería o el enamoramiento temerario) o de llevar cualquier idea descabellada hasta su fatal desenlace.

Si, por ejemplo, se aburría viajando en el tranvía, era capaz de soltar de repente un grito desagradable, como si alguien lo hubiera pisado. Entonces se paseaba cojeando por el tranvía, sacudiendo el pie y abordando a los pasajeros:

—¿Ha sido usted? ¿O usted? ¿Quién es el culpable? ¡Es inaudito!

Cuando se encontraba a solas con Edīte, Edmunds a menudo se dedicaba a bromear y a hacer el tonto sin parar. Mientras trabajaba en

algún boceto, murmuraba con desagradable voz de duende:

—Sí, es un buen trabajito. Sí que avanza bien el trabajito. Ya mismo estará terminado y un buen dinerito llegará a la casita, sí, sí, un buen puñadito de rublillos preciosos.

Repetía frases de este tipo poniendo diferentes voces, como por ejemplo la de alguien que tuviera la garganta cogida, alargando horriblemente las palabras con un tono nasal.

De pronto, y sin motivo aparente, podía ponerse en pie de un salto, agitar los brazos un par de veces y gritar:

—¡Volemos, volemos!

A continuación, contraía el diafragma tanto como podía, expulsando todo el aire de sus pulmones. Y después volvía a inspirar, profundamente, abultando su vientre hasta hacerlo parecer un tambor.

O se ponía a hacer el pino.

Y luego retomaba su trabajo como si nada, vestido con su ropa de estar por casa: su camisa de lana, arrugada y con lamparones, y sus vaqueros azules con remaches.

Prefería andar descalzo por el apartamento y solo si se le obligaba accedía a ponerse zapatos cuando recibían visitas. Un par de veces había intentado ir al trabajo con unas pantuflas deformadas y bastante gastadas a las que insistía en llamar zapatos. Eran, decía, de lo más cómodo para pasear.

En cuanto Edīte abandonó la estación de trenes, unas primeras gotas de lluvia cayeron sobre el pavimento de la plaza. Luego, ya en la parada del tranvía, sintió cómo la lluvia comenzaba a calarle por el cuello. Había telefoneado a casa desde la estación, pero no había obtenido respuesta. Si Edmunds hubiera desaparecido el sábado o el domingo, Edīte no se habría preocupado tanto. Pero sabía que Edmunds no había faltado ni un solo día al trabajo en los últimos siete años. Aunque era un apasionado del esquí, siempre regresaba a tiempo a su estudio, por muy bien que estuviera la pista de eslalon en Terskol. Jamás había alargado sus vacaciones ni un solo día.

Con el rostro cubierto de lluvia, Edīte se subió al tranvía. Alguien le ofreció un asiento, algo que nunca le había sucedido. Volviéndose hacia la ventanilla, contempló un instante su propio reflejo, descubriéndose inusualmente hermosa: pálida, con los ojos grandes, los labios pintados de carmín y la piel lustrosa por efecto de la lluvia. Imaginó que tenía el aspecto de una monjita afligida.

Era ya la noche del martes.

Una vez en casa, Edīte se puso ropa seca y se sentó durante un largo rato junto al teléfono, sin decidir a quién llamar. Le hubiera gustado llamar a su padre, pero en ese momento estaba en Tallin, en un congreso médico, y no regresaría hasta el siguiente fin de semana. No quería llamar a su madre porque se enredarían en una

conversación excesivamente larga. Y lo último que le apetecía era charlotear con alguna amiga.

Cuando sonó el timbrazo amortiguado del teléfono, ni siquiera sintió ganas de levantar el auricular. Sin embargo, con una mínima esperanza de que pudiera ser Edmunds, terminó por apresurarse a cogerlo.

Era Jonats. Preguntó por Edmunds e insistió en que debería dar parte a la policía a primera hora de la mañana. No había que ponerse en lo peor, pero era posible que le hubiera ocurrido alguna desgracia. Aunque todo saldría bien, seguro. Y claro, ¿qué otra cosa querría haber oído ella?

Edmunds y Edīte se habían casado en su último año de universidad. Ella acababa de cumplir veintidós y Edmunds era cinco años mayor que ella. Los ocho años que llevaban juntos los habían pasado en una pugna constante con las circunstancias, esforzándose por mejorar su nivel de vida. Y por fin, cuando realmente podían empezar a vivir, cuando lo que tanto habían ansiado parecía estar a su alcance, ahora que su unión había hecho de ellos un único organismo y que había llegado el momento de concebir a su hijo, iba Edmunds y desaparecía.

Edīte rechazó de plano la posibilidad de que Edmunds pudiera estar con otra mujer. Si así fuera, no faltaría al trabajo. En alguna ocasión habían conversado acerca de una situación de ese tipo. Llegado el caso, todo transcurriría sin mayor drama: él la informaría de cómo estaban las cosas, de forma que ella no tuviera motivo para preocuparse ni estar asustada.

Esa noche durmió mal. Se despertó sobresaltada, sintiendo como si cayera a una sima oscura. Después, al dormirse de nuevo, vio un hospital en sueños. Rectángulos de luz gris caían sobre el suelo de cemento de un pasillo que las blandas zapatillas de los pacientes habían socavado de forma desigual a lo largo de los años, creando depresiones y hondonadas. Era como una pista de esquí a vista de pájaro.

En el pasillo, saturado de los penetrantes efluvios de un hospital, flotaba el olor al relleno dulzón de los edredones, a batas manchadas de yodo, a sudor, a orina y a alcohol fenílico. Olía a yeso húmedo. Los uniformes almidonados de sanitarios y enfermeras crepitaban al acompañar a los pacientes, montados sobre sus camillas. Las ruedas de goma rodaban blandamente sobre el suelo irregular. Edīte no alcanzó a ver a la persona sobre la camilla que llevaban en dirección al quirófano. Se despertó.

¿Qué podía significar aquel sueño? Aunque en realidad no era nada supersticiosa, Edīte trató de interpretar aquella visión, como toda persona atrapada a la espera de algún acontecimiento

importante.

Volvió a cerrar los ojos y vio una montaña nevada, cubierta por un reflejo cegador bajo la luz del sol. Sintió el vértigo de la velocidad y la espectacular inclinación de la pendiente. Vio una colorida hilera de esquiadores precipitándose ladera abajo, oyó también los esquís derrapando. Y entonces ella misma comenzó el descenso, trazando amplias curvas de precisa geometría en los lugares más llanos y uniformes, así como curvas más cerradas al fintar los montículos de nieve en las pendientes más pronunciadas. Sus piernas absorbieron un fuerte impacto al franquear uno de aquellos túmulos, surgido sobre una hondonada cubierta de nieve.

La majestuosidad de aquella montaña, elevándose hacia las nubes con su manto de nieve, sus precipicios dentados y sus pistas en suave descenso hacia el valle dejó en ella una impresión indeleble. Le sorprendió no encontrar a Edmunds por aquellas laderas, dado que él siempre comenzaba su descenso antes que ella.

Ah, claro, Edmunds estaba charlando con la propietaria de la casa donde habían alquilado una habitación. La voz de la mujer era suave y agradable:

—La montaña se cobra tres vidas cada temporada. Y le recuerdo que este año ya van dos. Todavía falta un muerto, téngalo en cuenta. No haga el loco por las pistas. Normalmente ocurre cuando dos esquiadores descienden en direcciones opuestas. Así que, cuando se encuentran, el que va más rápido le da un golpe mortal al que va más lento. Aparte, cada temporada tenemos veintinueve casos de fracturas múltiples. Tienen mal arreglo. Esta temporada ya van veintisiete. Así que faltan dos, recuérdelo. Y cada día hay también dos o tres casos de esguinces. Los sábados y domingos, cuando hay más gente, hasta tres o cuatro. Y eso no es nada para una montaña como esta, con cerca de trescientos esquiadores cada día ahí arriba.

Edmunds le respondió en tono muy serio:

—Antonina Petrovna, el año que viene habrá más gente aún. Tenemos puestas todas nuestras esperanzas en el sector privado. No sería mala idea que construyera una litera superior para cada cama. Si le interesa, puedo diseñarle el proyecto. Se podrían instalar unos soportes hasta el techo sobre los que colocar nuevas literas, y así se aseguraría un rublo cincuenta de más por persona y por noche, ya que también tiene un baño…

—Sí —respondió orgullosa la mujer—, sí que tengo un baño. Uno puede sentarse ahí adentro. Al lado de la taza tengo colgado de un gancho un paño para limpiar las partes de madera. El paño se lava cada día. Y cuando uno termina, no hay más que tirar de la cadena. Pero el papel no debe echarse a la taza, para eso hay un cestito al lado, ahí es donde hay que echarlo. No se preocupe, no olerá mal, lo

limpio todos los días. A veces, después de tirar de la cadena, queda alguna cosilla en la taza, así que tengo un orinal detrás de la bañera. Le echo un poco de agua, lo vierto en la taza y así siempre está limpia.

Edīte se reía aún dormida. La propietaria había conseguido instalar a nueve personas en dos habitaciones con bastante comodidad. Mientras duró la temporada, Antonia Petrovna, su marido y sus dos hijos estuvieron alojados en la cocina. Edmunds era un verdadero charlatán y el confidente de aquella señora, que le había revelado un secreto solo a él:

—Sabe, también es posible tener agua caliente en la bañera. Primero debe desenchufar la electricidad de la cocina, si no podría electrocutarse. Luego cierre este grifo pequeño y abra el grande. Espere hasta que suene un gorgoteo, gire entonces esta manivela de aquí para allá y el agua caliente empezará a salir.

—Le pagaré por ello un rublo y cincuenta y cinco kopeks —respondió Edmunds en tono muy serio.

«No, no desaparecerá tan fácilmente», pensó Edīte en sueños. «Conoce demasiado bien a la gente, le dará tiempo a decir las palabras adecuadas antes de que los criminales le hagan algo. Les convencerá de que no lo hagan. Tiene suerte, una suerte que lo protege». Edīte se repetía una y otra vez estas palabras mágicas. Si la suerte lo había acompañado en la montaña, también lo acompañaría ahora. Edmunds era capaz de entenderse hasta con un burro.

En el pueblo de montaña, montículos de basura afloraban a través de la nieve cuando la primavera despojaba a la tierra de su blanco maquillaje. De vez en cuando, los coches se encontraban con algún burro entretenido en lamer latas desechadas. En cierta ocasión, uno especialmente testarudo permaneció durante horas en medio de la carretera, y no dejaba pasar a los vehículos. Edmunds echó mano de un poco de pintura al óleo y escribió sobre el grueso pelaje del flanco del animal «Control Estatal de Vehículos».

«Y los del Control de Vehículos no se han enterado de nada», pensó Edīte, montada en el telesilla, ascendiendo ladera arriba. Quitándose las gafas de esquiar, contempló el fulgor de la nieve. Un intenso reflejo penetró en sus ojos como plomo fundido y Edīte sintió el ardor de una luz cegadora a través incluso de los párpados cerrados.

¿Y si Edmunds tampoco podía ver en estos momentos? ¿Y si lo habían cegado?

Al despertarse, se asomó a la ventana. Abajo, a pie de calle, en el cruce de las líneas del tranvía, había unos soldadores trabajando. Los fuertes destellos de luz blanca se reflejaban en las ventanas del tercer piso. Edīte corrió las cortinas y volvió a la cama.

A las ocho, con la cabeza embotada y algo dolorida, telefoneó a su jefe.

—¿Quién llama ahora? —preguntó Julius Novadnieks a la vez que le daba un bocado a su tostada con fiambre.

La esposa de Novadnieks le entregó el auricular.

—Es Edīte Bērzs. Debe de estar enamorada de ti. Ya es la segunda mañana que quiere hablar contigo.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo Novadnieks, tragando el bocado que tenía en la boca.

—Esta mañana tampoco podré ir al trabajo —le informó Edīte.

—¡Pero bueno, Edīte!, ¡esto no es propio de usted! No me decepcione. ¡Con lo encantado que estoy yo siempre con su puntualidad! ¿Qué ha ocurrido ahora?

—Mi marido ha desaparecido. Voy a denunciarlo en la policía para que intenten encontrarlo. Se fue en el coche y no ha regresado todavía.

—¡No puede ser! ¿Desaparecido? ¿Desde hace cuánto tiempo?

—Tres días.

—Tres días, vaya. Quizá esté con algún familiar.

—No.

—Bueno, no se ponga usted en lo peor. Tal vez se le ocurrió alguna idea alocada. De todos modos, tómese su tiempo, por supuesto. Tómese todo el día libre si lo necesita. Y llame a sus amigos en Tallin, en Vilna, en Moscú. Mire, yo mismo me escapé en una ocasión durante una semana entera, ¡una semana! Pero eso fue hace quince años, después de una pelea con mi esposa. No os habréis peleado, ¿verdad?

—No.

—Bueno, en cuanto se ocupe de todo, venga a nuestra casa a contármelo todo de forma un poco más detallada. Llamaré enseguida al comisario Siliņš, que es amigo mío y hará todo lo posible por ayudarla.

—Muchas gracias —contestó Edīte, que no había previsto una respuesta tan empática por parte de su jefe.

—No pierda la esperanza —concluyó Novadnieks. Sin embargo, él mismo había perdido el apetito y apartó de sí el café y las otras tostadas con tomate y queso que se había preparado para el desayuno.

Su mujer se moría de impaciencia.

—¿Qué te ha dicho la señora Bērzs? ¿Qué ha pasado?

—No puedo creerlo —dijo Novadnieks—, que algo así suceda en nuestra sociedad, que alguien simplemente desaparezca. ¿Es posible siquiera?

Julius Novadnieks era el tipo de jefe reticente a mover un dedo para ayudar a sus trabajadores si se trataba de algún asunto económico. Le daba igual que comieran o no, que tuvieran ropa y zapatos o no, siempre que el trabajo se hiciera. Era indiferente a las

circunstancias en las que vivían sus empleados, a sus finanzas y a sus arreglos para el cuidado de los niños. Era rígido como un leño con sus subordinados y hacía falta mucho valor para llamarle por teléfono a primera hora de la mañana. Se le temía, pero también se le respetaba, y eso era exactamente lo que él deseaba de sus trabajadores.

Sin embargo, si uno de ellos se dirigía a él con algún problema personal, especialmente algo relacionado con su vida íntima, Novadnieks se mostraba enormemente interesado y servicial. Y, a menudo, su ayuda daba resultados. En este caso en particular, imaginando que la desaparición de Edmunds Bērzs estaba relacionada con algún aspecto de su vida sentimental, Novadnieks telefoneó inmediatamente al comisario Siliņš.

—Puede que se trate de un asesinato relacionado con un robo —dijo Novadnieks—, y en ese caso no habría nada que hacer, aunque sea de su competencia. O quizá se ha largado con alguna mujer, que es lo más probable. Si así fuera, mire a ver lo que puede hacer por encontrarlo lo antes posible: tiene a una de mis mejores empleadas muy preocupada y eso afecta al trabajo.

En ese mismo momento, Edīte llamaba desde la oficina de correos a todas las ciudades que Novadnieks había mencionado y donde Edmunds tenía a algún amigo. Pero todas las llamadas fueron en vano y no logró localizar a su marido.

A las nueve y cinco, Edīte ya se encontraba sentada frente al inspector Valdis Strūga, frente a su rostro impasible y sus ojos grises, escuchando cómo este dictaba de forma monótona a través del teléfono:

—Un turismo verde musgo, un Moskvitch 412, el modelo más reciente. ¿La matrícula? —inquirió Strūga volviéndose hacia Edīte.

Edīte le dijo el número de matrícula y el inspector lo repitió por el auricular. En ese momento sonó el segundo teléfono y Strūga también lo cogió.

—Sí, camarada comisario —dijo—, ahora mismo está conmigo. Le informaré en cuanto me haga una idea del caso. En este momento estoy recabando la información básica.

Al colgar el auricular, el rostro de Strūga devino algo más expresivo, aunque era meramente la expresividad requerida por su oficio. Estaban metiéndole prisa y eso era algo que le desagradaba. El entrometimiento y las personas que utilizaban su influencia le irritaban sobremanera, aunque hacía lo posible por sobrellevarlo.

—El número de chasis o el número de motor —murmuró—, supongo que no lo sabe.

—No, no lo sé.

—Lo obtendremos del Control Estatal de Vehículos.

Ya se habían llevado a cabo las investigaciones pertinentes en la

morgue y en la unidad de urgencias del hospital. Se habían comprobado también las listas de personas arrestadas. Por el momento, no había ni rastro de Bērzs.

La cumplimentación de los formularios transcurrió de forma oficial y monótona.

—¿Altura?

—Un metro ochenta.

—¿Peso?

—Setenta y tres kilos.

—¿Color de pelo?

—Rubio ceniza.

—¿Color de ojos?

—Grises.

—¿Cejas?

—Alargadas, un poco más claras que el pelo.

—¿Nariz?

—Recta, un poco aguileña y ligeramente ladeada hacia la derecha. Rostro algo enjuto y boca de tamaño normal. Los labios tirando a gruesos y las orejas ni muy grandes ni muy pequeñas.

«Un tipo de lo más normal», pensó Strūga, tomando las notas de costumbre. «De lo más normal, como yo. Hasta tenemos el mismo peso y altura».

—Tendré que pedirle que sea lo más específica posible en sus descripciones. Será muy importante para la identificación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Edīte sobresaltada al oír la palabra «identificación».

—Bueno, en este caso no creo que se llegue a tal extremo —respondió Strūga como disculpándose. La palabra se le había escapado—. Pero cualquier detalle puede resultar decisivo. En lo que respecta a sus dientes, ¿tiene alguna pieza postiza?

Strūga se dio cuenta de que Edīte era una mujer muy susceptible e interpretaba cada una de sus palabras como un posible salvavidas. Debía poner especial cuidado al hablar para no hundirla. En lo sucesivo, evitó usar el pasado «era»; la forma «es» resultaba mucho más esperanzadora. Observó, además, que tampoco ella había pronunciado aún la palabra «era» al referirse a su marido. Para ella, su marido aún pertenecía al presente, todavía «es».

—¿Dientes? Sí, tiene dos coronas de oro en el lado derecho y empastes en ambas paletas.

—¿Dónde dice que tiene las coronas? ¿Puede intentar recordarlo con más exactitud?

«Dios mío, qué cosas más horribles me está preguntando», pensó Edīte. «En todo este tiempo, en vez de rellenar estos formularios podría estar buscando a mi marido. Pero tal vez sea necesario».

Edīte reflexionó detenidamente y contestó:

—Tiene una corona de oro en el colmillo derecho, luego tiene un diente postizo, después otro con corona y luego una muela postiza. Eso en el lado derecho. Pero de las dos últimas muelas no sé nada.

—Y cicatrices, ¿tiene alguna cicatriz?

— Sí, una cicatriz en el brazo derecho.

—Una marca permanente —murmuró Strūga, pero de forma casi inaudible—. ¿Y de qué tamaño es la cicatriz?

— De unos diez centímetros. Y también tiene una cicatriz de la operación de apendicitis en la parte inferior derecha del vientre, donde suelen estar.

Strūga brindó a la mujer una mirada de aprobación. Estaba siendo exacta: sabía lo que su trabajo requería. Era algo que no sucedía muy a menudo.

—¿Se operó hace mucho tiempo?

—Sí, hace ya más de nueve años.

—¿Le falta alguna falange en los dedos?

—No, los dedos los tiene todos bien, pero tiene una cicatriz en forma de zigzag a lo largo del pulgar izquierdo.

—¡Bien, eso ya es algo! Y dígame, ¿padece alguna enfermedad, alguna dolencia crónica?

Edīte reflexionó acerca de esto un momento. No estaba segura de que a la policía pudiera interesarle algo tan insignificante.

—Mi marido tiene gota —dijo finalmente.

—¿Sí?, ¿gota? —Strūga pareció animarse de repente.

Las enfermedades eran algo importante. A veces las personas podían aparecer mutiladas, irreconocibles, pero una enfermedad siempre dejaba huellas permanentes. Strūga había tenido que buscar a personas con afecciones cardiovasculares, con trastornos nerviosos y problemas psíquicos, a artríticos con las articulaciones anquilosadas a causa de depósitos salinos, a individuos aquejados de cálculos renales, úlceras de estómago, piedras en la vesícula, hemorroides, diabetes y derrames cerebrales. Había perseguido a morfinómanos y a portadores de enfermedades venéreas. Había logrado encontrar a personas con cáncer y eczemas. Con el paso del tiempo, toda persona desarrollaba alguna enfermedad, algo que siempre llevaría consigo, algo que la identificaba más cabalmente que cualquier otro documento.

Los casos con personas aquejadas de gota eran más bien escasos y, en los últimos tiempos, Strūga había sentido una empatía especial hacía quienes padecían este achaque. A tales individuos los buscaba con una tenacidad inusitada, como si fueran sus propios familiares. Una enfermedad en común constituía un importante vínculo, razonaba consigo mismo, así que les dedicaba a los afectados un esfuerzo mayor del que estrictamente exigían las normas.

—Sí, padece de gota —repitió Edīte—. Sufre dolores en el dedo gordo del pie, que está un poco deformado. El hueso parece un nudo. Por eso suele ponerse zapatos anchos y cómodos.

Strūga experimentó la leve punzada de un dolor sordo y de sobra conocido en el dedo gordo de su propio pie derecho, algo similar a un picor agradable. Su hueso aún no se había deformado, aunque estaba en proceso de hacerlo. Pero Bērzs, al fin y al cabo, era tres años mayor que él.

—¿Es fumador? —preguntó Strūga.

—No, lo dejó hace ya tiempo.

—Debería animarse a correr —dijo Strūga—. El ejercicio físico es bueno para quienes sufrimos de gota.

—Edmunds juega al tenis y, en invierno, le gusta esquiar.

—¿Es buen esquiador? —indagó Strūga por mera curiosidad personal. La pregunta era irrelevante en sí, pero le resultaba interesante saberlo.

—El invierno pasado estuvimos en el Cáucaso —respondió Edīte con cierta vaguedad.

—¿Dónde exactamente?

—En Terskol.

—¿Y cómo son allí las montañas?

—Algunas laderas me parecieron tan inclinadas como el tejado de una casa —respondió Edīte, sonriendo por primera vez aquella mañana—. No hay punto de comparación con nuestras colinas.

La conversación transcurrió durante unos instantes de forma más franca y relajada, menos circunscrita al procedimiento oficial.

—¡Ah, Terskol! —Strūga dirigió una mirada soñadora a través de la ventana. El sol arrancaba vaharadas de humedad a las copas de los tilos que amarilleaban a lo largo del bulevar—. Bueno, terminemos con el formulario. ¿Qué llevaba puesto?

—Unos pantalones negros a rayas —Edīte hablaba despacio, tratando de recordar con precisión la ropa de su marido—. Una chaqueta gris oscura y un jersey también gris oscuro. Llevaba un cinturón de cuero trenzado. Calcetines negros, creo que llevaba puestos unos negros, pero no estoy segura. Y zapatos negros con puntera ancha.

Strūga dejó escapar un suspiro ante estas palabras, aunque no era un suspiro de ensoñación.

—¿Y ropa interior?

—No le gusta llevar ropa interior: solo calzoncillos, ni camisetas de lana, ni calzones largos.

—¿Llevaba impermeable?

—Sí, un impermeable gris, yugoslavo, con un forro de cuadros rojos y negros, como un tartán escocés, que puede quitarse y ponerse,

sujeto con botones. No, espere, no es con botones, sino con cremallera.

—¿Qué podría llevar en los bolsillos?

—Nada especial. Los documentos del coche. Y, en la cartera, el pasaporte, la tarjeta de miembro del Colegio de Arquitectos. Unos diez rublos en efectivo. También una pluma estilográfica, una navajita y un pañuelo de cuadros. Cuatro o cinco lápices, una libreta, algún bolígrafo. Puede ser que todo esto lo llevara en la guantera y quizá alguna otra cosa en los bolsillos. No lo sé.

—¿Y su tarjeta del servicio militar?

—No, la tiene siempre en casa. Creo que está guardada en un cajón, aunque no he mirado. ¿Es importante? Puedo llamarle cuando llegue a casa.

Strūga leyó toda la información que había acumulado sobre Edmunds Bērzs en su formulario. Iba haciéndose poco a poco una imagen bastante nítida de aquel hombre, aunque solo fuera en lo relativo a su aspecto exterior. Su personalidad, peculiaridades, opiniones y costumbres seguían siendo aún una gran incógnita.

—¿Cuál es el salario mensual de su marido?

—Ciento ochenta rublos.

«Casi igual que el mío», reflexionó Strūga. En tanto que arquitecto, Edmunds Bērzs ocupaba una posición de cierta importancia en la sociedad. Era improbable que se hubiera involucrado en alguna aventura temeraria. Debía existir alguna razón de peso tras su desaparición. Strūga tuvo la corazonada de que podía tratarse de un asunto bastante serio. ¿Qué razón tenía para ello? Ninguna, aparte de su intuición profesional.

Strūga recapituló: Bērzs había desaparecido durante la noche del domingo al lunes. El inspector lamentó que Edīte no hubiera alertado inmediatamente a la policía. Bueno, claro, ella había pensado que simplemente se había retrasado. Dos días, y hoy ya era el tercero, quizá en manos de delincuentes.

Aunque a lo mejor se estaba precipitando al pensar que se trataba de un crimen. En realidad, solo contaba con su propia corazonada para seguir adelante. Era posible que una investigación más detallada revelara que sus sospechas solo habían sido un espejismo. Debía cerciorarse de cada detalle y poner en marcha la complicada maquinaria de la búsqueda.

Strūga sintió que recobraba la energía y el interés que le eran familiares. El mal humor de esa mañana había desaparecido. Sintió que la discusión del día anterior con su mujer devenía algo insignificante. Al ponerse en pie para acompañar a Edīte Bērzs hasta la puerta le pareció que incluso el dolor en su pie derecho había remitido.

[2] Diminutivo de Edmunds.

III

Tras consultarlo con el capitán Pērnavs, Strūga decidió recorrer esa misma noche el itinerario de Edmunds Bērzs desde Plienis, la casa de sus padres, hasta su apartamento en la ciudad. Strūga conducía lo suficientemente bien como para arreglárselas sin los servicios de un chófer. Y en aquella ocasión en particular prefería hacer el recorrido a solas, en su coche de servicio, tal y como lo pudiera haber hecho Bērzs unos días antes.

En la finca familiar encontró a los padres de Bērzs recogiendo patatas en la parcela colindante con la casa, en cuyo margen, un caballo gris rumiaba hierba mientras un arado de mano yacía al pie de un surco aún por abrir. Las patatas destacaban relucientes entre la tierra, arenosa y oscura. Strūga se quitó los zapatos y los calcetines y se acercó descalzo a los recogedores de patatas. La tierra, húmeda y tibia, cedía bajo sus pasos y los pies se le hundían casi hasta los tobillos.

—¡Buenas! —dijo Strūga—. ¿Tendrían otra cesta para un ayudante?

El señor mayor iba echando las patatas en una cesta de mimbre mientras se desplazaba a lo largo del surco, arrodillado sobre un saco viejo. Sufría dolores de espalda y apenas podía agacharse, así que le resultaba mucho más fácil arrastrarse con el saco bajo las rodillas. Iba dejando tras de sí una amplia franja de tierra apisonada. Habría sido una pérdida de tiempo intentar encontrar patatas por donde él ya había pasado, pues había desenterrado y recogido hasta las más pequeñas. La madre de Edmunds recorría el surco con más rapidez, avanzando entre agachada y acuclillada.

—Vas demasiado rápido —refunfuñó el padre—. Te vas dejando las papas en el surco.

Y así era: con buen ojo avizor, rebuscó un poco entre la tierra y sacó dos tubérculos de color claro.

—Tiene usted que cavar un poco más profundo —le sugirió el viejo a Strūga—. Debajo de la tierra quedan muchas todavía. Es que el arado no las saca todas.

Strūga charló con los padres de Edmunds Bērzs hasta bien entrada la tarde. Los pies y las manos iban oscureciéndose por la tierra y los cestos iban llenándose de patatas. Envuelto por los olores del otoño y los graznidos de las grullas, Strūga averiguó multitud de detalles sobre la infancia de Bērzs, sus costumbres, intereses y aficiones. Paulatinamente, su imagen del hombre desaparecido comenzó a tomar

forma.

Había otras cuatro casas de campo junto a Plienis: Ažkājas, Spruņģi, Klūgas y Liepāji. Y, por supuesto, toda la gente de los alrededores conocía a Edmunds Bērzs. Estaban orgullosos de que un chico de aquel lugar hubiera llegado tan alto, hasta convertirse en un arquitecto de renombre en la capital del país.

Al anochecer, después de lavarse y prometerles que volvería para cenar, Strūga se dirigió a la granja Ažkājas. La visita de Strūga despertó en los padres de Bērzs una gran preocupación: si la policía se interesaba por Edmunds, era bastante probable que le hubiera ocurrido algo. Aunque, a decir verdad, apenas sabían nada de la vida que llevaba su hijo en aquel momento.

En la granja Ažkājas vivían dos hermanas y el marido de la mayor de ellas. Los tres estaban jubilados. Las mujeres solían recolectar frutos del bosque y setas, limpiaban el huerto de malas hierbas y cuidaban de vacas, ovejas y gallinas. El hombre estaba a cargo de la reparación de los tejados de los koljoses de la zona y era considerado muy competente en su oficio.

Los tres se encontraban en la cocina, sentados junto a una amplia mesa. Los bancos de madera, bien pulidos, cojeaban ligeramente sobre el enlosado irregular de barro cocido. En el fogón de la chimenea ardía un buen fuego sobre el que estaban preparando comida para los cerdos. El techo estaba ennegrecido por el humo.

—Yo soy de las que hablo de lo que haga falta, ea, pero que sea la verdad —dijo la hermana mayor—. Ya le digo que de poco le sirve pasar por las otras granjas, váyase directo a Spruņģis, donde la Mare, que es nuestra jardinera. A lo mejor ella pueda contarle algo.

—Laima, ¿por qué tienes que contar chismes sobre la gente? —intervino la hermana menor con calma—. ¿Qué tiene que ver Mare con Bērzs? Sabes que va a casarse este invierno.

—Pues pue que sí y también pue que no —contestó la mayor con énfasis—. Juntos estuvieron nadando por el estanque… Yo soy de las que veo las cosas, que los ojos los tengo bien abiertos.

Sentado frente a Strūga, con una papirosa[3] entre los dedos ennegrecidos por el alquitrán, el otro hombre seguía la conversación sin decir palabra. Estaba claro que le gustaba escuchar.

—¿Y adónde si no iban a nadar por aquí? El estanque es el único lugar —dijo la hermana menor.

—El único o el no único… ¿Y el novio de la Mare, donde está, eh? Un par de semanas lleva ya sin aparecer por aquí. Yo no sé na, pero el Edmunds y la Mare estaban echados en una jarapa, que los vi yo al pasar y les eché el ojo. Los dos tumbados en la jarapa, el Edmunds y la Mare, nuestra jardinera.

Strūga tuvo una corazonada: era posible que aquella mujer, Mare,

pudiera darle alguna información de interés. Pero dejarse llevar solo por aquella corazonada sería imperdonable. Los inspectores debían cerciorarse de las cosas, saberlas con exactitud. Una corazonada a secas no «significaba» nada, aunque fuera fruto de una intuición bien entrenada, como el olfato de un sabueso.

En Spruņģis, Strūga encontró el suelo marrón de la casa de Mare barnizado y brillante, limpio como una patena. Los lomos de unos libros alineados a lo largo de una amplia estantería recordaban al espinazo de grandes peces. Un mantel almidonado. Crisantemos color violeta en un jarrón de arcilla. Un felpudo de colores. Una hilera de paños sobre el suelo. El techo encalado.

Mare estaba sentada en una silla de paja trenzada, con ambas manos sobre el regazo. Veinticinco años como mucho. Pelo oscuro y ondulado. Manos pequeñas y curtidas. Su postura no era forzada, sino natural, con los brazos y las piernas relajados, como un animal en reposo. Había algo asilvestrado en aquella joven, una pasión intensa, una claridad exaltada en la mirada. ¿Era ese el brillo de la inocencia?

Mare conversaba con soltura. Había terminado su formación profesional en Bulduri, en la rama agrícola, y ahora trabajaba en un koljós, empleada en tareas varias. Sí, vivía sola, pero estaba prometida. La boda estaba prevista para el invierno. ¿Y sobre Edmunds Bērzs? Sí, lo había conocido en la playa fluvial.

«Debe ser buena nadadora», pensó Strūga. Cuando Mare se levantó para cerrar la ventana, el detective reparó en que apenas tenía marcado el talle. Era un cuerpo de una redondez torneada, esbelto como un torpedo, las caderas casi del mismo ancho de los hombros, los brazos rotundos y la cabeza redonda. Seguramente era capaz de deslizarse a través del agua sin apenas resistencia.

—Edmunds hablaba de manera muy interesante sobre la arquitectura —dijo Mare, estirando la palabra «muy»—. Resultaba bastante divertido, aunque yo a veces no sabía si hablaba en serio o en broma. Me enseñó a dibujar.

—¿Lo veía a menudo?

—Casi todos los sábados y domingos, cuando venía por aquí.

—¿Y su prometido, se encontró alguna vez con Edmunds?

Un rubor salpicó de repente las mejillas bronceadas de Mare.

—No, mi prometido está muy ocupado. Es que tiene un trabajo así. No ha llegado a conocerlo.

Mare alargó esta vez la palabra «así».

—¿Pero sabía que usted se encontraba a menudo con él?

—Si realmente necesita esa información, se la daré —respondió Mare con lentitud—. Tuve una pelea con mi prometido y hace ya un par de semanas que no ha venido por aquí, aunque me dijo que volvería.

—¿Por qué discutieron?

—Estaba celoso. No le gustaba que nadara con Edmunds. Él no sabe nadar y tampoco le interesa aprender. Y no le gustaba que hablara con Edmunds de arquitectura.

«Esto podría ser una pista», reconoció Strūga para sí, sintiendo que se acercaba a alguna conclusión. Debía golpear el hierro mientras estaba caliente.

—Le agradecería si me pudiera facilitar el nombre de su prometido, así como su dirección y su lugar de trabajo.

—Se llama Kārlis Dindāns. Vive en Riga y trabaja para el Comité de Seguridad del Estado.

Por un instante, Strūga sintió un nudo en la garganta. ¡Mira por dónde, las cosas siempre podían complicarse aún más! El Comité de Seguridad del Estado era un organismo que le infundía un gran respeto. Aquella información disipó sus sospechas y, con una educada sonrisa, se despidió de la mujer.

En su visita a las granjas de Klūgas y Liepāji no logró averiguar nada importante.

A las diez y media de la noche, después de una cena abundante y de tranquilizar en lo posible a los inquietos padres de Edmunds Bērzs, Strūga abandonó la casa. Un perro moteado lo siguió, ladrando, durante varios cientos de metros.

El coche del inspector pasó de una pista de tierra a una carretera de grava, internándose por un denso bosque de abetos. A través de las ventanillas veía los árboles mecerse en una lenta danza. Strūga avanzaba despacio, con las luces largas puestas. El indicador del velocímetro no superaba los sesenta kilómetros por hora. Strūga pensó que, en una carretera como aquella, firme, seca y uniforme, era fácil llegar a los ochenta kilómetros por hora. Pero para la noche del domingo al lunes, la noche en que Bērzs había desaparecido, la previsión del tiempo había asegurado que habría niebla, así que Bērzs no podría haber ido a más de cuarenta.

Strūga emergió del bosque y llegó a un paso a nivel. La barrera estaba bajada a ambos lados de las vías del tren. El inspector sabía que aquel paso a nivel en realidad no estaba bloqueado. Como había comprobado en el trayecto de venida, las cadenas de seguridad no estaban aseguradas a la barrera.

Detuvo el coche. Alzó las barreras de ambos lados y miró su reloj: eran las once menos cinco. La luna brillaba intensamente. Una casona no muy lejana semejaba hundirse entre el ramaje de arces que amarilleaban. El mundo parecía detenido en una espera muda. De la carretera que llevaba a Riga llegó el ruido de una motocicleta. ¿Habría recogido Bērzs a algún pasajero fatal en aquel cruce?

Strūga cruzó las vías del tren. Volvió a bajar las barreras.

Al cabo de un kilómetro y medio llegó a una curva brusca tras la que comenzaba una cuesta empinada. Pasó junto a otras dos casas de campo. No habría nada más fácil que agitar un brazo y hacer que un coche se detuviera… Y Bērzs habría seguido su ruta con su asesino a bordo. Strūga imaginó que algo así habría podido suceder aquella noche. «Sería bueno averiguar quién vive en aquellos caserones», reflexionó el inspector.

La carretera de grava serpenteaba entre arbustos, ascendiendo cada vez más alto, para luego descender hasta una torrentera. Strūga conducía muy despacio. Había venido por aquel mismo camino, pero todas aquellas curvas, subidas repentinas y pronunciados descensos eran demasiado para un solo viaje. Además, todo le resultaba casi desconocido en la oscuridad de la noche, y la luz de la luna hacía difícil juzgar debidamente las distancias.

Strūga puso las luces cortas, intentando recrear cómo habría visto Bērzs la carretera habiendo niebla. Condujo sin variar la velocidad, a unos treinta kilómetros por hora, reduciendo de vez en cuando a veinte por hora cuando árboles y arbustos dificultaban la visibilidad en alguna curva. Bērzs, que sin duda conocía bien aquella carretera, podría haber ido a mayor velocidad, pero dadas las condiciones de aquella noche no habría conducido más rápido de lo que Strūga lo hacía ahora.

El inspector se veía obligado a avanzar con extrema precaución, frenando en algunos lugares hasta una velocidad de quince kilómetros por hora, si es que a eso se le podía llamar velocidad. En un momento dado, Strūga se quedó casi sin aliento tras tener que pegar un frenazo al borde de un despeñadero. Resultaba imposible calcular la altura de la caída. Cambió a primera y dejó que el coche rodara cuesta abajo con el motor al ralentí. Era un tramo en pendiente y arenoso. El coche fue descendiendo con un gruñido grave y las cuatro ruedas se afanaban por obtener tracción.

Mientras hubo algo de claridad, Strūga se detuvo en varios lugares para investigar posibles huellas de neumáticos sobre la superficie del camino. Pero en el intervalo de tres días habían pasado por allí multitud de coches y maquinaria pesada, incluyendo un tractor oruga. La superficie estaba completamente revuelta y resultaba del todo imposible distinguir las huellas del Moskvitch de Bērzs.

Llegó al último de los lugares que había anotado mentalmente como peligroso en su anterior recorrido. Más adelante solo había una carretera llana y bien asfaltada, aunque todavía debía lograr alcanzarla. La carretera, en pendiente pronunciada, estaba bordeada por espesos arbustos y viejos árboles retorcidos alzándose sobre estos. Era un entorno verdaderamente espeluznante, impenetrable para la luz de la luna. Solo un conductor experimentado, alguien que

conociera bien el camino, sería capaz de conducir por allí con desenvoltura a esas horas de la noche.

Era posible que el coche de Bērzs se hubiera detenido en este lugar.

De repente, de entre la sombra oscura de los arbustos junto a la calzada, surgió una figura. Plantado en la carretera, alzó un brazo para pedirle al conductor que se detuviera. ¿Sería solo un anciano inofensivo con una cesta de setas o quizá había dos jóvenes esperando al acecho entre los arbustos?

«Seguro que a Bērzs también lo pararon así», especuló Strūga, apagando las luces del coche, pero dejando las de posición encendidas, para que el resplandor no lo cegara y le permitiera ver si alguien se acercaba por el flanco. Detuvo el coche. En una sucesión de gestos ágiles y automatizados, desembragó y lo dejó en punto muerto, echando con fuerza el freno de mano.

Acto seguido, desenfundó su pistola. Se la puso sobre el muslo y, cubriéndola con la mano, le quitó el seguro. El cargador ya lo había colocado con anterioridad.

La figura se acercó al coche. Todas las puertas estaban cerradas y solo la ventanilla junto a Strūga estaba bajada.

El rostro ajado de un anciano se inclinó hacia el marco de la ventanilla. La oscura cesta de mimbre que llevaba tomada con el antebrazo se perfiló en la tenue luz de los indicadores del salpicadero.

—¿No le importaría, por favor, bajarme hasta la carretera principal?

La voz del anciano sonaba casi sin aliento, preocupado quizá porque el coche fuera a irse antes de que le diera tiempo a decir lo que quería.

—Me costaría mucho llegar andando hasta allí.

Strūga volvió a introducir el arma en su bolsillo, poniéndole de nuevo el seguro.

—¿Está usted solo, abuelo?

—Sí, estoy solo. Tengo una hermana ahí, en la granja Kiķauka. Es que se me ha hecho muy tarde. Se le murió el marido hace nueve años y la pobre se las apaña sola como buenamente puede. La he estado ayudando a sacrificar un ternero, que va a llevar mañana al mercado. Y de vuelta a casa encontré un buen sitio de setas y me he entretenido tanto que no me he dado cuenta hasta que se ha hecho de noche.

—¿Setas?

Recios boletus marrones, carboneras, lactarios, rebozuelos y otros especímenes de menor calidad colmaban la cesta.

Con pasos cortos, el vejete rodeó el coche. Strūga abrió la puerta. Oyó el jadeo del anciano y el susurro sombrío del bosque a su alrededor. ¿Qué habría más allá? Strūga escuchó atentamente los

ruidos del bosque. Una solitaria ave nocturna emitió un penetrante y desagradable silbido.

Se puso de nuevo en marcha. «Vaya vida lleva este hombre», pensó Strūga. «Deben quedar todavía diez kilómetros hasta la carretera principal. Y él, con la noche ya caída, dando vueltas por el bosque, recogiendo setas. Y encima acaba de sacrificar a un ternero, aunque él mismo está para el arrastre».

«¿Y tú?», se preguntó mientras escuchaba a medias el monótono relato del viejo sobre la abundante cosecha de ese otoño. «¿Acaso no estás tú también dando vueltas por el mundo en medio de la noche? Tu horario de trabajo ya ha terminado. ¿Quién o qué te obliga? ¿La necesidad de quedarte tranquilo?». Strūga imaginó con placer el vaso de leche caliente que le esperaba en casa. ¿Y la discusión con su mujer? Esa pizca de condimento no le venía nada mal a la vida matrimonial. Los dos se mostraban más tolerantes después de aquellos episodios.

Llegaron a la carretera principal.

Entre amigos y conocidos de Bērzs, solo cinco sabían que el arquitecto iría a visitar a sus padres el viernes y regresaría el domingo por la noche. Casi todos ellos habían estado alguna vez en la casa de los padres, disfrutando de la sauna, bebiendo leche o nadando en el estanque.

Strūga interrogó de entrada a aquellos individuos. Fue una investigación rápida, pero llevada a cabo a conciencia, de forma minuciosa. No creía que Bērzs estuviera vivo: su hipótesis era la de un asesinato relacionado con un robo. Quizá por algún motivo de venganza personal.

¿Qué le hacía pensar en la venganza personal como un motivo plausible? A juzgar por lo que Edīte Bērzs le había confiado, tenía la impresión de que las bromas del arquitecto no siempre habían sido apropiadas. Tal vez en alguna ocasión, sin darse cuenta, había ido demasiado lejos con algunos de sus chistes, había ofendido a alguien excesivamente susceptible y había terminado pagándolo con su vida.

Su tarea consistía en encontrar al responsable, reconstruir con precisión los hechos del crimen, localizar el cadáver y recuperar el coche. Sin embargo, antes debía desentrañar la cadena de acontecimientos y circunstancias que conectaban al criminal con el mundo que lo rodeaba.

El primer eslabón de la cadena sería un informante. Era casi una ley que todo aspirante a delincuente tuviera su informante, alguien que le indicara cómo y dónde se custodiaban ciertas pertenencias, que le revelara dónde algún propietario solía esconder sus objetos de valor al ausentarse de casa, que le avisara de cuándo una persona había sacado del banco una suma importante de dinero para comprar un

coche, que le mostrara la cochera de un propietario y conociera el sistema de cerraduras, que supiera la hora en que la posible víctima daría un paseo o la ruta que seguiría con el coche. Todo eso formaba parte del trabajo del informante y lo más probable es que este hubiera dado parte a alguien de cuándo Bērzs tenía intención de hacer el viaje y de que no iría acompañado.

Quienquiera que fuese podía tener muchos motivos para haberse convertido en informante: algún agravio personal, estar emparentado con el criminal, llevarse un porcentaje del botín, odio, celos, envidia, rencor y un sinfín de ofensas triviales.

Era imperativo dar con él.

El informante podía ser también alguien que viviera en alguna de las casas de campo que rodeaban la de Plienis. La investigación preliminar que Strūga había llevado a cabo no excluía esta posibilidad. Sin embargo, su costumbre era empezar por el centro del caso: la víctima era el foco central de todo un entramado y Strūga solía comenzar tanteando el terreno paso a paso, alejándose paulatinamente de ese centro y regresando a él solo si surgían nuevas pruebas.

Aunque creía que el asesino no pertenecía al círculo de amigos y conocidos de Bērzs, era posible que el informante sí lo hiciera. Tenía que indagar a fondo sobre aquellas personas, sin herir a nadie con sospechas infundadas. Tenía que investigar el talante moral de aquellos individuos para poder ir descartando a inocentes y acotar la investigación.

Encontrar un cadáver en aquella región boscosa, accidentada y cubierta de ríos y pantanos le pareció poco factible. En el mejor de los casos, el cadáver habría sido enterrado y descubrirlo resultaría relativamente fácil. Pero también era posible que lo hubieran metido en un saco lleno de piedras y lo hubieran hundido en una ciénaga o estanque fangoso. O lo podían haber rociado con gasolina y quemado sobre un montón de neumáticos viejos. En tales casos, dar con el cadáver sería como buscar una aguja en un pajar.

Strūga estaba bien familiarizado con la clase social de Bērzs. Quienes pertenecían a ella se relacionaban casi exclusivamente entre sí y solo tenían contacto con gente de otros estratos sociales cuando algún negocio o necesidad específica lo exigían. Todos ellos gozaban de un próspero nivel de vida y disfrutaban de diversas comodidades. Sostenían que su esfuerzo, y cuanto obtenían a través de dicho esfuerzo, fomentaba a su vez la prosperidad colectiva de la sociedad.

El sueldo de las esposas también formaba parte del presupuesto familiar. Con dos personas empleadas en la familia, en la que ambos ganaba más o menos lo mismo, los ingresos totales de cada mes rondaban los trescientos rublos. Todos tenían apartamentos bien

amueblados y un hijo por pareja, a veces dos, aunque dos ya se consideraba excesivo.

Todos tenían buenas perspectivas de futuro y eran ambiciosos. Hacían correctamente sus trabajos y no les importaba desempeñar ciertas tareas que, sin infringir la ley, ayudaran al bienestar material de la familia. Eso sí, estas debían permanecer ocultas a ojos de la sociedad.

Siempre intentaban llevar a cabo sus planes y proyectos dentro del marco permitido por la ley. Era un grupo social demasiado estéril como para que el crimen prosperara en él. Tenían su propio sistema de apoyo mutuo: cuando los bienes escaseaban, se procuraban unos a otros artículos como prendas de punto, zapatos y ropa importados, recambios para el coche, licores exóticos, caviar negro y licencias de caza. Y todo esto lo conseguían con la ayuda del blat.[4] Los productos y objetos de primera necesidad podían encontrarse en las tiendas, pero ciertos productos más refinados, aquellos que conferían a la vida un aire de sutil elegancia y colorido, solo podían conseguirse a través del blat. Los individuos pertenecientes a esta clase social destacaban así entre sus conciudadanos, igual que si fueran empresarios de éxito. Algunos de ellos incluso se alegraban de que ciertos productos no estuvieran disponibles en las tiendas, porque algo obtenido mediante el blat otorgaba automáticamente más prestigio: su propietario podía alardear de poseer un objeto raro y singular.

Sin embargo, esos trescientos rublos también significaban el ingreso máximo para el tipo de familias a cuya clase pertenecían Edmunds Bērzs y su esposa. Por el momento aún no tenían hijos, pero Strūga estaba seguro de que planeaban tenerlos en un futuro próximo, ya que su última gran compra, el coche, la habían realizado el año pasado. Eso sí, con la ayuda de los ahorros de sus padres.

El tipo de familia que ingresaba unos trescientos rublos mensuales constituía una especie de pirámide económica hacia cuya cima ascendían buena parte de los ingresos de quienes se encontraban en la base. Los progenitores de ambos esposos formaban la base, los esposos constituían el estrato intermedio y en la cúspide se encontraba el hijo único. Ni que decir tiene, esto no constituía una perspectiva demográfica alentadora para el país, pero era la forma en que la gente podía disfrutar de la vida. Los abuelos, en la base de la pirámide, ayudaban a los jóvenes esposos en la adquisición de mobiliario, las mejoras en sus apartamentos, la compra de un coche (si es que adquirían uno) y los gastos relacionados con viajes. Y esto ocurría así particularmente en los casos en que los esposos eran a su vez hijos únicos.

Eran familias que solían llevar una vida bastante apacible y equilibrada. Su amor estaba firmemente cimentado en la posesión de

bienes materiales y las transgresiones ocasionales del marido o la mujer, si es que tenían lugar, se ocultaban celosamente al resto de familiares y conocidos.

Eran personas que vivían sobre todo para sí mismas, más que para el bien de la sociedad, y que rehuían la carga que suponía la crianza de varios hijos. Vivían, por lo general, de forma bastante acomodada, en apartamentos de dos o incluso tres habitaciones, pero era imposible no mostrar cierto escepticismo al imaginar un futuro con tres hijos en edad casadera viviendo aún en uno de aquellos apartamentos.

Las vacaciones de estas familias eran casi idénticas. En invierno, descendían por las pistas de eslalon y, en verano, por el cauce de los ríos. Habían viajado por toda la Unión Soviética y conocían las mejores montañas, los ríos de agua más cristalina y las corrientes más revueltas. Eran abogados, médicos, ingenieros, científicos, poetas, escritores o músicos. Componían esa intelligentsia de clase media a la que Strūga también pertenecía y, a medida que acumulaba información sobre Bērzs, Strūga tenía la sensación recurrente de que andaba buscándose a sí mismo.

Veían las mismas películas, leían los mismos libros, escuchaban la misma música, tenían las mismas opiniones sobre el progreso y la economía, poseían el mismo sentido del humor y contaban los mismos chistes. En tanto que turistas, ambos habían realizado varios viajes en grupo al extranjero. Su tolerancia al dolor era moderadamente alta y, a menudo, se veían aquejados de hipertensión, estreñimiento, fatiga mental o gota. También sufrían frecuentes dolores de cabeza y eran susceptibles de resfriarse con facilidad, pero en general disfrutaban de una salud envidiable, una gran vitalidad y excelentes relaciones sociales.

Las relaciones eran lo más importante.

Bērzs, incluso desaparecido, seguía obteniendo beneficio de sus envidiables conexiones y excelentes relaciones: Strūga recibió más de una llamada de personas bien situadas socialmente, gente con ingresos importantes que le rogaban que acelerara la investigación, le interrogaban sobre el destino de Bērzs, le recomendaban medidas más radicales y le apremiaban a título personal en todo lo relativo a sus pesquisas. Podía decirse que era en realidad el propio Bērzs, actuando a través de sus contactos, quien le conminaba a actuar de forma más determinada.

En situaciones como esta, uno solo podía maravillarse. Conociendo la personalidad algo estrafalaria de Bērzs, resultaba difícil creer que todos aquellos individuos de buena posición social le llamaran para animarle solo por pura lealtad. Era muy posible que Bērzs hubiera enojado a algunos de ellos y les hubiera causado problemas y quebraderos de cabeza. Quizá alguien, por su culpa, no había recibido

un reconocimiento o una recompensa merecida y, sin embargo, en aquel trance difícil, todos ellos mostraban una solidaridad y camaradería admirables.

¿Quizá la personalidad áspera de Bērzs había funcionado como un peculiar catalizador, un estímulo para el funcionamiento de la conciencia, un fermento para fuerzas adormecidas, un elemento revelador de ocultas reservas de energía? ¿Era tal vez el propio fervor que Bērzs mostraba en el desempeño de su trabajo lo que despertaba en ellos tal respuesta?

Strūga se entrevistó, entre otros, con el superior inmediato de Bērzs, el camarada Antlāvs.

—Debe entender que Bērzs y yo estábamos muy unidos, aunque nos separara una importante diferencia de edad. A mi oficina podía entrar y salir a su antojo. Era alguien a quien se le tenía, en general, en buena estima. Aunque es verdad que era un personaje algo extravagante. Al igual que yo, tropezaba a menudo con las barreras burocráticas que, como usted sabe, aún persisten un poco por todas partes. Pero no crea que eso lo desalentaba, sino todo lo contrario: Bērzs se mostraba encantado y decía que una persona solo podía demostrar su valía enfrentándose a la burocracia. Según él, solo entonces era posible saber de cuánta fuerza de voluntad, energía y nervio disponía alguien. Solo los hombres verdaderamente dinámicos tenían capacidad parta lidiar con las trabas burocráticas y eran precisamente esos hombres fuertes los verdaderamente necesarios y útiles para la vida. Decía que los débiles y los tibios de corazón ya podían escupir en el pozo del que bebían, pero él no lo haría jamás. Decía que en una nación tan joven como la nuestra los problemas de ese tipo eran previsibles, porque el ámbito de los negocios aún estaba en pañales, pero él no tenía intención ninguna de lamentarse y quedarse cruzado de brazos: había trabajo que hacer. Y los obstáculos, decía, únicamente lo animaban y lo espoleaban, como a un caballo de carreras. Al final de su vida ya veríamos lo que había logrado. Porque en las inspecciones de trabajo nadie se fijaba en lo que un individuo podía llevar a cabo o no, teniendo en cuenta los diferentes obstáculos posibles. Lo principal, decía siempre Bērzs, era el trabajo hecho y no las buenas intenciones.

»Quizá eran solo bravuconadas, una forma de esconderse detrás de frases altisonantes. Es posible que la raíz de estos sermones fueran sus propias debilidades, pero no lo creo. Pienso más bien que Bērzs decía cosas así porque conocía bien sus posibilidades y su ambición. Era una persona sin miedo a decir lo que pensaba. Solía afirmar que la gente se preocupaba prematuramente por las dificultades de la vida, antes de que estas aparecieran. Que él también, sin duda, se inquietaría cuando llegara a algún callejón sin salida, pero que no iba a asustarse

de antemano. Y por ello, sentía que sus manos estaban libres y que en su espíritu no había lugar para las indecisiones.

»Déjeme contarle un incidente de mi experiencia profesional con Bērzs.

»A veces podía ser terrible. Realmente terrible, no se me ocurre otra palabra. No podría llamarlo “persistencia”, a no ser que se tratara de un tipo especial de persistencia, casi enfermiza. No conozco a nadie más que se comportara así.

»En cierta ocasión tuve que negarle mi apoyo en relación con un asunto importante. Bērzs consideró que mis razones no eran lo suficientemente buenas y que, por tanto, no estaba obligado a tomarlas en cuenta. Así que intentó hacerme cambiar de opinión. Cuando le expliqué que no era posible ninguna otra solución, independientemente de la validez de mis razones, sino por motivos administrativos que no dependían de mí, comenzó a apelar a mi conciencia como miembro del Partido.

»Empleando un lenguaje bastante colorido, me soltó una arenga, afirmando que dichos motivos no tenían fundamento, que debía superarlos, aplastarlos, eliminarlos y cosas por el estilo. Y puesto que yo era un ciudadano soviético progresista, debía prestar mi apoyo a su propuesta porque era algo que resultaría de interés económico para la nación.

»Bērzs era un maestro de la frase grandilocuente y, aunque a veces recurría a la demagogia, debo admitir que siempre daba en el blanco. Aunque a menudo también me exasperaba. En esa ocasión en particular, me contuve lo mejor que pude y puse fin a nuestra discusión, rechazando su petición sin miramientos y dejándole bien claro que no era aconsejable que volviera a emplear ese tono conmigo.

»Sin embargo, pronto quedó claro que aquello no había sido más que el principio y, acto seguido, su obstinación, su terquedad y su singular insistencia quedaron de manifiesto. Bērzs se negó a salir de mi despacho, repitiendo obsesivamente lo mismo una y otra vez, como un zumbido: que él tenía razón y que yo lo sabía. “¡Maldita sea!”, me dieron ganas de responderle. “¡Saber que tienes razón no me hace sentir mejor!”.

»Aquel zumbido suyo no parecía verdaderamente amenazante, ni tampoco sonaba a súplica; era simplemente algo obsesivo. Al terminar la jornada de trabajo le dije que debía irme, pero Bērzs me respondió que no me iría a ninguna parte, que el problema que teníamos entre manos no podía dejarse sin resolver. Llevábamos ya dos horas dándole vueltas sin haber llegado a nada. Cerré la caja fuerte y, confiado en que el vigilante nocturno lo echaría de allí enseguida, me fui.

»A la mañana siguiente, al llegar, encontré a Bērzs junto la puerta de mi despacho. Se me había olvidado decirle a mi secretaria que no

le dejara entrar. Además, como ya le he dicho, Bērzs gozaba de ciertos privilegios. El caso es que se las apañó para entrar en el despacho conmigo. Pensé que quería disculparse por su molesto comportamiento del día anterior. “¡Mira!”, me dijo Bērzs. Entre nosotros, solíamos tutearnos. “Ahí tienes el teléfono. Lo único que tienes que hacer es cogerlo, marcar el número y resolver este asunto. Voy a serte franco: lo mejor es que lo hagas cuanto antes, porque no pienso irme hasta que no hayas hecho la llamada”.

»¿Y qué se supone que podía hacer yo?

»Levanté el auricular, marqué el número y le dije a mi interlocutor que no apoyaba en absoluto la propuesta de Bērzs y que con eso quedaba zanjado aquel asunto. Bērzs se enfureció y salió del despacho sin decir una palabra, aunque normalmente era alguien educado y siempre atento a las formas. A mí tampoco me dio tiempo a decirle nada. Su insistencia impertinente me había irritado sobremanera, pero soy un hombre de principios y nunca me retracto de mis decisiones, aunque en ocasiones me equivoque.

Esto último era, por supuesto, una broma, y Strūga se rio mientras el camarada Antlāvs retomaba su historia:

—Y ahí no acabó todo. Esa noche, al llegar a casa, me encontré a Bērzs que me estaba esperando. Fingía haber venido de visita: le había traído flores a mi mujer y estaba sentado en mi sillón, bebiendo agua mineral (una afectación que había adoptado recientemente) y charlando afablemente con mi mujer y mis hijas. Y ellas, mis gemelas, dos criaturas honestas y de exquisita calidad moral, le escuchaban con la boca abierta. E igualmente mi esposa, una mujer noble, decente y de principios. Bērzs les había estado contando nuestro enfrentamiento a estas tres mujeres sensibles, tachándome de obstruccionista.

»En cuanto me vieron entrar, las dos niñas se pusieron a dar voces, las dos a coro: “¡Papá, cómo has podido!”. Y mi mujer se unió a ellas: “¡Honestidad, principios, interés nacional!”.

»En mi vida había visto nada igual. “¡Qué clase de intereses nacionales son esos, si no coinciden con los intereses de mi departamento!”, repliqué yo, intentando hacer un chiste. Pero no funcionó.

»No soporto las escenas sensibleras; soy un hombre pragmático, un realista. No soy alguien que haga castillos en el aire, sino alguien pragmático, que siempre tiene en cuenta los intereses nacionales. Pero en ese momento me enfrentaba a un enorme escándalo en mi propia casa. Y entretanto, el enredador de Bērzs, el muy pícaro, va y se larga. Aunque, como comprenderá, no muy contento, sabiendo que acababa de buscarse un problema conmigo.

»Sin embargo, consiguió lo que quería.

»Mi mujer y mis hijas me dieron tanto la lata que, a la mañana

siguiente, revoqué mi decisión y, muy a mi pesar, autoricé la propuesta de Bērzs. Eso me costó luego algunos dolores de cabeza, porque no me resultó nada fácil obtener el beneplácito de mis superiores. Pero Bērzs tenía razón.

»Bērzs es aún joven. Y apasionado. Pero mezclar a mujeres e hijos en asuntos importantes es muy arriesgado. Creo que las mujeres y los hijos no tienen necesidad de saber qué decisiones tomamos los hombres acerca de cuestiones de peso.

»Así que, siga mi consejo, y mantenga a su esposa alejada de Bērzs. Si él hubiera hablado con ella, aunque solo fuera media hora, su esposa le haría poner el mundo patas arriba hasta encontrarlo.

»Es importante que averigüe qué tipo de relaciones tenía con las mujeres. Hay donjuanes que de repente desaparecen durante una semana y luego vuelven a casa contando todo tipo de historias para no dormir, cuando en realidad lo que han hecho es pasar un buen rato con sus querindongas.

«¿Y si ese fuera el caso?», pensó Strūga. Entonces no habría delito ninguno y habría que suspender la búsqueda. Si Bērzs se había largado con una mujer, eso era solo asunto suyo. A la ley no le concernía en absoluto: el asunto sería competencia de los sentimientos, no de un investigador criminal.

Strūga se planteó si él mismo sería capaz de abandonar a su familia, su trabajo y sus compañeros, y de cortar todos esos lazos visibles e invisibles que unen a las personas con el resto de la sociedad. Concluyó que sería incapaz de darle la espalda a todo aquello. Claro que había momentos en los que deseaba estar lejos de sus allegados, del trabajo y de sus compañeros, lejos de todos los problemas y de la sociedad, pero era consciente de que se trataba de momentos de debilidad pasajera y que, en realidad, nunca se le ocurriría abandonar su puerto, romper todos los lazos, quemar todos los puentes.

Strūga examinaba la vida de Bērzs como a vista de pájaro, contemplándola en su conjunto y descubriendo poco a poco nuevas facetas en ella. Palabras dichas por casualidad o algún comentario espontáneo iluminaban como un repentino rayo de sol zonas que hasta entonces habían permanecido a oscuras o, por el contrario, suavizaban una arista demasiado afilada en la personalidad de aquel hombre.

¿Pero podía considerar como verdadero este paisaje al que contribuía tanta gente? ¿No aparecía Bērzs en él como en una laberíntica galería de espejos deformantes?

¿Era Bērzs un donjuán? ¿Cautivaba a las mujeres compartiendo con ellas un idioma común, conectando con ellas con facilidad?

¡El almuerzo en el café Lira! ¿Era posible, después de todo, que hubiera una mujer detrás de su desaparición? Si tenía facilidad para

comunicarse con las mujeres, sabría dirigir la conversación hacia el terreno de los sentimientos sin dificultad. Y todo indicaba que sabía hablar sobre arquitectura de forma cautivadora. Nunca podía saberse si decía algo en serio o en broma.

Strūga localizó a la mujer con la que Bērzs había almorzado en el café Lira. Y aunque su encuentro con ella no le ayudó en absoluto a la resolución del caso, Strūga aprendió algo nuevo sobre la personalidad del desaparecido.

Después de mucho tiempo sin verse, Bērzs y la actriz Īrisa Jaunloks se habían encontrado por casualidad en la calle. Ella le dijo que seguía trabajando con la misma compañía de teatro, que podía llamarla alguna vez (aún tenía el mismo número de teléfono) y que le encantaría charlar un rato sobre los viejos tiempos.

Aunque habían transcurrido muchos años desde su último encuentro, Bērzs todavía recordaba su número de teléfono. Y dos días después (esto había ocurrido en primavera, a finales de marzo), Bērzs la había llamado. Quedaron en verse media hora más tarde.

Al encontrarse, ella le dijo que no disponía de mucho tiempo. Tenía que llegar a la Casa de la Cultura a las cinco porque esa tarde el teatro estaba libre y debía impartir un taller para actores aficionados. El reloj marcaba en ese momento las tres menos diez.

Bērzs la invitó a comer en el café Lira.

De camino al café, ambos se estudiaron mutuamente. Īrisa estimó que Bērzs había cambiado muy poco, aunque debía reconocer que había aprendido a vestirse mejor. Pero había oído que, a ese respecto, dicha mejora había que agradecérsela a su esposa.

En otro tiempo, Bērzs se había paseado a menudo con los pantalones sin planchar y los zapatos sucios, vestido siempre con ropa de colores anodinos y jerséis bajo el abrigo. Īrisa recordaba concretamente un jersey gris y raído, con hebras sueltas por todas partes. Y su calzado solía estar pasado de moda: unos zapatos de rejilla con punteras afiladas.

Aquel día Bērzs llevaba un traje gris con rayas oblicuas negras que le quedaba como hecho a medida. Zapatos negros a la moda, con puntas cuadradas. Una corbata con estampado de flores, bien elegida para ir a juego con el traje, y un pañuelo del mismo estampado sobresaliendo por el bolsillo del pecho.

Īrisa concluyó que, en lo material, Edmunds había ascendido en la vida. Pero sus ojos, que antaño solían contemplar el mundo con la amplitud e intensidad de un ave, parecían ahora entrecerrados, constreñidos. Su mirada se había vuelto, si no exactamente cáustica, al menos sí penetrante e inquisitiva. Su porte, sus modales y su lenguaje indicaban, en conjunto, que era alguien que había encontrado su lugar en la vida, que se había demostrado a sí mismo su valía. ¿O quizá sus

ojos tenían aquel aspecto a causa del resplandor del sol, que le obligaba a entrecerrarlos sin querer?

Īrisa dejó de examinar a Edmunds. ¿Qué hacía ella estudiando cada detalle de aquel hombre con tanta atención, como si no tuviera un marido en casa? No solo eso, también era madre y estaba muy orgullosa de ello. En su noche de bodas, los invitados habían escondido un hacha bajo la cama. La antigua superstición se había revelado completamente cierta y, transcurrido el tiempo de rigor, Īrisa había dado a luz un hijo. Edmunds y su esposa, según sabía por otra gente, aún no tenían hijos. Sin ser capaz de nombrar exactamente el porqué, Īrisa pensó que quizá el matrimonio de Edmunds no fuera precisamente feliz.

Finalmente se sentaron en una mesa del café Lira, que se encontraba medio vacío. Un joven camarero les atendió con rapidez y destreza.

Īrisa aún recordaba las arrebatadas muestras de amor con las que Edmunds la había obsequiado hacía ya muchos años. Y en aquel momento se sintió a gusto, sentada a su lado, rememorando lo perdidamente enamorado que aquel hombre había estado de ella.

¡Qué palabras había empleado Bērzs en aquellos tiempos en que, enmarañado en el tumulto de su propia juventud, aún no había comprendido hasta qué extremos puede la pasión arrastrar a un hombre! Palabras que sonaban demasiado atrevidas e indiscretas, palabras incluso vergonzosas e insultantes. Ella había rechazado las súplicas de Edmunds en varias ocasiones, pero él había seguido implorándole su amor con una insistencia incomprensible. Le había resultado bastante abrumador. Y ese elemento implacable de su insistencia, aunque atractivo y halagador, también había asustado a Īrisa, quien veía en ello una especie de posesión diabólica.

Ahora se daba cuenta de que aquella insistencia también se había manifestado en otros ámbitos de la vida, ayudando a Edmunds a ascender y adquirir un puesto de renombre. La certeza de que un hombre como él la hubiera amado apasionadamente, le hizo experimentar una agradable sensación. La mujer disfrutó la tibieza del sol del recuerdo, pensando que quizá en ese momento también él podía estar sintiendo lo mismo.

Īrisa esperó a que Edmunds comenzara a hablar, tratando de adivinar qué palabras elegiría, aunque confiando en que no mencionara épocas pasadas. Aquellos recuerdos florecían en su memoria como un sueño delicado cuya superficie no quería agitar en vano. Eran una fina seda de felicidad en la luz rosácea de su juventud despreocupada, como champán resplandeciente en la copa del tiempo, como las manzanas doradas del pasado que atesoraba en su mente, y que no se atrevía a morder con los dientes radiantes y afilados de la

realidad.

—La próxima semana iré a las montañas —dijo finalmente Edmunds.

¿La próxima semana? ¿A las montañas? Īrisa se sintió agradecida. Qué tacto el suyo al comenzar la conversación con un tema neutral. Le estaba agradecida de que hubiera adivinado y aceptado su deseo de no hablar del pasado.

—¿A las montañas? —repitió ella—. ¿A las pistas de esquí?

—Sí —respondió él, sirviendo vino en las copas. Estaban tomando un vino de aligoté, un espumoso blanco.

—En mi familia también sufren la fiebre del esquí alpino —respondió ella tras un instante—. Mi hermano, mi hermana y mi marido. Hasta a mí misma me han convencido en un par de ocasiones para ir a Sigulda.

Los ojos de Edmunds se iluminaron al oír estas palabras.

«He mencionado a mi marido», pensó ella. «Tal vez no debería haberlo hecho. Si todavía me quiere, seguro que no le apetece oírme hablar de mi marido. De la victoria de un rival».

—¿De verdad? —Edmunds se mostró sorprendido—. ¿Tú también? Oye, ¿no tendrás en casa un par de fijaciones de esquís de sobra? Como aún soy un principiante, todavía no tengo las mías propias. Y es peligroso esquiar por montañas grandes sin ellas.

Īrisa se sintió confundida. ¿De verdad quería que le prestara unas fijaciones de esquís o era solo un pretexto para prolongar su reencuentro? Si ella le prometía prestárselas, ¿no tendría él una excusa para llamarla de nuevo y proponerle otro encuentro? ¿No resultaría demasiado comprometedor? Al fin y al cabo, estaba casada y tenía una familia. En cualquier caso, lo de las fijaciones de esquís había sido una maniobra muy inteligente por su parte.

—No estoy segura —dijo Īrisa dudando—. Es posible que tengamos algunas. Puedo preguntarles a algunos esquiadores más experimentados. Si necesitas las fijaciones...

—Sí, de verdad que las necesito. Pregúntales a tus amigos. Lo antes posible. Te llamaré en un par de días.

—No puedo prometerte nada —respondió ella con el corazón latiéndole más rápido que de costumbre—, pero lo intentaré.

—Eso es, inténtalo —dijo él, medio en serio, medio en broma.

Īrisa examinó atentamente a Edmunds, pero no vio más que interés en su expresión, un simple interés por unos accesorios para esquiar. Y de repente le pareció que el vino no estaba lo suficientemente frío. El aligoté blanco debía tomarse bien frío, pero todo el frío se había concentrado en la mirada reservada e irónica del hombre que tenía enfrente.

¿Era posible que estuviera equivocada? Contempló a través de la

ventana unos camiones aparcados en un patio trasero, unas cajas llenas de basura y unos papelotes arrugados sobre el sucio adoquinado, asomando entre parches de nieve crujiente. Comprendió que nada de todo aquel desorden era visible desde la fachada del edificio y de repente sintió tristeza. El sol de la memoria quedó ensombrecido, el espumoso resplandeciente se convirtió en un vino vulgar, la fina seda de felicidad se había disuelto con el paso del tiempo y los afilados dientes de la realidad habían mordido las manzanas doradas del pasado.

Īrisa desechó aquel torrente de emociones y contempló a Edmunds con una mirada radiante y sincera. Quizá solo eran imaginaciones suyas. Era posible que nada hubiera cambiado. Edmunds le diría algo enseguida y el encantamiento volvería a adquirir su forma originaria. Sí, eso es lo que ocurriría.

—¡Camarero, la cuenta! —exclamó Edmunds.

Al verle pagar la cuenta, Īrisa pudo ver que la cartera de Edmunds contenía varios billetes de cinco rublos. Seguramente había recibido el salario hacía poco. Edmunds dejó una propina de medio rublo para el camarero. Un instante después, escudriñó la cuenta para comprobar que estaba correcta.

—Espero que puedas conseguirme esas fijaciones —dijo de nuevo con una sonrisa—. De lo contrario, me habré gastado el dinero para nada. Acuérdate de todo el dinero que me gasté cuando salíamos y, a fin de cuentas, ¡para nada!

«¡Qué gran verdad!», pensó Īrisa. «¡Todo para nada!». Su reacción primera fue la de reírse. Le resultó cómico y a la vez extraño oír aquel reproche. Era verdad que Edmunds se había gastado mucho dinero durante su relación: en cafés, en flores, en regalitos. Se lo había gastado en vano, en ser su admirador. Y resultaba algo cómico porque, ciertamente, su inversión no había dado ningún fruto. ¿Acaso era posible obtener ese tipo de frutos a través del dinero?

Entristecida, Īrisa comprendió que Edmunds hablaba en serio, que su comentario desenfadado ocultaba un trasfondo absolutamente serio. Le había revelado una verdad elemental: había cambiado con los años. Su verdadero interés eran realmente las fijaciones de esquís y no la esperanza de un festín con las manzanas doradas del pasado. Se había convertido en un ser eminentemente pragmático y racional. «Quizá sea mejor así», pensó ella al despedirse.

Dos días más tarde, cuando Edmunds llamó a Īrisa al trabajo, esta les pidió a sus compañeros que le dijeran que había salido y que seguramente no volvería durante todo el día porque esa tarde no tenía actuación, aunque estaría ocupada con varias tareas y recados.

Bērzs viajó a las montañas unos días después. Cuando volvió, no llamó a Īrisa ni una sola vez. Le había pedido prestadas las fijaciones a

un amigo.

¿Por qué había roto Īrisa con Edmunds? La mujer no le había contado esto a Strūga, aunque lo recordaba muy bien. Sucedió una tarde en que ella fue a visitar a Edmunds a la habitación que este alquilaba en una casa unifamiliar. Durante esa tarde, ambos habían llevado sus juegos amorosos casi hasta su culminación pero, en el momento más álgido, ella se despidió repentinamente y se marchó. ¿Por qué? Aunque habían transcurrido casi nueve años, ella lo recordaba tan nítidamente como si hubiese ocurrido ayer mismo.

Īrisa tenía un precioso conjunto de lencería francesa en casa. Sin embargo, aquel día, como no tenía previsto encontrarse con Edmunds, se había puesto la misma ropa interior de siempre. Aunque estaba lavada y limpia, recién planchada y perfumada, no dejaba de ser ropa interior vieja, de confección letona. El sujetador tenía un par de remiendos y el liguero también tenía algún arreglillo.

Īrisa se había prometido a sí misma que Edmunds nunca la vería con aquella ropa interior deslucida. Era capaz de tenerlo muy presente mientras se besaban, aunque esa preocupación no le permitía disfrutar completamente de sus besos. Era como si alguien le recordara constantemente que llevaba puesta su ropa interior vieja, que tuviera cuidado, que no perdiera la cabeza, que no dejara ir las cosas demasiado lejos.

Durante unos instantes, se dejó ir, pero en cuanto sintió las manos de Edmunds sobre sus pechos, volvió rápidamente en sí. Oh, la ropa interior vieja, ¿qué pensaría él? Según había oído, los hombres eran muy impresionables en momentos como aquel. A decir verdad, esto era algo que no sabía por experiencia propia, así que creía a pies juntillas los chismes de sus amigas.

Sin embargo, incluso hasta el día de hoy, aún lamentaba haber hecho caso a consejos ajenos. Ese era el único motivo por el que había rechazado tan repentinamente las caricias de Edmunds y se había marchado. Él se sintió tan ofendido que no volvieron a verse durante dos meses.

Poco después a él lo operaron de apendicitis. Īrisa intentó visitarlo en el hospital, pero era época de cuarentena a causa de la gripe y no le permitieron entrar a verle. Además, para entonces ya tenía otro admirador.

Y así fue como aquel conjunto de lencería francesa había sido el culpable de su separación. Ella seguía convencida de que, de no haber sucedido aquello, seguramente se habría casado con Edmunds. Al menos eso es lo que creía.

La misteriosa desaparición de Edmunds Bērzs fue un tema muy comentado en sociedad. Algunos lo consideraron un acontecimiento excepcional mientras que otros lo veían más bien como un suceso

bastante frecuente. Había quien se quejaba de la ineficacia de la policía y otros, más optimistas, estaban convencidos de que el caso quedaría resuelto en unas semanas.

Se debatieron diferentes motivos posibles y se conjeturaron diversos sucesos encadenados. Surgieron chismes, rumores e incluso relatos de testigos presenciales. Se dijo que Bērzs había escrito una carta y que los criminales habían pedido un rescate. Se mencionó incluso la suma de cinco mil rublos. Sin embargo, lo que nadie tenía era una idea verdaderamente clara de cómo había sucedido todo y de qué había podido ocurrirle a Bērzs.

A raíz de todos estos comentarios, una cuestión importante fue tomando cuerpo: ¿Había perdido algo la sociedad al desaparecer Bērzs, o bien era Bērzs quien resultaba ser el perdedor al haber desaparecido de la sociedad? Se debatió y se especuló acerca de la importancia de su obra para el desarrollo de la arquitectura. Una elogiosa necrológica sobre el pionero de las nuevas tradiciones aguardaba su publicación en el cajón del escritorio del director de un periódico, a la espera de que la muerte de Bērzs se confirmara de manera oficial.

Strūga quería citarse con los padres de Edīte. Sin embargo, su padre seguía en un simposio médico en Tallin y de la madre solo sabía que había estado muy ocupada toda la semana y que no había podido dedicarle ni un momento a la búsqueda de su yerno. De lo contrario, ya habrían atrapado al prófugo.

«¡Claro que aparecerá! ¡Seguro que se ha escapado con una amante! Su amigo, el novelista Nupats, ya está trabajando en una novela sobre el caso, sacando provecho de la desgracia ajena. ¡Ya conoce usted a los escritores!».

Edīte era hija única. Su padre era un pediatra altamente cualificado y su madre, maestra. Su hija había crecido mimada y consentida, educada según las directrices de la sensatez y el buen gusto. El padre de Edīte, un hombre con conocimientos prácticos cuyos intereses iban mucho más allá de los estrechos confines de su profesión, había tratado de inculcar a su hija una visión amplia y profunda de la vida. La madre, por extraño que pudiera parecer, había ejercido una influencia casi insignificante sobre ella. Le dedicaba demasiado tiempo a la escuela, a ser tutora de curso y a enseñar la asignatura de su especialidad: Lengua y Literatura letonas. Y aun ahora, aunque al corriente de la misteriosa desaparición de Edmunds, no tenía tiempo para consolar a su hija, preocupada como estaba con la organización de una velada literaria para los alumnos de las clases superiores. Todo tenía que estar listo a tiempo para el comienzo del nuevo curso escolar.

El conocido escritor Nupats había aceptado participar en aquella

velada literaria. Era alguien a quien no resultaba fácil convencer para que asistiera a aquel tipo de eventos. El escritor conocía su propia valía y no tenía costumbre de hacer apariciones en cualquier lugar que se le requiriese. Pero en este caso, Edmunds y la madre de Edīte eran conocidos suyos. Además, estaba convencido de que, bajo su dirección, las clases de Literatura alcanzarían un alto nivel intelectual. La madre de Edīte conocía bien al escritor y sabía cuál era la forma más efectiva para penetrar en la fortaleza de su retraimiento.

—Ya sabe que no organizamos estas veladas muy a menudo —le había hecho saber—. No habrá mucho público, apenas unas doscientas personas. Chicas guapas, sobre todo. Solo personas que conocen y aman la literatura. Y solo invitamos a escritores realmente eminentes. El año pasado contamos con la participación del poeta... —y, acercándose al oído del escritor, le susurró el nombre del poeta en cuestión. Tal era su fama.

—Será un pequeño festival en honor a la literatura en nuestra escuela. Los alumnos llevan esperando todo el año para poder verle en persona. Se lo prometí en primavera. Hay varias chicas que estarán realmente encantadas de conocerle. No me dirá que no, ¿verdad?

El novelista se sintió halagado de tal manera que, por supuesto, no pudo negarse, aunque después estuviera refunfuñando una buena temporada, repitiendo que, en principio, seguía estando en contra de ese tipo de apariciones, que no era como los demás, pero que, a fin de cuentas, había hecho las paces con su decisión de hacer lo mismo que los demás.

La velada literaria transcurrió de forma apacible y agradable. El escritor leyó fragmentos de sus obras. Los estudiantes aplaudieron. Las chicas le hicieron preguntas. El escritor respondió. Todos quedaron satisfechos.

Al final del evento, mientras el escritor Nupats se masajeaba la mano, dolorida de tanto estampar su autógrafo, la madre de Edīte le preguntó:

—¿Se ha enterado de que Edmunds Bērzs, mi yerno, ha desaparecido?

—¡No puede ser! —exclamó el escritor—. ¡Quién lo hubiera pensado! Somos buenos amigos.

—Pues sí, ha desaparecido. Se fue con el coche y todavía no ha vuelto. El coche está nuevecito, solo tiene un año. Yo creo que se ha fugado con alguna una mujer. ¡Ya sabe usted cómo son los arquitectos!

La amistad del escritor con Edmunds Bērzs era, en realidad, una relación bastante superficial. En invierno, habían esquiado algunas veces por las mismas montañas. De estas experiencias compartidas, Nupats había deducido que Bērzs debía de ser un hombre valiente:

aunque era un esquiador mediocre, el arquitecto había insistido siempre en descender por las pistas de mayor desnivel.

Nupats había visitado a Bērzs en su apartamento en varias ocasiones. Habían conversado acerca de las dificultades para reducir los niveles de contaminación acústica en la ciudad, del cuidado de los cactus, de la armonía entre elementos naturales y decoración de interior, de la construcción de chimeneas y de las posibilidades de desarrollo tecnológico del país en las próximas décadas. Bērzs también había compartido con él algunas impresiones de sus viajes al extranjero.

En aquel momento, Nupats consideró todo esto con detenimiento y llegó a la conclusión de que en realidad casi no conocía a Edmunds Bērzs. En lo que a él respectaba, Bērzs había sido y seguía siendo un verdadero enigma.

Bērzs había diseñado y construido varios edificios nuevos y significativos para la ciudad. Bērzs había restaurado varios edificios antiguos y significativos para la ciudad. Bērzs tenía proyectado el diseño y construcción de varios edificios nuevos y significativos para la ciudad. Y Bērzs tenía proyectada la restauración de varios edificios antiguos y significativos para la ciudad. Era una repetición tan monótona que casi provocaba náuseas.

Los acontecimientos de la vida familiar de Bērzs eran otra gran incógnita.

En cierta ocasión, el escritor se había encontrado con Bērzs en la calle a altas horas de la madrugada. De esto hacía ya bastante tiempo, cuando apenas acababan de conocerse. Bērzs le pidió al escritor que lo acompañara a casa. Le dijo que se le había hecho tarde sin darse cuenta y que su mujer se enfadaría con él, pero que en su presencia no se atrevería a mostrarse tan enfadada. Así que le pidió a Nupats que le acompañara en calidad de pacificador. En parte por curiosidad profesional y en parte también por simpatía hacia Bērzs, el escritor aceptó acompañarlo.

Por aquel entonces, Bērzs aún no tenía su propio apartamento y vivía con Edīte en una pequeña habitación en casa de sus suegros. El arquitecto no tenía llaves propias, así que llamó al timbre. Edīte abrió la puerta. Muy enfadada. Con los ojos echando chispas. Y en cuanto Bērzs abrió la boca para presentarle al escritor, Edīte le dio una tremenda bofetada y lo arrastró al interior. La puerta se cerró de golpe. Estupefacto, el escritor aguardó unos instantes. La puerta volvió a abrirse y Edīte apareció sonriente en el umbral.

—Mi madre tiene gripe —dijo—. Edmunds irá enseguida a la farmacia a por un medicamento. Venga a visitarnos en otra ocasión, por favor. He leído sus libros y estoy encantada de haberle conocido.

Todo como sacado de un manual de buenas maneras.

Cuando el escritor iba ya escaleras abajo, Bērzs le dio alcance. Y este era otro rasgo que Nupats admiraba en él: el rostro del arquitecto no revelaba confusión ni vergüenza, ni siquiera malestar, porque el escritor hubiera sido testigo de tal escena. Sin atisbo ninguno de inquietud, Bērzs enumeró los medicamentos que debía comprarle a su suegra. Ninguno de los dos dijo ni una palabra más. El malestar del escritor desapareció. No era agradable ser testigo de cómo un hombre fuerte recibía una bofetada y de cómo su cariñosa esposa arrastraba a su cónyuge al interior del apartamento como si fuera un saco de harina. Cualquier hombre podía tomarse algo así como una afrenta personal. Pero si Bērzs no se sentía insultado, entonces no había que darle más vueltas.

Nupats apreciaba el peculiar e inagotable sentido del humor de Bērzs, que poseía una extraordinaria cualidad: nunca se reía de sus propios chistes. Los contaba con cara de póquer, manteniendo una compostura inalterable, mientras su audiencia se reía a carcajadas.

El escritor trató de recordar el rostro de Bērzs. Recordó una continua expresión agridulce de arlequín, como si Bērzs estuviera siempre entristecido por algo. No era un hombre apuesto, pero tenía un innegable encanto, ese atractivo particular que le confiere a un hombre su personalidad, algo que lo hacía destacar entre la multitud, sin posibilidad de confundirlo con ningún otro hombre. Portaba el sello de una personalidad propia, de un yo propio.

Consideradas por separado, la nariz respingona de Bērzs, las líneas bufonescas de sus labios, el surco amargo de su frente y sus enjutas mejillas darían la impresión de una cierta disonancia. Pero bastaba con que una sonrisa se dibujara sobre aquel rostro para que los rasgos se hermanaran en una expresión singularmente atractiva.

Durante los días siguientes, el escritor interrogó a todas las personas que habían oído o sabían algo sobre la desaparición de Bērzs. Tras sopesar con detenimiento toda la información contradictoria reunida, el escritor concluyó que Bērzs había sido asesinado. Un asesinato relacionado con un robo. Era muy posible que Bērzs tuviera bastante dinero: era un hombre frugal.

Entonces el escritor regresó a su casa, se sentó en el escritorio, tomó una hoja en blanco y comenzó a redactar el plan para una novela

—¡Querida! —gritó en dirección a la habitación contigua—, ¿sabes que Bērzs ha desaparecido? Creo que es algo tremendamente interesante y voy a escribir una novela sobre ello. Un tema excelente para una novela negra. Ayúdame a inventarme los nombres de los protagonistas.

—¿De qué hablas? —gritó su esposa, que acudió enseguida al estudio del escritor, dejando la plancha caliente sobre un vestido—.

¿Bērzs ha desaparecido? ¡No puede ser!

—Claro que puede ser. Como te lo digo —respondió Nupats—. Y su coche también.

—Pobre Edīte —dijo la esposa del escritor, sentándose en un sofá y descansando las manos sobre el regazo—. ¿Cómo lo estará sobrellevando?

—Bueno, eso es justo de lo que voy a escribir —respondió el escritor—. ¿Pero qué es ese olor?

Y así, la desaparición de Bērzs fue la causa indirecta de un agujero en el presupuesto familiar del escritor, porque se trataba de un vestido de calidad que no podía simplemente remendarse. No quedó más remedio que comprar uno nuevo.

Sin embargo, Nupats dejó rápidamente de sentir el olor a tela chamuscada. Se sumió en una fiebre creativa y solo pensaba en la estructura de su novela. Era un gran admirador de la música clásica e imaginó escribir la novela como si fuera una sinfonía. Compuso los temas, considerando su número, significado y desarrollo. El desenlace sería trágico, pero contendría algunos pasajes finales de tono más optimista. O podría ser también como un concierto para piano y orquesta. En tres movimientos.

Nupats puso el disco de un concierto para piano y orquesta de Rajmáninov y comenzó a trabajar.

Strūga se entrevistó con el escritor sin conseguir nada significativo de la charla. Nupats estaba completamente enfrascado en sus ideas y no quería desperdiciar ni una palabra, ni un pensamiento. En respuesta a las preguntas del detective, el escritor apenas mascullaba que no podía decirle mucho y que en realidad no conocía bien a Bērzs. Y acto seguido procedía a preguntarle a su vez a Strūga sobre métodos de investigación criminal, sobre la marcha del caso, sobre nuevas pistas o datos. En otras palabras, trataba de averiguar algo que le fuera útil a él sin ofrecer por ello nada a cambio.

Tras una semana de intensa investigación, Strūga llegó a la conclusión de que Bērzs había desaparecido de verdad, conclusión que compartía con los superiores de Bērzs en el trabajo.

En la reunión del despacho de arquitectos, se le concedió el turno de palabra al camarada Mazgadīgais. Este anunció de forma breve y concisa que, en su opinión, dado que el camarada Bērzs había perdido el puesto de director del despacho (aquí cabe apuntar que el camarada Mazgadīgais quizá no supo expresarse de forma elocuente, ya que quien se había perdido era la persona que ocupaba el puesto, no el puesto en sí), la responsabilidad debería recaer en el camarada Rītmanis.

El camarada Mazgadīgais recitó las cualidades positivas y socialmente beneficiosas del camarada Rītmanis, quien promovería de

forma notable, firme e infatigable la realización de los diferentes proyectos y siempre con suma constancia, exigiendo un altísimo y encomiable nivel de calidad, tal y como requerían la reputación y la fama intachable del despacho.

Aquella reunión era, en realidad, una cuestión meramente formal, ya que todo había sido previamente discutido, decidido y autorizado en los niveles superiores del despacho. Hubo un acuerdo unánime con la propuesta del camarada Mazgadīgais y el camarada Rītmanis fue confirmado en su nuevo cargo, aunque se sorprendió al descubrir que solo ocuparía el puesto en tanto que director en funciones. ¿Significaba eso que las autoridades superiores aún no daban a Bērzs del todo por perdido? ¿O es que no creían en sus cualidades? Sea como fuere, al día siguiente al camarada Rītmanis le fueron conferidos los poderes adscritos al cargo, así como un tampón de base redonda.

Por supuesto, nadie en el despacho había imaginado un desenlace diferente. En cuanto a capacidad, talento y competencia administrativa, el camarada Rītmanis siempre había seguido a Bērzs muy de cerca. Había mantenido su posición con firmeza, esperando imponerse a su superior en la recta final. Y ahora por fin había llegado el momento. Rītmanis era un hombre de carácter reservado, poco dado a exteriorizar sus sentimientos. La noche del domingo al lunes la había pasado junto a su mujer, en la cama, así que contaba con una coartada sólida e incuestionable. No era posible que hubiera asesinado a su superior y haberlo hundido, junto a su coche, en algún pantano o ciénaga.

Rītmanis era puro como el cristal, claro y transparente, un empleado de confianza sobre quien no recaía ninguna sospecha.

Sin embargo, Strūga quiso corroborar por sí mismo dónde había pasado Rītmanis aquella noche de domingo. Por alguna razón, Rītmanis no le caía nada bien. Y por eso quiso asegurarse. Ya desde su primera entrevista, Strūga había tenido una impresión desagradable de él. Era demasiado servicial. Lo escuchaba con excesiva atención, sin perder detalle. Se había adelantado al inspector para abrirle la puerta y había vuelto a cerrarla tras él.

Para poner a prueba su impresión inicial, Strūga le contó un chiste malo que toda Riga conocía desde hacía al menos un siglo. Rītmanis se partía de la risa, diciendo que nunca lo había oído y que era un chiste buenísimo. Sin embargo, Strūga sabía que, con otra gente, con los compañeros del despacho, Rītmanis era muy reservado y no se prodigaba con sus carcajadas. ¿Y al menos sonreír? También era raro ver a Rītmanis sonreír en la oficina. Esta efusividad repentina hacia un miembro del cuerpo de investigación le resultaba extraña e inmotivada.

Rītmanis no había expresado públicamente consternación alguna

por la súbita desaparición de su antiguo jefe. O bien en aquellos momentos experimentaba un placer secreto y no le apetecía mostrarse apenado, o bien sentía una genuina indiferencia en cuanto a lo que le hubiera podido ocurrir a Bērzs y solo se preocupaba por los eventos de su propia vida.

Rītmanis desempeñaba sus funciones con la precisión y eficacia de un reloj. El despacho siguió completando cada proyecto en la forma acostumbrada y en los plazos acordados, de modo que los clientes no tuvieron motivo para reparar en el repentino cambio de liderazgo.

A decir verdad, se rumoreaba que Rītmanis nunca había soportado a Bērzs. Los compañeros del despacho sabían que entre ellos siempre había habido roces y un mutuo resentimiento soterrado. Así se lo hicieron saber a Strūga. A todos les pareció extraño el silencio de Rītmanis, que ni siquiera le había expresado su apoyo a Edīte. Tampoco había acudido a la fiesta del viernes por la noche. Preocupada como estaba, a Edīte se le había olvidado cancelarla. Sin embargo, todos opinaban que a Rītmanis no se le tendría que haber olvidado.

Y no solo sus compañeros de trabajo consideraban sospechoso el comportamiento de Rītmanis. «Quizá me estoy dejando llevar demasiado por los sentimientos», reflexionó Strūga. «La criminología es y debe ser una ciencia. Debo guiarme solo por los hechos y las pruebas, no por corazonadas, preferencias personales e indicios vagos».

La situación económica de Rītmanis era sólida. Sus ingresos familiares alcanzaban casi los doscientos ochenta rublos al mes, incluyendo el salario de su esposa, que trabajaba como técnica en una fábrica de dulces. Tenían una hija, una niña de seis años.

Pero Rītmanis era una de esas personas que nunca tenían suficiente, a las que siempre les faltaba algo, que siempre estaban insatisfechas o al acecho de oportunidades para aumentar su bienestar material, que siempre buscaban y encontraban esas oportunidades.

¿Sería ese uno de los motivos por el que se le había conferido el puesto como director en funciones y no de forma permanente?

Rītmanis era una persona activa, pero esa actividad adquiría su forma y apuntaba siempre en una misma dirección: la de su propio bienestar personal. Su trabajo fomentaba el bienestar de la sociedad solo en la medida en que esta fomentaba a su vez el suyo propio. Era, en resumidas cuentas, un egoísta.

«¿Acaso no somos todos egoístas?», pensó Strūga. «¿No trabajo yo también impulsado por mi propio deseo? ¿No obtengo yo con mi trabajo una satisfacción personal primero y solo después satisfago los intereses de la sociedad? Hago mi trabajo porque me llena».

Por el contrario, que el trabajo pudiera ser simplemente una fuente

de ingresos no le parecía muy ético. Aunque, en principio, no había nada de malo en ello. Incluso si solo fuera una mera forma de ganarse la vida, se requería un conocimiento profundo de los métodos para llevar a cabo cada tarea e invertir en él una cantidad considerable de esfuerzo y atención. Como fuente de ingresos, el trabajo exigía sobre todo la labor propia de un buen artesano. Y un buen trabajo realizado por un buen artesano era en sí mismo una inversión en el desarrollo social, aunque en el fondo estuviera motivado por el interés personal (y quizá únicamente por este).

Construir un buen edificio, ganar un buen sueldo e invertirlo en su familia, estos eran los eslabones de la cadena que constituían la carrera profesional de Rītmanis. Dicha cadena correspondía a las exigencias de la sociedad en cuanto a la calidad y las cantidades de un producto y, por consiguiente, como trabajador y ciudadano, Rītmanis debía ser considerado positivamente.

«Filosofías baratas», pensó Strūga con irritación. «Que filosofen quienes estén a cargo de solucionar esas cosas. Basta. Finito. Punto y aparte. Rītmanis es demasiado preciso, demasiado correcto y sumiso como para atreverse a trabajar de informante para un criminal».

En su entrevista con Rītmanis, Strūga no descubrió nada nuevo sobre Bērzs. Rītmanis estaba convencido de que Bērzs ya estaba en el otro mundo. Y por tanto, ciñéndose celosamente a su guion, se limitaba a contar únicamente cosas buenas acerca del difunto: solo lo bueno, lo buenísimo, que había sido.

El propio Rītmanis había sido, por naturaleza, alguien de carácter amable y atento con los demás, pero en su juventud la gente se había aprovechado de su afabilidad. Como consecuencia, había ido adoptando progresivamente un aire de aspereza y severidad en las relaciones con sus compañeros. Actuaba de acuerdo con este refrán: «Al villano, dale el dedo y se tomará la mano». Así que su amabilidad era ese dedo que Rītmanis no tenía intención de darle a sus compañeros.

Era cierto que en su relación con Bērzs habían tenido roces y hasta algún resentimiento más duradero, pero esto era algo que él mismo había alentado a propósito para que sus compañeros no pensaran que solo deseaba congraciarse con su jefe. Sin embargo, con Strūga, una persona ajena a su vida y su carrera, Rītmanis podía dejar aflorar su calidez humana, su amabilidad, cortesía y disposición para cooperar. Por este motivo, como solo él era conocedor de tal contraste entre los diversos aspectos de su personalidad, a menudo la gente solía tener una impresión equivocada de él.

—¡Vaya panegírico el del camarada Rītmanis! —le confió Strūga más tarde a Fyodorov—. ¡Qué de campanillas y alabanzas!, tendrías que haberlas oído. Estoy por pensar que estamos buscando a un ídolo

dorado en vez de a un hombre. Según lo que dice la gente, Edmunds Bērzs es un verdadero tesoro como persona.

Había transcurrido una semana desde la desaparición de Bērzs cuando Edīte se encontró con Strūga en el parque de Bastejkalns, cerca del monumento al poeta Blaumanis. Era mediodía, en un cálido día de otoño. Las hojas amarillentas caían en silencio de los árboles. Strūga llevaba adherida a la suela de uno de sus zapatos negros una hoja de arce surcada de venillas rojizas. Tan solo sobresalía un estrecho borde dentado.

Edīte Bērzs y Valdis Strūga se sentaron el uno junto al otro en un banco alargado, vacío. Edīte miró el bordecillo dentado de la hoja de arce: su corazón atesoraba una esperanza igual de mínima y de maltrecha.

Edīte ya no recordaba los detalles exactos de la conversación. Strūga se había mostrado afligido. Consoló a Edīte, diciéndole que no debía desmoralizarse ni perder la esperanza, que la policía estaba haciendo todo lo posible, que la búsqueda continuaba, que tarde o temprano obtendrían resultados, que debía ser fuerte, que él no podía prometerle mucho y que todo era posible, incluso lo peor.

¿Incluso lo peor? La pintura verde del banco estaba salpicada de excrementos blanquecinos de pájaro. Era algo difícil de creer, irreal. La muerte de Edmunds en algún lugar lejano, los excrementos de pájaro allí mismo. Era algo que no podía comprender. Que no podía creer.

—En cualquier caso, la mantendremos informada sobre el progreso de la búsqueda.

Edīte trabajó hasta el anochecer, hasta mucho después del horario establecido. Era ya muy tarde cuando llegó a casa. Junto a la entrada principal del edificio vio un taxi aparcado. Después de que Edīte pasara junto a él, la puerta del coche se abrió y volvió a cerrarse. El taxi se alejó dejando tras de sí un olor a combustible quemado. Edīte sintió que alguien la miraba y se dio la vuelta.

Era Irbe, su admirador taciturno.

Irbe, artista gráfico y pintor, magnífico esquiador de eslalon en su época, se veía un poco desmejorado, por decirlo de alguna manera. Era un idealista que solo concebía enamorarse una vez en la vida y la infelicidad de ese amor, de esa pasión no correspondida, casi estaba acabando con él. Llevaba muchísimo tiempo enamorado de Edīte, desde antes de que ella conociera a Edmunds Bērzs y se casara. Pero Irbe nunca perdió la esperanza, ni siquiera tras su boda. Edīte sentía una indiferencia total hacia el pintor, al menos en términos de atracción, aunque en muchos otros aspectos sí que despertaba en ella su cariño.

Este cariño lo alimentaba Irbe con su devoción taciturna, tímida,

discreta. Cada año, el día en que Edīte celebraba su onomástica, un taxi se detenía a las puertas de su edificio antes de que esta saliera a trabajar. Irbe permanecía siempre en su interior y nunca subía él mismo las flores. Temía ofender o herir de alguna manera a Edmunds, a quien solo conocía de forma superficial. Por su parte, a Edmunds, alguien como Irbe no le interesaba lo más mínimo. Y la discreta devoción que el artista sentía hacia su esposa no le incomodaba en absoluto. Sin embargo, a petición de Irbe, era siempre el taxista quien hacía entrega de las flores.

Irbe rara vez se encontraba con Edīte. Y ella solo recibía noticias de él a través de otras personas: su vida de eterno soltero y, en los últimos tiempos, su afición a la bebida.

El artista era un hombre delgado, de buena constitución, aunque quizá excesivamente frágil para ser esquiador de eslalon. Pero su afición por las pendientes era una pasión que había corrido por sus venas desde su juventud. Aunque ya hacía tiempo que había abandonado las carreras, aún conservaba su técnica de descenso, o más bien los restos de aquella técnica. Su destreza pasada solo volvía a resurgir inesperadamente algunos domingos en las pistas de Sigulda.

En las épocas más arduas de su vida de casada, Edīte recordaba a Irbe con una especie de serena melancolía. Había pensado a menudo que Irbe no le era en realidad del todo indiferente. Si al menos fuera más tenaz, ¿quién sabe qué giro podría tomar su relación?

«¡Vaya con el borrachuzo taciturno!», decía despectivamente Edmunds a propósito de Irbe.

Edīte, de forma inconsciente, sentía compasión por aquel borrachuzo taciturno. Como toda mujer, albergaba el deseo secreto de rescatar a alguien que había perdido el rumbo. Y, a sus ojos, Irbe era una de esas personas; Irbe aún podía ser rescatado. Sin embargo, en su expresión había siempre una cobardía y una sumisión canina que repugnaban a Edīte.

En otros aspectos, Irbe era un hombre refinado. Vestía con gusto y moderación, y caminaba ligeramente encorvado, con una leve cojera debida a lesiones sufridas durante su carrera de esquiador.

Era un hombre que gustaba a las mujeres. Había tenido varias relaciones a lo largo de su vida, pero ninguna había durado más de año y medio. Edīte sabía de estas relaciones y le apenaba ver a Irbe desaprovechado, echado a perder en brazos de mujeres frívolas. A Edīte nunca se le pasó por la cabeza que quizá fueran aquellas mujeres frívolas quienes estaban desaprovechadas, echadas a perder con el apocado de Irbe. Y si alguna contempló esta posibilidad, enseguida la descartó, sin permitir que enraizara en su conciencia.

Irbe estaba ahora allí, de pie, en la acera gris frente a su edificio. Con su abrigo también gris, su silueta parecía disolverse en la luz del

crepúsculo. Se oía el rugido grave de los coches que pasaban y el gemido de los amortiguadores de los camiones con remolque. De vez en cuando, leves remolinos de polvo se alzaban al borde de la acera.

—Edīte —dijo Irbe—, no he bebido ni una gota en toda la semana.

Edīte no respondió.

El rostro de Irbe, enjuto y delicado, era de un tono ceniciento. Los mechones de pelo que caían sobre su frente tenían una apariencia mortecina.

—Desde aquel día —Irbe se acercó a ella—. Puedes confiar en mí. No volveré a beber jamás.

Irbe era un sentimental. A Edīte tampoco le gustaba eso de él. Pero en ese momento, la emoción del crepúsculo, la emoción de aquel decorado gris, la emoción de sus voces… los suaves dedos de la emoción arrancaron el dolor de Edīte como si fuese una fruta madura y, en un instante, las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

El sentimental de Irbe se quedó allí parado, a medio paso de ella, indeciso, sin atreverse a consolar a la mujer que lloraba. ¿Y cómo, si él mismo sentía las lágrimas brotar de sus propios ojos? En ese instante, la suerte estuvo echada: solo uno de los dos podía llorar. ¿Quién sabe cómo habría terminado la tarde si Irbe hubiera abrazado a Edīte, si le hubiera enjugado las lágrimas con un pañuelo ligeramente almidonado y la hubiera guiado hacia la escalera de su apartamento? Sin embargo, su cobardía jugó una vez más un papel decisivo.

Edīte sacó su propio pañuelo, se sonó la nariz varias veces y se secó las lágrimas. De hecho, se las refregó por toda la cara. Irbe siguió sin decir palabra. Edīte se dio cuenta en ese instante de lo que realmente había perdido. Edmunds siempre había sido muy natural en la expresión de los sentimientos. Edmunds, el mejor de los maridos. Jamás encontraría a otro como él. Jamás necesitaría a otro como lo necesitaba a él.

Esto último no era exactamente algo que Edīte descubriera en aquel preciso momento, sino que se le había grabado en su subconsciente durante largas horas de insomnio y no le permitía creer que pudiera ser de ninguna otra forma.

—Pues yo —dijo ella alzando hacia Irbe su rostro lleno de lágrimas—, yo sí que me voy a emborrachar.

—Edīte… —repitió Irbe, sin acertar a decir nada más.

No, este hombre no era alguien que fuera capaz de consolarla. Había esperado su ayuda en vano: Irbe no podía ofrecerle nada, ni consejo, ni una mano amiga, ni consuelo, ni apoyo. Nada más que su nombre en un susurro: «Edīte». Pero eso no era lo que ella necesitaba. Su nombre ya lo sabía.

¿Quizá se estaba portando de forma mezquina en aquel momento, atrapada en el egoísmo de su dolor? Irbe no debería haber repetido su

nombre en mitad de la calle. Un nombre que le había sido dado por sus padres. Durante el bautizo. En la iglesia. ¿De qué le servía que Irbe estuviera allí, vertiendo el agua de la compasión sobre su cabeza?

—Estoy bien, Irbe —dijo ella.

Edīte siempre se dirigía al artista por su apellido, como dejando constancia de que entre ellos nunca había existido una relación verdaderamente estrecha. Ni la había habido ni la habría.

—Te agradezco que hayas venido —añadió Edīte—, pero será mejor que te vayas. Me gustaría estar a solas.

Edīte entró a su edificio. La pintura de las paredes del pasillo se había descascarillado en varios sitios, formando una geografía extraña, una especie de mapa de tierras inexistentes. Y en aquel momento su marido debía encontrarse en alguna de ellas.

Edīte echó la vista atrás. Adivinó la silueta gris de Irbe a través del cristal de la puerta de entrada. El taxi ya se había ido. Normalmente era el conductor quien entregaba las flores. Irbe nunca dejaba que el taxi se fuera. Pero en esta ocasión sí lo había dejado ir. ¿Qué pretendía esa noche? ¿Acaso creía que había ganado el primer premio? ¿Confiaba en que subiría al apartamento? ¿Qué papel tenía Irbe en su vida? ¿Un recordatorio de que aún era atractiva y capaz de seducir? ¿Eso era todo? Aquel hombre le resultaba tan insignificante que ni siquiera lo había mencionado en su conversación con Strūga. Era alguien trivial, un don nadie. Irbe se quedaría de piedra si acudieran a interrogarlo. Ya no le traería flores el día de su onomástica. ¿Qué significaban esas flores para ella? ¿Una alegría? En parte, sí. Pero, en parte, también un desafío a Edmunds: «Mira, deberías prestarme más atención». ¿Y él mismo? El sentimental de Irbe nunca le perdonaría a Edīte el insulto de haberlo considerado sospechoso de la muerte de Edmunds. Aunque tampoco es que sospechara de él realmente. ¿Debería mencionarle su nombre a Strūga? No, Edīte estaba convencida de que Irbe no estaba implicado en el triste asunto de su marido.

En cuanto entró en el apartamento, Edīte abrió el botellero alojado en la librería, sacó una botella de brandy y se sirvió una buena cantidad en un vaso de cóctel. Se la bebió de un solo trago, sin siquiera prestar atención a la etiqueta. Armenio, seguramente. Al instante, sintió un ardor en el pecho, una flor de fuego abriéndosele en el plexo solar. Mareada, Edīte se dejó caer sobre la cama. Sin comer. Sin desvestirse. Y se durmió.

Se despertó en mitad de la noche, con sed. Bebió agua del grifo en la cocina, una y otra vez. Era el agua del lago Baltezers; todos los habitantes de Riga sabían lo buena que era. Caía a borbotones, llenando el vaso. Le refrescaba la boca y saciaba su sed. Pero al llegar a su estómago, se transformó de repente en un bloque de cristal.

¡Cómo se habría alegrado de sentir a un bebé removiéndose en sus entrañas! Pero ya era demasiado tarde.

El tic-tac metálico del reloj resonaba en el silencio del apartamento. Era como un espeluznante metrónomo, marcando los últimos segundos de un condenado a muerte, justo antes del descenso fatal de la guillotina. ¿Realmente tendría que enfrentarse sola a la vida? Apenas tenía treinta años.

En la reunión de la Sección de Personas Desaparecidas, Valdis Strūga presentó su informe:

—El arquitecto Edmunds Bērzs se encuentra desaparecido en circunstancias sospechosas. La hipótesis de trabajo es la de asesinato relacionado con un robo. Las entrevistas preliminares, el reconocimiento de lugares de interés, así como otras pesquisas, no han producido ningún resultado concreto. Los testimonios de familiares y amigos, conocidos y compañeros de trabajo no contienen información que pueda considerarse significativa. No hay por tanto nada sustancial, ningún indicio en el que podamos basar nuestra búsqueda. No se han localizado ni el coche ni el cadáver del individuo, ni tampoco restos o partes del coche, ropa ni documentación. He solicitado que la búsqueda se extienda a todas las repúblicas de la Unión Soviética, aunque tengo la impresión de que dicha búsqueda no nos proporcionará resultados. No soy, por supuesto, tan ingenuo como para esperar resultados inmediatos, ni tan escéptico como para creer que no se obtendrá nada en absoluto. Pero me reitero en mi impresión de que la búsqueda a nivel de la Unión tampoco será fructífera. Debemos concentrar nuestros esfuerzos aquí, dentro de las fronteras de nuestra república. Para ello, cuento con el apoyo del capitán Pērnavs.

—Bērzs podría haber huido al extranjero —sugirió el teniente Gubenis.

—Camarada, usted sabe que eso es imposible. Además, la disposición moral de Bērzs, su posición ideológica y sus convicciones políticas hacen que tal posibilidad pueda descartarse por completo.

—Una posibilidad que pudiera descartarse no sería una posibilidad —insistió Gubenis.

El comentario, innegablemente absurdo, fue ignorado como tal.

—Ningún puesto de Control Estatal de Vehículos ha constatado la presencia de un Moskvitch verde musgo con esta matrícula cruzando las fronteras de nuestra república —aquí Fyodorov procedió a leer el número de matrícula—. Seguramente el coche ya haya sido desguazado. Habrá que ver si las piezas surgen en el mercado negro y hacer un registro de qué piezas se trata en concreto.

—No creo que tenga sentido buscar el coche dentro de nuestras fronteras —opinó el capitán Pērnavs con voz grave.

Llevaba ya seis meses tras la pista de un par de hábiles ladrones de coches y aún no había obtenido ningún resultado tangible. Los criminales robaban los coches en aparcamientos, cocheras e incluso en plena calle, justo enfrente de un teatro. Los vehículos desaparecían como si se los hubiera tragado la tierra.

En la División de Investigaciones Criminales circulaban rumores de que el capitán Pērnavs estaba a punto de atrapar a los ladrones. Y ya iba siendo hora: los ciudadanos estaban descontentos, sus superiores le estaban metiendo prisa y el propio capitán Pērnavs vivía constantemente caminando sobre ascuas.

—¿Acaso es usted adivino? —preguntó en tono vitriólico el teniente Gubenis.

—El coche no ha salido de la república por ninguna carretera y, sin embargo, estoy seguro de que no lo encontraremos aquí —sostuvo tercamente el capitán Pērnavs.

—Tal vez haya salido volando. O quizá lo hayan convertido en un avión —Gubenis no se daba por vencido.

El capitán Pērnavs solicitó dos días más para concluir su investigación.

Al día siguiente, un Volga de color gris metálico con matrícula letona se detuvo a orillas del lago Ladoga, cerca de Leningrado, frente a la caseta del guardia del faro. El guardia señaló el lugar donde se había hundido la lancha. Los dos buzos que acompañaban al capitán Pērnavs se prepararon para sumergirse.

En aquella zona, el lago tenía unos veinte metros de profundidad. Una tormenta de otoño había hundido una lancha a la deriva.

—Tendría el motor averiado —dijo el guardia—. Se envió una patrulla para rescatarla, pero llegamos demasiado tarde. Ya habían alcanzado las grandes rocas. Y los cadáveres fueron arrastrados ayer hasta allí.

—Sí, ya los hemos visto —dijo el capitán Pērnavs—. ¡Venga, muchachos, a trabajar!

La lancha yacía de lado, sobre la quilla deformada, a una profundidad de dieciocho metros. Llevaba una carga enorme de piezas de vehículos y dos motores.

Un barco de salvamento llegó desde Leningrado y sacó a flote la carga de la lancha. El coche que había pertenecido a Bērzs, un Moskvitch 412, había sido desmontado y tanto el motor como el resto de las piezas se constataron entre el material incautado. Así que era por esta ruta por la que habían desaparecido los coches robados.

Por desgracia, los dos tripulantes de la lancha se habían ahogado. Ahora había que descubrir sus vínculos en tierra, desentrañar toda una cadena de conexiones. Los investigadores tenían en la mano un extremo del hilo y esperaban poder ir formando poco a poco el ovillo

de aquel misterio. El capitán Pērnavs no se había equivocado en cuanto al coche de Bērzs.

Ahora sí había pruebas concretas de su desaparición. Se sabía que su destino había sido trágico, pero aún quedaba por descubrir quién había cometido el crimen y en qué circunstancias. Aún había que capturar al criminal y entregarlo para que fuera juzgado.

Y aún había que encontrar los restos mortales de Bērzs.

[3] La papirosa (del polaco papieros) es un cigarrillo sin filtro y con una boquilla alargada de cartón, típico de la era soviética.

[4] El blat (de la voz rusa блат), era un efectivo sistema de trueque e intercambio de favores a través de influencias, practicado principalmente entre personas de las clases acomodadas.

IV

Strūga siguió de cerca la investigación del grupo de trabajo del capitán Pērnavs. El ovillo de las pesquisas iba creciendo con rapidez a medida que Pērnavs iba obteniendo más y más detalles sobre los miembros de la banda.

La información llegaba al Cuartel General de la Policía casi gota a gota, a través de diferentes personas. Cada una de ellas manejaba apenas un pequeño fragmento de la verdad, pero, igual que las hormigas construyen un enorme montículo acarreando una a una las pequeñas agujas del abeto, la visión conjunta de todos aquellos detalles acabó por revelar la operativa de los criminales de forma clara y coherente.

Se consiguió localizar su base de operaciones.

Los coches robados se desguazaban en el granero de un caserón abandonado junto a un río. Se desmontaban las piezas reutilizables y el resto del coche se hundía en el río. En el interior del granero se descubrió un taller mecánico con toda la maquinaria y herramientas necesarias. Se encontró pintura para repintar carcasas, así como una caja llena de matrículas. Evidentemente, algunos de los coches habían salido de la república por carretera. En un cajón se descubrió todo el material necesario para la falsificación de documentos. El modus operandi de la banda tenía una base sólida.

Se detuvo a varios distribuidores de piezas robadas y fue uno de ellos quien reveló la ubicación del taller. Sin embargo, los cabecillas de la operación ya no regresaron al caserón, seguramente puestos sobre aviso por algún chivatazo. Se sospechaba que la banda contaba con varios mecánicos expertos. Quizá los ahogados en la tormenta del lago Ladoga eran dos de ellos. ¿Y los demás? Las operaciones de seguimiento y cerco se mantuvieron activas.

El expediente del caso incluía una fotografía del líder de la banda y, con ayuda de Strūga, se consiguió averiguar su identidad. Siguiendo la información que Mare le había proporcionado, Strūga descubrió que su prometido, el tal Kārlis Dindāns, no trabajaba ni había trabajado nunca para el Comité de Seguridad del Estado. Atónita, Mare confirmó que el hombre de la fotografía era Kārlis Dindāns, quien también se encontraba en paradero desconocido.

Se estableció una red de vigilancia alrededor de la casa de Mare.

¿Kārlis Dindāns? El nombre figuraba en el registro de Riga. Treinta y dos años, diploma de educación secundaria, tres años en el Ejército, dos años de taxista y tres de mecánico en el parque móvil.

Los padres de Dindāns vivían en Riga, profesores jubilados los dos, gente acomodada y miembros respetables de la sociedad. Kārlis era hijo único. Los padres sabían muy poco, casi nada, de las actividades de su hijo. Rara vez había pasado por casa. La mayor parte del tiempo se encontraba fuera de la ciudad, por los pueblos, visitando a chicas. Según ellos, era un mujeriego. Hacía ya varios meses que no lo habían visto. Quizá se había casado en algún lugar. Con él nunca se sabía. ¿Quizá estaba en Ventspils?

Strūga no tenía ya duda alguna acerca de su teoría. Dos o tres hombres habrían detenido el coche de Bērzs en la carretera y le habrían pedido que los llevara al pueblo. Le habrían dicho que eran recolectores de setas o pescadores y Bērzs les habría dejado subir. Aunque también cabía la posibilidad de que Dindāns hubiera actuado a solas.

Mataron a Bērzs y se deshicieron del cuerpo en un lugar conveniente. Podrían haberlo metido en un saco lastrado con piedras y haberlo hundido en algún cenagal, igual que habían hecho con las carcasas de los coches y las piezas que no podían venderse.

El capitán Pērnavs también estaba convencido de que Dindāns era el responsable de la muerte de Bērzs. Así que el individuo al que buscaban también era un asesino. Esto sirvió para autorizar medidas más contundentes para su captura.

Se le siguió la pista hasta un pueblecito de provincias. Dindāns estaba leyendo Oliver Twist en la biblioteca pública cuando llegó la policía. Consiguió escapar por una ventana, pero durante la huida recibió un disparo en el brazo. Desafortunadamente, se le volvió a perder la pista.

Algún tiempo después, en otoño, más de un mes después de la desaparición de Bērzs, cuando aún no había nevado, pero una fina capa de escarcha cubría la tierra, llegó un informe en el que se aseguraba que Dindāns estaba escondido en una granja abandonada.

El cerco, cada vez más estrecho, por fin se había cerrado.

El capitán Pērnavs partió inmediatamente hacia el lugar indicado con un equipo de operaciones especiales. Strūga también los acompañó. Los efectivos, provistos de armas automáticas, rodearon la granja. En silencio, aplastando con sus botas los terrones de tierra, los hombres del dispositivo fueron aproximándose a la casa.

Recortados contra el azul del cielo, graznando pacíficamente, cuervos negros sobrevolaban las altas copas de los abetos. El tejado del granero estaba plagado de agujeros. El viento soplaba a través de la enorme estancia vacía. En un extremo del granero, casi derrumbado, podía verse una estufa de leña. Ortigas de la altura de un hombre cercaban el edificio abandonado. Los machones de madera en las paredes estaban recorridos por grietas enormes y la chimenea se

encontraba medio derruida.

Strūga se colocó detrás de un gran tilo al borde del jardín. El reflejo de un rostro apareció un instante tras una ventana.

Dindāns estaba solo.

Estaba preparándose la cena en ese momento, friendo unas lonchas de jamón. Había utilizado leña seca para el fogón y el humo apenas era visible.

Hacía nueve años, en un soleado día de otoño, recién cumplido el servicio militar, Dindāns había entrado a trabajar en el parque móvil de taxis. A Dindāns le gustaba su nuevo trabajo. Sin embargo, poco tiempo después, una vez familiarizado con los detalles y entresijos del oficio, descubrió con desagrado un rasgo particular de su propio carácter: sentía miedo de sus pasajeros.

Había, sin duda, motivos que justificaban aquel miedo. Varios de sus compañeros conductores habían sido víctimas de ataques: les habían golpeado por detrás en la cabeza y les habían robado el poco dinero que ganaban cumpliendo con sus cuotas diarias de pasajeros. En ciertas ocasiones, los coches también habían desaparecido.

Dindāns no podía evitar sentirse atemorizado cuando le tocaba trabajar a última hora de la tarde y algún pasajero ocupaba el asiento de atrás. Era un miedo que siempre iba tomando cuerpo paulatinamente, a partir de una vaga sensación de incomodidad, difícil de definir. Quería poder girarse y examinar con detenimiento al pasajero, no perderlo de vista. Dindāns ajustaba una y otra vez el espejo retrovisor para poder ver al menos parte del pasajero, pero si este se colocaba junto a la ventanilla, fuera de su campo visual, Dindāns no podía evitar sentirse enormemente incómodo.

Al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que esa extraña incomodidad, ese vago malestar, esa picazón nerviosa y esa inquietud eran causa del miedo. Cuanto más se alejaba del centro de la ciudad, más miedo sentía y, por tanto, tenía especial aversión a alejarse del centro, en dirección a los suburbios más remotos de la capital.

En cierta ocasión, Dindāns tuvo que conducir a dos hombres borrachos hasta Vecmīlgrāvis. En un momento dado, sintió que estaba empapado de sudor. El miedo iba en aumento con cada kilómetro, acumulándose en su sangre con cada revolución del motor. El taxímetro marcaba su tac-tac nervioso, transformando la distancia en kopeks y en rublos. Y el corazón de Dindāns latía igual de febril, transformando la distancia en miedo. El taxi avanzaba por la carretera a noventa kilómetros por hora, pero el miedo que surcaba cada rincón de su cuerpo se desplazaba a una velocidad aún mayor.

El aire entraba por la ventanilla bajada, revolviéndole el pelo, pero era el miedo lo que alteraba aún más violentamente su compostura. Las ráfagas de viento iban arremolinándose en el interior del coche,

agitando el aliento saturado de alcohol de los pasajeros y avivando el miedo que engendraba su presencia. Y Dindāns respiraba aquel miedo que impregnaba cada célula de su cuerpo, penetrando en los rincones más secretos de su ser. Un miedo pesado, espeso y turbio lo ahogaba, le oprimía el pecho y le provocaba náuseas.

De forma casi involuntaria, Dindāns colocó su mano sobre la llave inglesa que había en el asiento de al lado. Era el arma que los taxistas habían apodado «la tarifa nocturna». Pero Dindāns seguía intranquilo: no estaba seguro de poder reaccionar antes del instante en que sobreviniera el ataque.

Los hombres no se comportaban como dos borrachos normales. No hablaban de mujeres, ni gritaban de forma grosera, ni cantaban, ni contaban chistes, ni hipaban, ni fumaban, ni eructaban ruidosamente. Simplemente iban sentados, sumidos en un silencio lúgubre.

Aún con las ventanillas bajadas, el hedor asfixiante y enfermizo del alcohol se mezclaba en el coche con el aliento sibilante del miedo. Dindāns se sentía cada vez más como un insecto atrapado en un frasco de cloroformo, resignado a que lo atravesaran con un alfiler en el momento en que muriera y lo añadieran a una colección.

¿Debía detenerse y pedirles a los hombres que salieran? No, no podía. ¿Qué razón iba a darles? ¿Algo como: «Tengo miedo de que me maten y me roben»? ¡Qué tontería! Quizá: «Están ustedes borrachos y me niego a llevarlos más lejos». Imposible. Además, no se comportaban como borrachos, eran hombres que aguantaban bien el alcohol.

Uno de ellos, el que estaba sentado detrás de Dindāns, llevaba un paquete rectangular y alargado envuelto en papel de periódico. A uno de sus compañeros taxistas le habían abierto la cabeza en una ocasión con un paquete similar: un ladrillo envuelto en el periódico Sport.

Los hombres le habían dado la dirección de una calle solitaria, bastante apartada. Al girar hacia la calle en cuestión, Dindāns sintió de repente un fuerte dolor en el pecho. ¿Un ataque al corazón? No. Una premonición. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

Dindāns se giró en su asiento. Siguió conduciendo con una sola mano mientras con la otra empuñaba discretamente la enorme llave inglesa. Cubierta por un trapo, los pasajeros no habían reparado en ella.

—¡Pare aquí! —dijeron los dos casi al unísono.

Dindāns detuvo el coche, pisando tanto el embrague como y el freno, sin cambiar de marcha, para no tener que soltar «la tarifa nocturna». Pero, en cualquier caso, no podría volver a ponerse en marcha de golpe, ya que seguía en tercera. Estaban en una calle polvorienta, sin asfaltar.

Temblando, Dindāns esperó a recibir el golpe, o bien el pago de la

carrera.

Uno de los hombres sacó una cartera y le entregó un billete de tres rublos. Para devolverle el cambio tendría que soltar la llave inglesa. En ese momento, Dindāns experimentó un ataque de ira, contra sí mismo y su propio miedo, contra su cobardía. Pero también contra los dos hombres que habían despertado aquel miedo en él. Que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. Que lo mataran ya. De nada servía estar vivo y ser tan cobarde. A continuación, en vez de darles el cambio, Dindāns agarró con más fuerza la llave inglesa y gritó enfurecido:

—¡Busque el importe exacto, no tengo cambio!

—Bueno, no pasa nada —murmuró rápidamente uno de los hombres—, quédese con el cambio.

Y solo en ese momento se le ocurrió a Dindāns que quizá eran ellos, los pasajeros, quienes habían estado asustados durante todo el trayecto, recelosos de su aire descompuesto y su mano escondida bajo el trapo. ¡Sí, la mano debajo del trapo, eso era lo que los había asustado!

Los hombres salieron del coche y entraron a su domicilio a través del patio, cerrando la verja tras de sí.

Una agradable brisa cálida aireó el interior del coche, disipando los residuos del miedo. De los jardines cercanos llegaba un olor a tierra húmeda y a hojas caídas. El musgo verdeaba sobre los postes de las empalizadas. El mundo era un lugar plácido y seguro.

Dindāns cambió a primera. Los neumáticos ganaron tracción sobre la tierra y comenzaron a rodar. Esa noche Dindāns comprendió verdaderamente lo que era el miedo.

«Si yo siento miedo», reflexionó, «también otras personas tienen que sentirlo. Quizás hay quienes sepan lidiar mejor con él o tienen más confianza en sí mismos. Pero yo no, no sé cómo hacerlo, no puedo pensar con claridad cuando siento miedo. Ese es el problema: si uno piensa, no se rinde al pánico. El pensamiento y el pánico son incompatibles. Hay que seguir pensando. Alguien inteligente, alguien avispado podría aprender a utilizar el miedo en su propio beneficio. Explotar el miedo de los demás. Nadie habla del miedo y, sin embargo, ¿cuántos conductores que van al volante con un pasajero sospechoso sentado detrás sienten miedo?».

Dindāns no supo responder a esta pregunta, pero estaba seguro de que, en esencia, las personas no eran muy diferentes las unas de las otras.

Dindāns no lograba controlar su miedo y, a causa de ello, tuvo que abandonar su trabajo de taxista. Era un buen mecánico: conocía bien los coches, desde el tornillo más pequeño hasta el eje más grande. Sin embargo, no era un trabajo que le proporcionara ninguna alegría.

«La vida de cada hombre tiene un techo», pensó Dindāns, «y este

no puede alzar su cabeza más allá de su propio techo». Dindāns comprendió que la vida dependía del trabajo duro y constante, y que el descanso solo llegaría con la jubilación. Pero la perspectiva de trabajar duro no le resultaba muy atractiva. Quería prosperar más rápido y disfrutar de todo cuanto la vida le ofrecía mientras fuera joven. ¿Dinero y miedo? Sí, estas eran las herramientas de las que se serviría.

Por otra parte, tampoco sentía que contara con una base que le permitiera labrarse una vida honrada. No creía en los dogmas de ninguna iglesia. El orden social comunista le era ajeno, porque pensaba que la propiedad privada era precisamente el motor principal del progreso. Consideraba que el mundo se encontraba en un estado caótico en el que un grupo de individuos tenían el papel de ovejas mientras otro grupo las esquilaba. Su intención era la de situarse entre los esquiladores. Lo que necesitaba era hacerse con unas tijeras de esquilar.

«¿Y a mí qué la sociedad?», se decía. «La sociedad solo piensa en esclavizarme, en exprimirme, en explotarme todo lo que pueda y luego sobornarme con una pensión. ¿Y yo voy a ayudarles a que me arruinen? No, no conseguirán que lo haga. Tengo intención de vivir igual de bien que los demás, pero no soy tan estúpido como para doblar el espinazo como ellos. Sí, claro que yo también quiero comer lo mejor, beber lo mejor, vivir a cuerpo de rey. Solo voy a ser joven una vez, ahora, y cuando sea viejo no me hará falta tener cosas. “Dindāns”, me dirán seguramente, “debes estar borracho para andar diciendo esas cosas. Vuelve a tu puesto de trabajo, métete otra vez debajo de los coches, en el foso grasiento, trabaja como un burro y tendrás lo que quieres. En verdad te decimos que el trabajo es lo único que el hombre puede hacer realmente suyo”. ¡No, las cosas han cambiado, los tiempos han cambiado! Ahora toca medrar donde se pueda, pillar lo que se pueda. Hay rebaños enteros de gente bienintencionada esperando a que la ordeñen. ¿Tú tienes un coche? Yo también quiero un coche. ¡Venga, dámelo! Tú eres inteligente y buen trabajador, ya ahorrarás para comprarte otro. Y yo le venderé tu coche a otro que también sea inteligente y buen trabajador y necesite un coche. Por suerte, hoy en día todo el mundo tiene dinero. Y todo el mundo quiere coches. Y los consiguen. Puede que haya a quien le cueste conseguir las cosas, pero por mis manos pasarán con facilidad. Así lo veo yo».

Dindāns esbozó su plan de vida: se hizo con sus tijeras de esquilar. Encontró su senda y a sus compañeros de viaje. Le gustaban el dinero y los objetos hermosos. Le gustaban las mujeres atractivas. Los placeres del cuerpo y el dinero. Ser rico, sentirse libre de ataduras. En adelante, dedicó su energía a intentar obtener todo aquello.

A Dindāns no se le escapaba que su falta de éxito en el ámbito social se debía a una falta de fuerza de voluntad y persistencia. Y esto lo irritaba, ya que se consideraba a sí mismo un hombre con una gran fuerza de voluntad. Buscó diversos motivos externos, razones por las que no estaba empleado en ningún tipo de trabajo útil, y las excusas surgieron al punto, los motivos se multiplicaron como gusanos en una seta, haciéndose omnipresentes. Dindāns llegó a la conclusión de que en realidad sí que poseía una enorme fuerza de voluntad y que, en lo sucesivo, la aplicaría a la organización de actividades delictivas.

Sin embargo, le faltaba perseverancia, le faltaba talento y habilidad para una carrera de fondo. Era por eso que el desafortunado incidente con Edmunds Bērzs lo había desestabilizado. Había sido el principio de su fin. Quizá podría haber continuado una semana más, quizá un mes, pero era poco probable. El error ocurrió porque tenía que ocurrir. El error había sido desde el inicio inherente a su concepción del mundo y, por lo tanto, inevitable.

Además, había infringido uno de sus propios mandamientos: el de no hacer daño a las personas.

«No quiero enfrentarme al miedo», se dijo al inicio de su carrera criminal. «Prefiero hacer que los demás tengan miedo». Pero eso también requería conocer a fondo a las personas, desde su tornillo más pequeño hasta su eje más grande. Dindāns solo conocía bien los coches y por eso había decidido dedicarse a ellos.

En una ocasión, robó la recaudación de una cooperativa. Se jactaba de ello entre su grupo de amigos:

—¡Me importa un bledo! ¿Crees que me van a pillar? ¿Crees que de verdad les interesa atraparme? Sería diferente si le hubiera metido mano a la propiedad del Estado. Entonces me atraparían enseguida. ¿Pero por coches privados y la mísera recaudación de una cooperativa? No, el Estado no va ni a molestarse. Por eso os digo que lo que nos interesan son los pequeños propietarios, a esos es a los que hay que ordeñar. Pero sin ponerles una mano encima ni derramar una gota de sangre.

Dindāns consideraba que los actos criminales, en su mayoría, se cometían con torpeza, sin la debida consideración, sin plan ni sistema, sin chispa creativa y sin la imaginación necesaria. Y, lo que también era de suma importancia, sin tener a la suerte de su lado.

Pero él erigiría su carrera sobre unos cimientos firmes. Estaba seguro de que, tomando las precauciones necesarias, lograría colarse por entre los dedos de la ley. Así, eligió a sus ayudantes con sumo cuidado: dos hombres que compartían sus opiniones, solo dos hombres en quienes podía confiar plenamente.

A través de un tercer hombre mantenía contacto con el mercado negro. Estaba seguro de que también podía confiar en él. Este hombre,

que conocía la ubicación del taller, fue al que la policía siguió y detuvo, y quien acto seguido lo confesó todo. Había clientes para la mercancía de Dindāns en las repúblicas del sur de la Unión. Se utilizaban las vías fluviales para transportar las piezas solicitadas.

Dindāns había establecido una regla, prácticamente un mandamiento: no derrochar el dinero dentro de la propia república. Siempre que fuera posible, el dinero había que canjearlo por metales preciosos. Y debían vivir modestamente. Sus dos compañeros seguían teniendo sus trabajos de siempre. Él, por su parte, era el único que permanecía sin ataduras.

Sin embargo, aunque todo fue sobre ruedas durante más de medio año, las sutiles redes de la investigación criminal fueron estrechando el cerco paulatinamente a su alrededor. Cuando acabó por darse cuenta, ya era demasiado tarde para escapar.

Solía llevar dinero de sobra en la cartera y era capaz de gastarse el sueldo mensual de un contable en cualquier restaurante de una de las repúblicas vecinas. Tenía una espléndida motocicleta con sidecar y mujeres en cada rincón del país y, aun así, había ocasiones en que no se sentía bien. Quería poder mirar a los ojos de sus semejantes con orgullo, pero este se consumía en una lucha interna contra su propio complejo de inferioridad. Era una lucha interior que le robaba frecuentemente las ganas mismas de vivir. Tenía muchísimo dinero y le habría gustado gastarlo a placer, pero a menudo se sentía como un pez tropical enlatado, con su fabuloso colorido oculto a la vista de los demás.

Verse obligado a mantener su ocupación en secreto se fue convirtiendo en algo que le reconcomía por dentro. Sentirse reconocido era exactamente a lo que no podía aspirar con el oficio que había elegido. Era un deseo insatisfecho que solía dejarle un regusto amargo en el corazón.

Y este era su estado de ánimo cuando conoció a Mare en una fiesta de pueblo. Se inventó una seductora fábula sobre sí mismo, confesándole que trabajaba para el Comité de Seguridad del Estado. Le contó todo acerca de aquel trabajo difícil y peligroso, capturando a los traidores del pueblo, su abnegación y las noches sin dormir mientras velaba por la libertad de las gentes.

Mare, una muchacha inocente, se enamoró inmediatamente de aquel joven tan peculiar. El mismo Dindāns se sorprendió. No era un hombre atractivo y hasta entonces había conquistado siempre a las mujeres a base de regalos, sin reparar en gastos. Pero en esta ocasión, por primera vez, alguien lo amaba por la nobleza de su personalidad, aunque esta fuera inventada.

La vida de Dindāns dio un nuevo giro.

Si bien no abandonó su actividad criminal, sí que se tomó unas

vacaciones. Pasó semanas enteras con Mare, disfrutando de su amor. Le gustaba de verdad y le prometió casarse con ella. Planearon su boda para el invierno.

Entonces, a principios de verano, Bērzs comenzó a visitar más a menudo a sus padres. Dindāns se encontraba lejos, haciendo uno de sus «encargos habituales» (como él los llamaba) y, a su regreso, Mare le contó inocentemente acerca de aquel hombre estupendo, el arquitecto Bērzs: que era su vecino, que habían ido juntos a nadar y que habían tenido conversaciones muy agradables. «¿Conversaciones muy agradables?». Dindāns tenía sus ideas muy claras acerca de las mujeres y, para él, «conversaciones muy agradables» solo podía significar una cosa. «Una mujer es una calle de un solo sentido», le gustaba afirmar. ¿Conversaciones muy agradables? Recibió aquellas palabras como una puñalada. Sin embargo, no dijo nada. Estaba demasiado enamorado de Mare. No merecía la pena preocuparse por aquel arquitecto. Pero comenzó a vigilar a Bērzs. Descubrió su flamante coche nuevo. «Ahí tengo un proveedor», sonrió Dindāns para sí mismo. Los celos le quemaban la sangre.

A principios de septiembre, Dindāns vio un dibujo mediocre de Mare que Bērzs le había ayudado a mejorar. ¡Hasta ahí habían llegado! Rompió el dibujo en mil pedazos y se marchó sin despedirse, dejando a Mare llorando en medio del jardín.

Dindāns tomó una decisión. Hasta ese momento, solo le había puesto la mano encima a objetos que pertenecían a otras personas. Ahora estaba dispuesto a ponerle las manos encima a alguien. Ideó un plan espantoso: se desharía de Bērzs sin mancharse las manos de sangre. Sentía un odio incomprensible hacia el arquitecto. Aquel hombre, que no era tan diferente a él, que también caminaba con dos piernas y pensaba con una cabeza, aquel hombre disfrutaba del respeto de la sociedad y saboreaba las mieles de la fama. ¡Y ahora su vida estaría en sus manos! Dindāns tenía la esperanza de que aquella sensación de poder contrarrestaría la inquietud y la confusión en su interior.

Todo salió según lo previsto.

Y así fue: en los primeros días tras el crimen, Dindāns experimentó una inesperada mejoría de ánimo. Se sentía soberano, como un temible juez con su látigo silbando sobre las cabezas de las masas dichosas e insignificantes.

Sus dos cómplices fueron y siguieron siendo obedientes herramientas a su servicio. Desconocían las razones, los verdaderos motivos del acto de su jefe. Nunca lo entenderían, aunque pudieran asomarse al abismo espiritual de Dindāns.

¿Abismo espiritual? ¿Verdaderos motivos? ¡Estupideces, banalidades, clichés! Necedades. Todo era mucho más claro y sencillo.

Dindāns no sentía ningún remordimiento de conciencia, así que, ¿de qué servía aquello de los abismos y los motivos? Su egoísmo le brindaba una isla donde refugiarse en medio del mar de las opiniones ajenas.

¡Cómo le había molestado el charloteo entusiasta de Mare! Que Edmunds Bērzs era un hombre famoso, que le esperaba un futuro brillante y grandes posibilidades... Odio, verdadero odio, es lo que Dindāns sentía por Bērzs, ese niño mimado de la fortuna a quien todo le había caído del cielo solo porque era capaz de regurgitar fórmulas matemáticas y organizar de forma armónica bloques y líneas.

Pero no había sido intención de Dindāns acabar con Bērzs. No, solo había querido hacerle saber a aquel hombre tocado por la suerte lo oscuro y sombrío que podía ser el otro lado del espejo, lo cerca del abismo que vivía, lo incierta e insegura que era en realidad su existencia aparentemente consolidada.

Y Dindāns sintió que lo había conseguido.

Más tarde, en el pequeño pueblo de N., había logrado zafarse de un arresto seguro. La herida del brazo se la curó alguien que no era de su total confianza. No era una herida grave, pero sí dolorosa. Dindāns decidió desaparecer por un tiempo.

Su búsqueda había sido anunciada en la televisión y él lo sabía. El taller había sido descubierto y todos cuantos estaban relacionados con su negocio habían sido arrestados. Tampoco podía recurrir a amigos ni familiares. Sus dos cómplices estaban de vacaciones. Habían alquilado una lancha para relajarse en las aguas del sur y en aquellos momentos ya deberían estar cerca de la desembocadura del Volga. Llevarían provisiones y tendrían que apañárselas por sí mismos para salvar el pellejo.

Dindāns no sabía nada acerca del accidente en el lago Ladoga.

Con toda seguridad, tanto los aeropuertos como las estaciones de tren y las carreteras estarían bloqueadas. Huir de la república parecía una misión imposible, especialmente con un brazo herido.

Dindāns decidió recurrir a un escondite que había localizado hacía tiempo: una granja abandonada en lo profundo del bosque. En cierta ocasión, buscando una base de operaciones para su banda, había explorado a lomos de su motocicleta docenas de caserones aislados, perdidos entre campos y bosques. Decidió refugiarse en aquella granja hasta que pasara el momento más intenso de su búsqueda.

Era una casona en medio de la nada, rodeada de espesos bosques atestados de troncos muertos, derribados por las tormentas, y con zonas pantanosas entre esporádicos altozanos. Los senderos de los alrededores solo eran aptos para quienes los conocieran bien. Era un lugar insalubre, al que ni siquiera los recolectores de setas solían acercarse. A la entrada de los caminos de acceso había carteles que

prohibían el paso y sobre los propios caminos se cernían precariamente árboles vencidos. Dindāns se alegraba de ello. Tras sortear árboles caídos y atravesar barrizales, se adentró en el patio de la casona con la motocicleta ronroneando quedamente.

La dueña de la granja, una anciana que había vivido sola, había muerto hacía unos años. Sus familiares se habían dispersado a los cuatro vientos, arrastrados por los torbellinos de las guerras. La granja se encontraba totalmente vacía. Manos desconocidas se habían llevado todos los objetos de valor. Solo quedaban, en el desván, trapos viejos y zapatos gastados. Por algún motivo, las ventanas no estaban rotas, lo cual resultaba extraño, porque las ventanas solían ser lo primero en desaparecer en las casas abandonadas.

Tras camuflar su motocicleta al fondo del granero, Dindāns puso orden en el interior de la casa. Había traído comida suficiente para dos semanas al menos. Metió la carne al fresco, en el interior del pozo. El agua estaba en contacto con los anillos interiores de madera de este, podridos, medio deshechos y llenos de gusanos. No importaba, cogería el agua de un manantial cercano. Conocía bien los alrededores, los había explorado el verano pasado. A su alrededor había multitud de prados. Los trabajadores forestales sacaban de ahí el heno, pero por esas fechas la siega ya había terminado y la caza estaba prohibida, así que no había riesgo de que apareciera nadie. A menos que alguien llegará allí por casualidad. Era imposible predecirlo todo.

El centro de la casa lo ocupaba un fogón rectangular cuyo calor calentaba los muros de las habitaciones, dispuestas en círculo a su alrededor. Hacía frío, así que tendría que encender el fuego. Dindāns desmontó todas las puertas y las rompió en pedazos para emplearlas como leña. Le dolía el brazo y blandía el hacha con una sola mano, golpeando con furia y abandono.

Encendió el fogón.

Hizo también pedazos las mesas desvencijadas, dejando solo una silla. Después comenzó a derribar los tabiques interiores. La madera seca ardía muy bien y le proporcionaba calor sin apenas hacer humo.

Solía pasar las noches echado sobre el rectángulo de hierro colado del fogón, satisfecho por poder ver a través de cinco ventanas diferentes. También ese era el motivo de haber derribado todas las puertas y tabiques. La única ventana a través de la cual no le era posible ver desde el improvisado camastro sobre el fogón era la que quedaba oculta tras la pared adosada a la chimenea. Dindāns cubrió aquella ventana con gruesos tablones arrancados del suelo del desván.

Encaramado al fogón, Dindāns se sentía como en una fortaleza. Allí estaba caliente y podía vigilar el exterior a través de todas las ventanas. Para poder dormir tranquilo, había instalado unos

cascabeles como los que emplean los pescadores nocturnos, conectando las ventanas mediante una red de sedales: en cuanto algo agitara los sedales, los cascabeles comenzarían su repique. Como buen pescador, Dindāns era capaz de oír aquel sonido hasta en su sueño más profundo. Este sistema de alarma le proporcionaba una cierta sensación de seguridad.

Dindāns durmió bien las primeras noches, convencido de que había despistado a sus perseguidores. Dormía a pierna suelta, con la barriga llena de carne y queso, bien regados con vino dulce. Le gustaban los vinos espesos y dulzones. Nunca le daban dolor de cabeza ni resaca. Siempre tenía a mano su pistola.

Pasaron unos días. La herida fue curándose.

Dindāns comenzó a notar entonces síntomas de malestar. Sin nada que hacer, empezó a sentirse inquieto. En otras circunstancias no le habría importado en absoluto pasarse el día sin hacer nada, como cuando estaba con Mare, que había sido algo así como una criada que le preparaba la comida y le atendía en todo. Su inactividad contaba con una admiradora, una adoradora, una amante y una amiga.

En aquel momento, sintió vivamente la falta de una mujer. Había pasado gran parte de su vida en compañía de mujeres: lo habían criado, mimado, consolado, alimentado, vestido y amado. Pero en aquella era tecnológica, con su repugnante manía de mostrar por televisión los semblantes de prófugos, ir a encontrarse con una mujer podía resultar muy peligroso. Todas cuantas él conocía veían la televisión con asiduidad.

Mare vivía demasiado cerca de la casa de los padres de Bērzs. Era muy probable que la hubieran interrogado y que hubiera confesado todo sobre él. Hasta un niño podría descubrir que no trabajaba para el Comité de Seguridad del Estado. A estas alturas, seguramente también Mare debía saberlo.

Después de un minucioso registro del desván, Dindāns solo encontró algunos almanaques viejos. Empujado por el aburrimiento, terminó por leerlos. Más tarde encontró un libro de bolsillo sobre Kaupēns, el famoso ladrón del siglo xix, pero habría sido mejor que no lo hubiera leído: Kaupēns había muerto ahorcado. Dindāns no pudo volver a dormir tranquilo. Le asustaba la posibilidad de fracasar. Nunca antes se había permitido ese tipo de dudas. Su negocio, construido sobre roca sólida, se había derrumbado. La buena comida y la vida ociosa avivaban su fantasía y, en ocasiones, se sentía como si estuviera enjaulado.

Una noche se despertó agarrotado por el miedo, con el cuerpo empapado por un sudor frío. Había tenido una pesadilla. No recordaba el contenido del sueño ni su posible sentido, pero sí una indeleble sensación de terror. Tal vez por aquel caserón solitario deambulaba

alguna sombra ancestral, algún acto de violencia del que las paredes mudas habían sido testigos. O tal vez el sueño tenía su raíz en su propio subconsciente, donde la angustia y la desesperanza iban poco a poco tomando cuerpo.

No sabía vivir sin otras personas. No soportaba la soledad. No es que sintiera remordimientos de conciencia ni arrepentimiento por ninguno de sus actos, simplemente no estaba hecho para una existencia tan solitaria. Nunca había pasado tanto tiempo solo. Estar a solas le resultaba una penalidad insoportable. Nada le apetecía más que encontrarse entre desconocidos en una ciudad desconocida.

A veces pensaba en la cárcel. ¿Estar en la cárcel?

¿Entre gente como él?

¿No era su situación actual aún peor que estar en la cárcel? No, en realidad no. Era libre y podía disponer de sus días como quisiera: acostarse, despertarse o comer cuando le apeteciera. ¿Y en la cárcel? ¿Estaban sus semejantes en la cárcel? ¿Gente como él? ¿Pero qué era eso de «como él»? Allí dentro se pudrían quienes habían fracasado completamente, los pobres de espíritu sin suficiente materia gris como para eludir los brazos de la ley. No, él no tenía nada en común con simplones de aquellos. Ansiaba la compañía de hombres libres.

Sin embargo, tampoco en el caserón se sentía libre. Era una libertad bajo amenaza. Volvía a sentirse hostigado por el miedo. Sí, no se lo ocultaba a sí mismo: sentía miedo a menudo, un miedo idéntico al que había sentido cuando conducía a sus pasajeros a las afueras de la ciudad.

El miedo jugaba un papel trágico en su vida.

Al principio de su carrera, el temor por su vida le había obligado a abandonar el trabajo de taxista. Más tarde, le había invadido el temor (aunque él lo llamara «inspiración») de no disfrutar plenamente de la vida, de los frutos de su dulce juventud. Aunque sus negocios ilegales le habían reportado enormes ganancias, temía no poder gastarse aquel dinero, ya que su libertad se encontraba bajo amenaza. Y aunque se había librado de su rival imaginario en el amor mediante una inteligente maniobra, ahora se daba cuenta de que el círculo volvía a cerrarse: había vuelto al principio, a temer por su vida.

«¿Por qué iban a querer juguetear conmigo?», pensó Dindāns. «Entrarán a tiros, pam, pam, me llenarán de plomo y se acabó la fiesta».

Eso era precisamente lo que Dindāns temía, que no se respetara la ley. Sintió, de repente, una gran estima por el cumplimiento de la ley. Sabía que tenía derecho a una detención, a un interrogatorio y a un juicio. Y, solo después, a su condena.

Pero el silbido de las balas rozándole el hombro durante su huida por la ventana de la biblioteca había reavivado su antiguo miedo. ¿Y

si la policía resultaba ser el pasajero del asiento trasero del taxi, el hombre con el ladrillo envuelto en papel de periódico?

El único remedio que Dindāns conocía contra el miedo era la fuerza.

La fuerza: un ladrillo envuelto en papel de periódico. La fuerza: «la tarifa nocturna» bajo el trapo aceitoso. La fuerza: robar lo que pertenecía a otro hombre. La fuerza: el oscuro vacío del cañón de una pistola. La fuerza: la atracción irresistible de los billetes. La fuerza: el vigor masculino al hacer el amor con una mujer. Estas eran las armas de Dindāns contra el miedo. Y ahora todas ellas le resultaban inútiles.

Porque estaba solo.

No podía asestarle un golpe al miedo con «la tarifa nocturna», no podía vender el miedo como piezas de un coche, no podía meterle un balazo al miedo como si fuera una persona, no podía comprar el miedo como a una mujer de vida alegre, no podía acostarse con el miedo a pesar de su virilidad.

El miedo vivía en él, vivía a través de él y era parte integral de su ser. Y no podía extirparlo mediante el bisturí de la conciencia. Porque cada uno tiene la conciencia que se ha labrado.

Había una fractura en la ordenación de su mundo. Como un coche yendo a toda velocidad, con el volante bloqueado, avanzando sin control, siguiendo su imprevisible y singular trayectoria. Era demasiado tarde para reaccionar. No había conseguido lo que se había propuesto. Estaba atrapado, incapaz de actuar según sus deseos.

Ansiaba tener compañía, pero se veía obligado a vivir en soledad, oculto a los demás.

Tenía dinero, pero le era imposible gastárselo.

Quería hacer el amor con una mujer, pero debía conformarse con entregarse al onanismo encaramado al fogón.

¡Qué repulsiva y desagradable resultaba a veces la vida!

Pero Dindāns era demasiado orgulloso y pedante como para sentir arrepentimiento y admitir la derrota. Simplemente se había equivocado en sus cálculos, no se había dado cuenta a tiempo, eso era todo. En el futuro, no volvería a cometer los mismos errores.

«Estoy totalmente satisfecho con la vida», se dijo a sí mismo. «Solo necesito paciencia. Pronto podré salir de Letonia con mis documentos en regla y un buen fajo de billetes. No tengo duda de que, con lo grande que es, un hombre capaz como yo podrá encontrar un buen puesto de trabajo en algún lugar de la Unión Soviética. Encontraré mi lugar. Construiré una casa. Compraré un coche. Me casaré con una mujer cariñosa. Trabajaré un poco, pero sin romperme la espalda. Tendré equipo de música, televisión, frigorífico y todo lo demás. No tendré que sacar la carne de un pozo maloliente, me bastará con abrir una puertecilla blanca y cortarme un trozo. Me he ganado una vida

así. Estoy harto de tener miedo. Pero no me haré la casa yo mismo. Encontraré a una chica que ya tenga una. ¡Claro que lo conseguiré!».

Sin embargo, esto no eran más que bravuconadas. Y él mismo lo sabía. Sentía en el pecho una enorme tristeza por Mare y echaba de menos sus caricias apasionadas. En compañía de sus amigos había hablado con cinismo sobre las mujeres y el amor, pero ahora sabía que era verdad, que existía la mujer adecuada, su media naranja. Por la noche, al despertarse sobre el fogón, sentía las fuertes manos de Mare aferrándose a su espalda. Siempre se ponía una camisa gruesa para hacer el amor con Mare, porque ella a veces se dejaba llevar y le arañaba la espalda como si fuese una gata.

Afuera, el viento rugía a través de los tilos centenarios. El dulce aliento de Mare quedaba en realidad muy lejos. Su presencia le estaba vedada. ¿O era él quien se la había vedado a sí mismo? No sabía con certeza si había querido a Mare como compañera para toda la vida o solo como objeto de placer. «Es demasiado ingenua para un hombre como yo», pensó Dindāns. Había estado con muchas mujeres, pero echaba de menos a su Mare. Mare, la jardinera. ¿Había echado raíces en su corazón? Sintió enormes deseos de montarse en la motocicleta e ir a verla.

¡Aunque por supuesto no lo haría! Estaba seguro de que ya la habrían interrogado y que habrían descubierto la verdad sobre él. A estas alturas, todos sabrían la verdad sobre él: ¡qué cosa tan desagradable! Que había robado, lo que le había hecho a Bērzs, que había estado con varias mujeres a la vez... Pensar en todo esto le hacía sentir como si le arrancaran la carne de los huesos. Solo había sido posible sobrellevarlo mientras el velo seductor del secreto lo había encubierto todo. ¿Cuántas personas podrían continuar viviendo tranquilamente si ese velo no encubriera sus actos, si se supiera todo sobre ellos, como a Dindāns le ocurría ahora? Ni él mismo lo sabía.

¿Se sentía Mare herida? ¿Lo superaría? Seguramente. ¿Acaso era Mare una frívola? No, no lo era, también ella buscaba algo en el mundo, como una abeja entre las flores de su jardín. Mare había atraído a Dindāns con la excepcional pureza de su corazón, la sinceridad inusitada de sus sentimientos. ¿Cómo había podido sentir tanto asco al pensar en ella y en Bērzs? Había juzgado el carácter de Mare de acuerdo con el suyo propio. ¡Cómo habían soñado juntos, encaramados al pajar! Con una buena vida. Con niños.

—¡Si es un niño, lo llamaremos Pēteris y, si es una niña, Anniņa!

—¡No! —Dindāns se había reído de los nombres elegidos por Mare —. ¡Si es un niño, llamémosle Adolf Gustav de Everald!

—Pero ¿qué dices? ¿Quién va a pronunciar un nombre así? —Mare había tomado su broma en serio y se había enfadado.

Qué tontita ingenua. Pero nunca le había mentido, jamás. Dindāns

había elaborado una teoría según la cual nunca, en ningún momento, le había mentido a Mare.

Era cierto que aquella noche en el pajar le había prometido casarse con ella, incluso habían fijado una fecha. Así lo había sentido esa noche. En el momento en que había hecho su promesa, había tenido la intención de cumplirla. Por lo tanto, no había mentido, aunque supiera que al día siguiente pensaría de forma diferente. Era sabido que no era posible bañarse en el mismo río dos veces y que los deseos humanos cambiaban más rápidamente que el agua de la corriente. «Dindāns también cambia», solía decirse a sí mismo, «y, por tanto, sus intenciones también cambian. Pero nunca miente».

Esta era la forma en que se justificaba ante cualquier dilema.

¡Oh, Mare! Por las noches, tendido sobre el cálido fogón, recordaba cada detalle de cómo había hecho el amor con ella. Su recuerdo ahuyentaba los fantasmas nocturnos.

Cuanto más tiempo vivía a solas, comiendo a placer, más le torturaban las pesadillas y solo conseguía dormirse al surgir los primeros resplandores del alba.

En ocasiones, mientras limpiaba su pistola y colocaba la remesa de balas en el cargador, reflexionaba: «Bueno, qué, ¿te pones el cañón contra la sien y disparas? Y ya está, se acabaron las preocupaciones, las dudas, las especulaciones. Se acabó la incertidumbre sobre los documentos, el invierno, el próximo año. Se acabó el miedo. ¿Dejarse caer en el vacío oscuro? Ojalá fuese tan rápido que no sintiera ningún dolor».

Sintió un deseo abrumador de colocarse el cañón en la sien. Y disparar.

Comprendió que tenía los nervios destrozados. Cuando sentía que ideas de este tipo lo ahogaban, destrozaba con el hacha alguno de los tabiques interiores. Necesitaba madera seca. Su brazo respondía bien, estaba curado. Su intención era largarse pronto de allí.

¿Adónde iría? ¿A un vacío, a la nada? En casa de sus familiares no podía presentarse. Conocía bien a sus padres y otros parientes: lo repudiarían, asqueados. Todos los lazos que había establecido en sus treinta y dos años estaban ahora rotos, deshechos, disueltos. Se sentía como un bebé abandonado. Aunque con una gran diferencia: un bebé tenía ante sí un futuro límpido, mientras que a él la noción misma de un futuro lo estrangulaba como un cordón umbilical enredado.

Dindāns deambulaba sin parar por la casa en ruinas, absorto en este tipo de pensamientos. ¿No estaba atrapado en un corral? Casi como si lo estuviera. Era culpa de ellos, ellos lo habían hecho. Para Dindāns, «ellos» significaba cuantos vivían al otro lado de las bardas de su propio corral. No importaba. Escaparía.

A lo largo de su vida, Dindāns solo había ido cogiendo, tomando

para sí, sin entregar nada a cambio. Los coches robados, las piezas vendidas en el mercado negro, el robo a la cooperativa y, por último, aquel suceso absurdo con Bērzs. Sus propios actos lo acorralaban, irguiéndose en muros inmateriales pero indestructibles que imponían un límite a todas sus acciones e ideas.

Dindāns no pensaba mucho en Bērzs. Si estaba muerto, no era culpa suya. Tenía las manos limpias, se decía a sí mismo. Lo que en verdad le preocupaba era el miedo por su propia vida. El miedo y todos aquellos sentimientos encontrados.

Había perdido el apetito en los últimos días. La comida no le sabía bien. Demasiado monótona. Carne y pan de centeno. Mantequilla. Queso. Vino. El vino se había acabado. Iba quedándose sin provisiones. Había estado a punto de marcharse varias veces, pero el miedo a encontrarse con la policía se lo había impedido.

Cargaba con su propia jaula a todas partes. Solo podría liberarse de ella a través de la muerte. O del arrepentimiento sincero. Pero él, en realidad, no quería morir. Y era incapaz de arrepentirse de nada. Así que siguió esperando. Continuó a la espera del momento adecuado para volver a la vida, a disfrutar de ella.

Echó un poco de leña al fuego. Se incorporó y miró por la ventana. Se le cortó la respiración. Unos hombres armados se acercaban a la casa.

Tenía la pistola a mano, una Beretta automática, en la esquina del fogón. Le quitó el seguro. A través de la ventana, vio sombras acercándose por el flanco opuesto de la casona. Eran policías. Habían llegado hasta el borde del jardín. Los cañones de los fusiles automáticos brillaban en sus manos. Lo habían atrapado.

¿Por fin? ¿El desenlace? ¡Que ocurriera lo que tuviera que ocurrir! El miedo había desaparecido, como barrido de repente. Dindāns lo había purgado, lo había sudado como una fiebre, encaramado al fogón. Lo había vislumbrado en el fondo del pozo, recogido del manantial, entrevisto en sueños, adivinado en su futuro. Y ahora, como una brisa, la realidad alzaba por fin el velo del miedo.

Se sintió aliviado e invadido por una furia ciega. Había olvidado todo cuanto había hecho contra sus semejantes y solo pensaba en lo que ellos iban a hacerle a él ahora. «¡Malditos perros de la ley!». Dindāns fue deslizándose de una ventana a otra, a la espera de que estuvieran más cerca para no errar sus disparos. ¡Los cabrones lo habían seguido! ¡Eran unos esclavos que esclavizaban a los demás! «¡Y creen que van a atraparme! ¡Con ametralladoras!».

Rompió el cristal de la ventana de la cocina para que este no desviara sus disparos y antes de que los cristales cayeran al suelo ya había disparado dos veces contra las siluetas del exterior.

Era mediodía.

Tras los disparos, Dindāns se retiró de la ventana y se acuclilló. Justo a tiempo. Las balas alcanzaron el marco de la ventana. ¡Pam, pam, pam!, iban agujereando las paredes. Repicaron los cascabeles colgados de los sedales. ¿Significaba esto que Bērzs había muerto? Ya había pensado en ello cuando lo de la biblioteca. Si no, no le habrían disparado. ¿Podría defenderse ante un tribunal? No tenía sentido creer ahora en milagros. Tenía que huir. Defenderse.

Agazapado, Dindāns fue recorriendo la casona, disparando a través de todas las ventanas. Luego se tiró al suelo, junto al fogón, recargó su pistola y aspiró el olor de la carne a la plancha que, por lo visto, estaba destinado a no probar. Los disparos siguieron restallando en el exterior a medida que las balas desgajaban las paredes.

El capitán Pērnavs, al mando del equipo de operaciones especiales, no sabía a cuántas personas había acorralado en la casona. No quería arriesgar innecesariamente la vida de ninguno de sus hombres. Un policía se acercó sigilosamente a la casa y lanzó una bomba de humo al interior. Sí, podían acribillar el edificio hasta dejarlo como un colador, pero preferían capturar a Dindāns con vida.

Strūga se encontraba a unos veinte pasos de la casa, parapetado tras el tronco de un tilo centenario. No tenía empuñada ningún arma. Vio salir humo blanco por las ventanas y quedó al acecho, en máxima tensión: ¿por qué ventana saltaría el asesino?

Hasta ese momento, Dindāns se había alegrado de haber derribado los tabiques de la casa para, llegado el caso, poder disparar con facilidad a través de todas las ventanas desde el centro de la habitación. Pero en aquellos momentos, bajo el estruendo ininterrumpido, una nube de humo impenetrable ahogaba todo el espacio.

«Se acabó», pensó Dindāns. «¡Qué sinsentido!». Se acordó de Mare y de sus padres. Sintió lástima de sí mismo, ansiando un poco aire fresco. Ahogándose y tosiendo, gritó a través de la ventana del jardín que se rendía.

Pero era solo un truco. Dindāns esperaba que su intrepidez y velocidad confundieran a quienes lo asediaban. Tenía que ser valiente. Por primera vez en su vida, pensó y actuó de forma coherente ante el peligro. Había escapado de la biblioteca gracias a su instinto. Sería Dindāns el Imparable.

Los policías fueron abandonando sus parapetos y comenzaron a acercarse.

Dindāns no vio el cañón del fusil automático que permanecía al acecho tras los desnudos arbustos de grosellas.

—¡Salgan! —ordenó en voz alta un oficial.

—¡Estoy herido! —exclamó Dindāns—. ¡Me rindo! ¡Ayuda!

Sonaba plausible.

Los policías bajaron sus armas y se acercaron con rapidez al caserón, arrancando los tablones claveteados que cubrían la ventana en la parte trasera. Un policía saltó al interior a través de una de las ventanas del salón. Resollando, tosiendo, invisible, se acercó hasta Dindāns.

Dindāns se decidió. Había llegado el momento.

Como tras un pistoletazo de salida, saltó por otra ventana y avanzó disparando su pistola, pesada e incómoda. Corriendo y saltando, no lograba alcanzar a nadie. Era normal, hacía mucho tiempo que no practicaba su puntería. Pero los policías no se atrevían a disparar por miedo a alcanzar a uno de sus propios compañeros.

Dindāns pasó a través de aquel grupo de policías desprevenidos que iban dejándose caer por tierra, buscando cobertura. Atravesó luego el macizo de acacias, precipitándose hacia el grueso tronco del enorme tilo centenario. Más allá había un terraplén y, después, el bosque. Su corazón dio un vuelco. Lo había conseguido.

Pero de repente, la tierra pareció vencerse y sintió un golpe en la sien. «Así que esto es morir», relampagueó en su conciencia. No había oído el sonido de ningún disparo. ¿La muerte? ¿Ahora y para siempre? «¡Ni siquiera duele! No, no, no quiero», intentó gritar, pero ningún sonido salía de entre sus labios. Tenía los ojos abiertos de par en par. Veía la tierra muy de cerca, como nunca antes. Terrones de arcilla rojiza y seca, hierba agostada. Experimentó una extraña pesadez subiéndole por las piernas y se hundió en ella como en agua.

El mismo Dindāns había contado en una ocasión la historia de un hombre al que una apisonadora le había aplastado las piernas. Él era ahora aquel hombre. Pero aún no sentía dolor. Solo la pesadez ascendiendo por su cuerpo. Sintió el suelo vibrar. Sabía lo que era. Carreras de botas pesadas, carreras de zapatos ligeros. Todo un ático lleno de zapatos viejos. Movió sus manos. Lo obedecieron. Sintió el peso de la pistola en su mano derecha. El rodillo de la apisonadora le llegaba ya a la cintura, un dolor salvaje que le aplastaba el sacro. Sintió como si una estaca afilada lo empalara y el rodillo avanzara por esa estaca, sobre su propio cuerpo, directo al cielo.

Dindāns apuntó su arma en dirección al ruido. Hacia el ruido de pasos. Intentó, haciendo un esfuerzo supremo, apretar el gatillo. Pero era demasiado tarde. Un golpe le arrancó el arma de la mano y enseguida perdió el conocimiento.

En plena carrera de Dindāns hacia el terraplén, Strūga había surgido de detrás del tilo para cortarle el paso. El tronco del árbol lo había ocultado de la vista del resto de policías, que habían disparado al ver que el criminal tenía intención de desaparecer por el terraplén. Los disparos habían alcanzado a Dindāns en las piernas, justo por encima de las rodillas, desgarrando el músculo y seccionando las

arterias.

Strūga no había llegado a desenfundar su arma durante la carrera. Quería atrapar a Dindāns con vida. Esperaba que no lo hubieran matado y estaba furioso con el policía que había disparado tan a la ligera. Era una suerte que no le hubiera alcanzado a él mismo: las balas habían pasado casi rozándolo. Strūga vio a Dindāns caído sobre la hierba, con la tierra ennegrecida alrededor de sus piernas.

—¡Cuidado! —exclamó el capitán Pērnavs.

Strūga cubrió los últimos metros de un salto y, de una patada, le arrebató el arma de entre las manos.

Auxiliaron a Dindāns allí mismo, en medio del jardín. Había perdido mucha sangre. Apenas había esperanza de que sobreviviera. Usando un abrigo como camilla, lo transportaron a través del jardín, pisoteando las manzanas podridas sobre el suelo. Una abundante cosecha se había echado a perder en aquel caserón abandonado. Estremecidos por los disparos, los cuervos sobrevolaban en círculos las copas de los pinos cenicientos.

Cuando trasladaron a Dindāns hasta el hospital del pueblo, el médico sentenció que la única posibilidad de salvarlo consistía en una transfusión de sangre inmediata.

Mientras se mantuvo consciente, Dindāns sintió enormes deseos de vivir, algo que jamás antes había experimentado.

Su llegada al hospital supuso un evento extraordinario. Siempre se había considerado a sí mismo alguien fuera de lo común. Y ahora su entrada al hospital verdaderamente había sido un acontecimiento fuera de lo común. ¿Lo tratarían con el mismo cuidado que a un paciente normal? ¿O intentarían quizás matarlo, sin juicio previo, sin investigación? Un puñado de palabras agoreras resonaban en su conciencia: «Las piernas en la oscuridad, las piernas en la oscuridad», y: «No se molestarán conmigo».

La profesionalidad del médico que lo atendió, cuya sobria eficacia y precisión se manifestaban en su porte, sus gestos y las nítidas órdenes que daba a sus asistentes, no consiguió calmar la angustia de Dindāns. Los preparativos habituales para la operación le parecieron mucho más lentos de lo habitual. Pensó que era algo deliberado. Cuando le inyectaron una pequeña dosis de morfina, temió que quisieran adormecerlo y arrebatarle su posesión más preciada: su vida.

—Ayúdenme —susurró casi inaudiblemente—. No quiero morir. Díganselo a Mare.

Siguió delirando un rato. Las palabras, pastosas pero coherentes, escapaban como un murmullo por entre sus labios:

—La vida de los pájaros libres es más breve que la de los pájaros cautivos.

Repitió esta frase varias veces. Cuando la chispa de la conciencia

volvió a sus ojos, se dirigió al médico:

—Doctor, ya estoy medio vacío. Quíteme el peso de las piernas. Siento que mi pecho es muy ligero y que pronto volaré como un pájaro. Cójame de la mano cuando me opere. No me mate. Ayúdeme.

Entretanto, se había averiguado el grupo sanguíneo de Dindāns y se había localizado a dos donantes.

Dindāns se encontraba echado sobre la mesa de operaciones. Una luz radiante penetraba a través de amplios ventanales. Se oía el tableteo suave de los zuecos de madera de los enfermeros. Olía a yodo. La jefa de enfermeras preparó el equipo para la transfusión.

Los donantes querían saber a quién iría a parar su sangre.

Son gente especial, los donantes. Hermanos de grupo sanguíneo. Hoy día, en que la única recompensa por donar sangre es un tácito reconocimiento social, los donantes pueden considerarse grandes humanistas, gente que cree en un ideal, en la fraternidad sanguínea de los hombres. Son individuos saludables, tanto física como moralmente.

El primer donante era un maestro, un líder de los Pioneros. Era un pedagogo idealista y compasivo que gozaba de gran autoridad entre los niños porque solía donar sangre y todos en el pueblo lo sabían. En un pueblo tan pequeño, todos sabían todo sobre todos. El estilo de vida del líder de los Pioneros estaba dictado por la corrección y una integridad absoluta. Era educado en sus relaciones con los compañeros y servicial con los vecinos. Era una persona honorable en todos los sentidos: un hombre de palabra que siempre cumplía sus promesas, fiable como un reloj, aunque no le faltaba creatividad y poseía un envidiable talento para establecer lazos con sus pupilos más jóvenes. Los niños eran tan inocentes como él, puros en sus pensamientos. Entre los niños, el maestro se mostraba sereno y vivaz como el agua de un manantial. Enseñaba que la meta más elevada de la vida humana es descubrir la verdad y que las cualidades más nobles son el valor y la honestidad. Les inculcaba asimismo un espíritu patriótico, educándolos para la importante misión de ser ciudadanos.

Al enterarse de que iba a donar su sangre a un criminal, el maestro se sintió vacilar. Creía firmemente en la responsabilidad de la sociedad para con todos los individuos, pero creía igual de firmemente en las responsabilidades de cada individuo para con la sociedad. En la armonía de estos dos principios veía el maestro la única posibilidad de realizar los ideales del futuro.

Y ahora se le pedía que le diera su sangre a un hombre que había actuado en contra de todo lo que él había promovido y fomentado en el espíritu de los niños. ¿Debía darle su sangre a un hombre que había despreciado y atentado contra los cimientos legales de la sociedad? ¿Debía darle su sangre a un hombre que no respetaba el trabajo de los demás? ¿Debía darle su sangre a un hombre que había medido con el

sucio dinero el valor de todas las cosas?

¿Había robado? Sí, sí había robado.

¿Había participado en atracos? Sí, lo había hecho.

Entonces el profesor hizo la pregunta más importante:

—¿Es un asesino?

El capitán Pērnavs se vio obligado a responderle que sobre la conciencia de Dindāns (si es que la tenía) pesaba la responsabilidad del destino de Edmunds Bērzs.

—¿Bērzs, el arquitecto?

El profesor conocía algunos de los artículos teóricos que Bērzs había publicado en prensa y había visto algunos edificios diseñados por él.

—¿Así que tengo que darle mi sangre a un asesino?

El maestro se negó a donar sangre para Dindāns. Argumentó que iría en contra de sus principios y se quedaría sin autoridad moral para mirar a los niños a los ojos. Esa era su opinión, su decisión, firme y definitiva.

El otro donante era un hombre sencillo, el tesorero de una cooperativa. Un hombre sano, sin convicciones ni ideales particularmente elevados. Donaba sangre en parte por razones humanitarias y en parte por su propia salud, ya que a veces sufría de hipertensión. El tesorero se mostró dispuesto a donar su sangre para Dindāns, a pesar de que en una ocasión este hubiera atracado una cooperativa en una región vecina. Sin embargo, cuando se enteró de que el maestro, una autoridad incuestionable para él, se había negado a hacerlo, también él comenzó a albergar dudas.

Sabía que los habitantes del pueblo comentarían que había donado su sangre a un asesino. ¿Quién sabía? Hasta podrían empezar a decir que se había convertido en hermano de sangre de un asesino. ¿Debía entregarle su sangre a un criminal? ¿Un hombre que les había robado los ahorros a sus propios compañeros?

«Así que ese es el tipo de hombre al que ayuda nuestro tesorero. A lo mejor también le ayudó a robar la cooperativa… ¿Sí? ¡No me extrañaría! Deberíamos encontrar a un nuevo tesorero», dirían.

El tesorero se imaginaba la voz de su superior: «Unos ladrones robaron el Moskvitch nuevo de mi cuñado en el zoo de Riga. El coche se esfumó mientras él contemplaba los animales. ¿Quién iba a pensar que nuestro tesorero le donaría su sangre a semejante monstruo?».

Sudando profusamente, el tesorero también se negó a hacerlo.

La vida de Dindāns pendía de un hilo: su grupo sanguíneo era poco común. Mientras Strūga intentaba hacer cambiar de opinión a los dos posibles donantes, llegó un policía de la comisaría local asegurando tener el mismo grupo sanguíneo que Dindāns. Él sí estaba dispuesto a donar su sangre.

Los médicos no permitieron que Strūga interrogara a Dindāns hasta el día siguiente.

Strūga le mostró una fotografía de Bērzs.

—¿Es esto cosa tuya?

¿A qué venía aquello? ¡Querían colgarle el muerto a él! ¡Estaban listos! ¡Él, Dindāns, no había matado a aquel hombre!

—No —dijo Dindāns parpadeando.

—¿Dónde está el cuerpo? —insistió Strūga.

Más tarde, Dindāns no acababa de comprender del todo por qué había confesado. ¿Acaso la apisonadora de la vida había aplastado su voluntad? ¿O tal vez se había arrepentido?

No, no era que su naturaleza hubiese cambiado en ese instante. El motivo de su confesión fue el bendito sentimiento de paz y liberación de aquel miedo que lo había acosado sin piedad en los últimos tiempos.

¡Qué deliciosa le resultaba aquella libertad, aquella serenidad! Había experimentado un primer chispazo en el momento en que decidió no rendirse, cuando había luchado, corriendo y disparando en su huida. Sí, la apisonadora había ahogado aquella hermosa sensación durante unas horas, pero ahora sabía cómo recuperar aquel bienestar. Si hacía lo que pensaba, si lo hacía abiertamente, sin esconderse, sin mentirse a sí mismo ni a los demás, lograba entonces alcanzar una maravillosa sensación de paz y equilibrio. El miedo desaparecía.

Ahora sabía que debería haberles dicho a sus dos pasajeros: «Oigan, me da mucho miedo ese paquete. ¿Tienen intención de matarme con un ladrillo envuelto en papel de periódico?».

Y el contenido del paquete habría sido, bien un ladrillo, bien unas simples risas.

Tal vez la vida le hubiera resultado a partir de entonces más fácil y pacífica. Sin embargo, él había decidido que aquello era un ladrillo, sin comprobarlo siquiera. Él solo se había hundido en su propio miedo, hasta ahogarse. Hasta que lo arrolló la apisonadora, como al tipo de su historia. Y ahora entraría en la sala del tribunal por debajo de la puerta, totalmente aplastado.

Pero de esto no se podía culpar al miedo. Dindāns no tenía intención ninguna de cambiar sus ideas sobre la relación de propiedad entre la sociedad y alguien como él. No, mantendría sus convicciones, no se rendiría tan fácilmente. ¿Quién iba a demostrarle lo contrario? Si un hombre no quiere cambiar de opinión por sí mismo, otros no podrán hacerlo por él.

Sin embargo, ahora al fin sabía cómo deshacerse del miedo. El verdadero antídoto era no ocultar su verdad, mostrarse al mundo tal como era.

El único lastre que aún le oprimía el pecho era Bērzs. Y, al

confesar, logró arrojárselo al rostro sereno de Strūga. «¡Que vaya allí, que lo encuentre, que lo descubra todo!». Dindāns no le había puesto la mano encima a Bērzs. El cadáver se habría convertido en cadáver por sí mismo.

—Está en una jaula —susurró Dindāns.

Bajo la mirada fija de Strūga, el lastre fue hundiéndose, dando paso a una curiosidad, una serenidad que lo arrullaba y lo mecía.

— ¿En una jaula? ¿En qué jaula?

Pero Dindāns no fue capaz responder. Había dicho lo principal y no le quedaban fuerzas para detalles nimios. Se sentía inusitadamente ligero por dentro. No era la ligereza de un pájaro, como la que había sentido el día anterior sobre la mesa de operaciones, cuando quería volar hacia el olvido. Era la ligereza del alma humana, la paz del corazón.

Su corazón casi se detuvo de tanta paz.

La sangre vibró en su cabeza con la fuerza de un bosque ¿O quizá la sangre vibró en el bosque? Era posible que en ese instante de ligereza en que su corazón casi se detuvo, Dindāns comprendiera por primera vez lo que le había hecho a Bērzs. Quizá fue este primer chispazo, el vuelo de esta primera golondrina en su conciencia lo que provocó su desmayo repentino. ¿Cómo saberlo? Una golondrina no hace verano. Tal vez fuera solo un instante de debilidad.

Una enfermera se presentó rápidamente con una inyección.

Y así, por el momento, Strūga no logró obtener respuesta a sus preguntas. El doctor le dijo que la vida de Dindāns ya no corría peligro y que al día siguiente, si quería, podría volver para interrogarlo.

La desaparición de Bērzs estaba casi aclarada. Solo quedaba encontrar el cuerpo. Esclarecer las circunstancias de su desaparición. Entregar a Dindāns y a los compradores de los coches robados a los tribunales. Finalizado el juicio, el caso podría archivarse.

«¿Y Bērzs? ¿Llegaré a saber alguna vez cómo fue en realidad?», reflexionó Strūga. «¿Cómo actuó en los últimos momentos de su vida? ¿Era alguien como yo? Todos somos hijos de una sociedad, como las nueces de un nogal. El gusano entra en algunas y devora la nuez, dejando un vacío. El viento derriba algunas antes de que maduren. Las ardillas y los pájaros se comen otras y solo unas pocas logran echar raíces en la tierra fértil. Todos somos tan parecidos y, sin embargo, tan diferentes en nuestro ser. ¿Es ingenuo pensar así a mi edad? ¿Infantil? ¿Sentimental? Tal vez sea un moralista. ¿Y qué hay de malo en ello? A mi edad, es difícil sobrellevar mi profesión sin una buena dosis de integridad moral. Igual que un cocinero no puede prescindir de la sal, un investigador debe ponerle una pizca de integridad moral a la sopa de la vida. De lo contrario, se convierte en un mero barrendero de

calles. Y ya hay máquinas que pueden encargarse de limpiarlas».

Pero su labor no había concluido aún.

¿Una jaula?

¿Por qué una jaula?

¿Y dónde estaba esa jaula?

Se habían cumplido cuarenta días desde la desaparición de Bērzs. Cayeron los copos blancos de las primeras nieves. Suaves y esquivos como el olvido.

V

La visibilidad era casi nula.

El coche avanzaba trabajosamente por la pendiente empinada hendiendo la niebla nocturna con su haz de luz amarillenta.

Sobresaliendo de entre un maremágnum de ramas y hojas, un oscuro tronco de árbol surgió atravesado en la carretera. Edmunds Bērzs levantó el pie del acelerador, pisó el embrague y el freno, tirando fuerte a la vez del freno de mano. El coche se quedó en punto muerto.

Bērzs salió del coche. Sus pies se hundieron en la grava suelta y en ese mismo instante recibió un golpe en la cabeza con algo blando, suave y pesado. Sintió como si la tierra misma se echara a rodar como un enorme balón medicinal y notó en la boca el sabor repulsivo de su propio ácido gástrico.

Recuperó la conciencia en el interior del coche, en el asiento trasero, encajado entre dos hombres. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban viajando ni de dónde estaban. Le pareció que los hombres habían estado hablando entre ellos porque una frase se había alojado en su conciencia como el zumbido de un insistente moscardón: «La vida de los pájaros libres es más breve que la de los pájaros cautivos».

El coche se detuvo. Sin decir palabra, y con evidente destreza, los hombres sacaron a Bērzs del coche. Se resistió, pero no gritó. Más que miedo, sentía sorpresa y rabia. Le dolía la cabeza.

En silencio, actuando con eficiencia, condujeron al rehén a través de una maleza áspera, arrastrándolo por las cuestas y haciéndolo rodar ladera abajo, conduciéndolo a empellones por entre árboles caídos, hasta salir a un lugar menos boscoso.

Cuando llegaron al fondo del barranco, Bērzs se encontró con una jaula.

Su cuerpo rodó hacia adelante, impactando con violencia contra el suelo de cemento. Se incorporó inmediatamente de un salto y se precipitó hacia la salida, pero un cerrojo enorme se cerró delante de él. Los tres hombres desaparecieron entre los arbustos. Bērzs ni siquiera había conseguido entrever sus rostros. Hubo una agitación de ramas en la oscuridad y después solo se oyó la solitaria voz del viento.

«¡Así es como lo hacen!», fue su primer pensamiento. «¡Ladrones de coches!». ¿Ladrones? Sin duda alguna, eran criminales empedernidos y, sin embargo, Bērzs sintió una especie de gratitud hacia ellos. En algún lugar en el fondo de su corazón una voz serena y desapasionada

le dijo: «Podría haber ocurrido. Estuviste muy cerca de lo peor».

Bērzs intentó forzar el cerrojo, pero descubrió que estaba colocado de tal manera que, desde el interior, le era imposible alcanzar el pasador, cubierto por una pieza redonda de acero con bordes curvos.

Examinó la jaula. Era de unos ocho metros por seis y unos dos metros y medio de altura, construida con barrotes de acero. Entre ellos se podía introducir el brazo cómodamente hasta la altura del hombro, pero eso era todo. La jaula en sí estaba fijada a una base de cemento, con los barrotes firmemente incrustados en ella.

Bērzs recorrió la jaula paso a paso. Escudriñó cada palmo del suelo de cemento. Tanteó y tiró de cada barrote, buscando alguna juntura floja, alguna rendija por la que escapar. La examinó también por arriba, comprobando la soldadura de los barrotes por su parte superior.

Todo en vano. Era una construcción sólida, obra de un experto. Una jaula enorme e inquebrantable, una auténtica jaula.

Tras una hora de intentos infructuosos, Bērzs concluyó que no le sería posible escapar por sus propios medios esa misma noche.

En algún momento habían tenido caballos encerrados en aquel lugar. En una de las esquinas había una pila de estiércol, hojas secas del año anterior y restos de paja. Sobre la pila había docenas de setas no comestibles o venenosas. Algunas espigas sueltas se mecían en la brisa nocturna.

Un murmullo metálico resonó a sus pies. Bērzs se agachó y recogió del suelo un trozo de alambre, como de un metro y medio. Sin pensarlo demasiado, lo volvió a tirar. Le dio también una patada a una lata vacía de frutas en almíbar de la marca Bulgarplodexport. En otro rincón de la jaula había un comedero en bastante buen estado, parcialmente lleno de agua de lluvia estancada. Eso era todo.

La luna emergió de entre las nubes. Comenzaron a rutilar las estrellas. La niebla se había dispersado, pero le resultaba imposible ver lo que le rodeaba. Las laderas empinadas y boscosas del barranco lo impedían: por todos y cada uno de los costados de la jaula crecía una espesura de árboles y arbustos. Era extraño. ¿Cómo había llegado la jaula hasta aquel bosque? ¿Quién había construido aquel artefacto tan sólido? Bērzs barajó varias hipótesis, pero ninguna tenía mucho sentido.

Pasó una noche atroz.

Bērzs se echó sobre el cemento tras amontonar las hojas más secas en forma de un pequeño túmulo. Sentía los huesos helados y aplastados contra la dura superficie del cemento. A causa de la gota, los ecos de un dolor agudo le recorrían toda la pierna. Parecía como si alguien hurgara en él con un cuchillo romo, hendiendo y desgarrándole a la altura de la cadera. El dedo gordo del pie le dolía

igual que si se lo hubiera pisado un elefante. Era una tortura física atroz, como si el hueso fuera a astillarse en finísimas lascas.

De otras cosas no se preocupaba en exceso. Pensó que podría salir de allí cuando pudiera examinar detenidamente el mecanismo del cerrojo, a la luz del día. Y, en cualquier caso, sabía que lo encontrarían. Si no mañana, al día siguiente... Quizá, en el peor de los casos, al cabo de unos días. Pasar unos días a solas, alejado del agotador ajetreo de la civilización, le pareció una idea bastante atractiva.

Nunca había imaginado que, a mediados de septiembre, en pleno otoño, aún pudiera haber tantos mosquitos en danza. No podía verlos ni contarlos, pero llegaban en forma de nubecillas oscuras desde la frondosa maleza y se le echaban encima con saña, con un zumbido persistente y dañino.

Bērzs se quitó el impermeable y comenzó a hacerlo girar por encima de su cabeza, a modo de ventilador, en un intento por ahuyentarlos. Aun así, varias decenas consiguieron posarse en su cara, enredarse en el pelo, pegarse a la piel del cuello, meterse por las orejas. Bērzs tenía que aplastárselos sobre el rostro mismo, cayendo los diminutos cuerpecillos negros sobre el cemento.

¡Horrible! ¿Era esto la naturaleza?, ¿así era la soledad? ¿Dónde quedaba la contemplación, el contacto con lo primordial? ¡Uno no hacía más que volverse loco manoteando para ahuyentar los mosquitos después de que unos malditos desconocidos le hubieran robado el coche!

Eso, ¿qué le ocurriría al coche?

No le cabía duda de que tendría que pasar unos días en aquella jaula. Acostumbraba siempre a ponerse en lo peor, por muy halagüeñas que fueran las perspectivas. En los días que tuviera que estar allí, hasta que lograra escapar o fuera descubierto, habría tiempo de sobra para que el coche fuera conducido bien lejos y vendido, e incluso hasta para que volvieran a robarlo y volvieran a venderlo.

Lo del coche no le preocupaba demasiado, tarde o temprano lo recuperaría, pero los mosquitos sí que le preocupaban bastante. Llegaban en enormes hordas zumbonas, malvados, salvajes y hambrientos. Bērzs razonó que no ganaba nada esperando a que amaneciera. Los rayos del sol matutino alumbrarían su cuerpo desecado, sus huesos blancos recubiertos de puro pellejo. La sed de sangre de los mosquitos parecía insaciable.

Con la llegada del alba, Bērzs comenzó a sentir frío. Trató de mantenerse en calor dando saltos y palmeándose vigorosamente los hombros.

Salió el sol, rozando apenas las copas de los árboles. Bērzs calculó que aquellos árboles enormes darían sombra a la jaula incluso durante

el mediodía y que solo por la tarde alcanzarían los rayos del sol hasta donde él se encontraba.

Ahora sí podía inspeccionar con detenimiento cuanto había a su alrededor.

La jaula se encontraba en el fondo de un barranco. Árboles y arbustos crecían en desorden, cubriendo las laderas y el borde mismo del barranco. La tormenta del verano pasado también había hecho estragos en aquel lugar. La ladera norte semejaba una barricada de árboles caídos. Retorcidos y astillados, varios troncos quebrados parecían horadar el azul del cielo.

Hacía por lo menos un par de décadas que nadie había puesto un pie en aquel lugar.

Algo más abajo, hacia el fondo del barranco, borboteaba un manantial. Aunque no podía verse, el lúcido tintineo del agua corriente podía oírse con claridad. Más allá del manantial, el barranco proseguía su caída hasta un barrizal repleto de troncos entreverados de abetos caídos. Ramas muertas y afiladas sobresalían en todas las direcciones, plateadas en la base y ennegrecidas en la punta. Era como un fantasmagórico bosque de metal, derribado por las tormentas y detenido para el resto de la eternidad.

La jaula se encontraba en un terreno bastante plano. A lo largo del flanco sur, justo contra los barrotes, crecía una avellaneda con arbustos grandes y frondosos, llenos aún de racimillos de avellanas maduras.

Bērzs recogió algunas de ellas y las comió con deleite.

La avellaneda se extendía por la ladera del barranco, hasta que el verdor de las hojas iba desapareciendo entre vetustos troncos de abetos majestuosos y pinos pardos, entre el follaje amarillento de los abedules y las solitarias pirámides de los álamos.

El terreno era más húmedo en el flanco septentrional. Por allí crecían mimbreras, alisos delgados y otros arbustos que Bērzs no reconocía. Algo más lejos, por donde se oía el borboteo del manantial, se alzaba la maraña de árboles y ramas barridos desde el norte.

El flanco oeste parecía el más llano, pero la maleza era tan densa que le resultaba imposible ver más allá de un par de metros en el interior de aquella espesura.

Tras unas horas de intentos fallidos de escapar por sus propios medios, Bērzs comenzó a gritar:

—¡Eeei! ¡Ayuda!

Nada. No hubo respuesta. Nadie acudía.

Hacia el mediodía, cuando unas palomas pasaron como un silbido sobre su cabeza, comprendió la gravedad de su situación. Nunca hubiera creído que algo así pudiera ocurrirle. Hasta ayer mismo había sido libre como un pájaro y ahora se encontraba atrapado en una

jaula.

La sed lo atormentaba.

El tentador manantial borboteaba lejos de su alcance. Bērzs miró con asco el líquido viscoso en el comedero. Decidió no beber de él. El hambre le retorcía el estómago. La desesperación fue apoderándose de él a medida que la caída de la noche proyectaba largas sombras distorsionadas.

Sentía la cabeza como aplastada, el pecho oprimido. Las náuseas le subían hasta la garganta. Tenía la boca sequísima, los labios y la lengua hinchados.

De vez en cuando, intentaba gritar con apenas un hilo de voz.

El bosque no podía ser infinito. ¿Qué tamaño podía tener un bosque así? Bērzs no tenía forma de saberlo, pero en algún lugar debía haber alguna granja, algún camino transitado por gente. En otoño, los recolectores de setas andaban por cualquier parte del bosque donde pudieran encontrarlas. Entre el musgo del barranco alcanzaba a ver los lustrosos sombreros marrones de los boletus. No debía obsesionarse con su destino. Debía mantener la convicción firme de que lo encontrarían. Si no mañana, pasado mañana. Y si no pasado mañana, al siguiente. O quizá en una semana. Lo principal era seguir vivo.

El desánimo le hizo marearse. De forma casi involuntaria, se inclinó hacia el comedero y bebió con avidez. Algo se le cerró en el pecho. Vomitó, intentando no ensuciar el comedero. Siguió intentando beber, hasta conseguir por fin tragar el agua.

Al anochecer, Bērzs cayó en un sueño pesado e intranquilo.

Un agua fría le rozó la cara. Se despertó sobresaltado.

Una nube de lluvia atravesaba el bosque arrastrando su barba raída por entre los árboles. El viento gemía tristemente sobre las copas de los pinos, suspiraba entre los abetos de forma ronca y pesada.

Los hilillos de lluvia desaparecían mansamente entre las agujas de pinos y abetos, y tamborileaban nerviosamente sobre las hojas de los abedules, los alisos, los álamos y las mimbreras. Finas vetas de agua corrían por ramas y troncos. El manantial palpitaba.

El agua serpenteaba por los barrotes de la jaula como electricidad por un cable. Finas corrientes, límpidas y retorcidas, fluían a lo largo de las barras de acero, arrastrando consigo rojizas motas de óxido y partículas de minio.

Con el rostro pegado a los barrotes, Bērzs lamió el agua con avidez.

Aquella lluvia lo refrescó enormemente. Sus pensamientos volvieron a fluir de forma lógica y ordenada. Hizo balance de la situación: estaba solo en medio del bosque, encerrado en una jaula. Lo principal, pensó, era no ceder al pánico, concentrar todos sus recursos, toda su fuerza de voluntad. Ya llegaría alguien a rescatarlo o quizá

descubriera por sí mismo la forma de escapar.
Algún buscador de setas, algún recolector de frutos del bosque, alguien pasaría. ¿Pero cuándo?, ¿en qué momento del día podrían aparecer? Tenía que encontrar alguna manera de enviar una señal, tal vez algún sonido característico, como un golpeteo de los barrotes. Aunque, por el momento, tenía que resolver su problema principal, el de la comida y la bebida.
Disponía de su impermeable con forro y, afortunadamente, también de una navaja. Recordó, con un estremecimiento de gratitud, que su madre solía recordarle siempre que un hombre sin navaja no era un hombre. Tenía sus zapatos y su reloj, la ropa y algo de dinero en el bolsillo pequeño del pantalón. Le habían quitado todo lo demás mientras estuvo inconsciente, pero no habían reparado en el dinero del bolsillo. Sonrió. ¿Dinero? ¿Qué iba a hacer con el dinero en la jaula? El dinero no le servía allí para nada. ¿Acaso podía comprar una llave? ¿O una sierra para los barrotes? ¿Comida? ¿Bebida? En la jaula, el dinero no tenía valor ninguno. Solo servía para encender fuego. En el bolsillo del impermeable también encontró unas cerillas. Aunque no era fumador, solía llevarlas consigo. Sin embargo, decidió no sacar el dinero. Cuando saliera, volvería a serle de utilidad. En cualquier caso, después de la lluvia todo estaba mojado y le sería imposible hacer fuego.
El día siguiente fue soleado y seco. Durante la primera mitad de la mañana, Bērzs contempló el vapor ascendiendo tanto de la superficie de la jaula como del bosque, como si fueran un ahumadero. Una delgada filigrana de luz atravesaba la espesura de hojas y ramas. Una niebla ensortijada y translúcida fue alzándose, deslizándose por los troncos de los árboles oscuros, pardos y grises.
Por la mañana, después de comer algunas avellanas, comenzó a cavar una poza. La tierra estaba húmeda a lo largo del flanco norte de la jaula y Bērzs tenía la esperanza de poder procurarse una reserva de agua en aquel lugar. Trabajó toda la mañana, empleando la hoja de su navaja a modo de pico y sus manos como excavadoras. Cuanto más profundizaba, más húmeda salía la tierra. Y para cuando las alas de las palomas revolotearon de nuevo sobre su cabeza, dio la tarea por concluida. La poza estaba dando sus frutos: quizá fuera solo la lluvia de la noche, pero también era posible que el suelo estuviese recorrido por una red de diminutos manantiales. Esperaba que fuera agua subterránea, así no tendría que preocuparse de qué beber en lo sucesivo.
Por el momento, el problema de la sed había dejado de serlo. Pensó que quizá tendría que pasar hasta una semana en la jaula, tal vez dos. Hasta que lo encontraran. Estaba decidido a pasar ese tiempo sin caer en la desesperación, haciendo todo lo posible para que su vida

humilde en aquellas circunstancias difíciles fuera al menos cómoda.

Bērzs cortó unas flexibles ramas de mimbre que pudo alcanzar a través de los barrotes y las fue doblando, entretejiéndolas hasta formar una especie de domo alargado. Era el apartamento más diminuto y práctico del mundo, si es que se le podía llamar así. Entretejió más ramas aún en la parte superior del domo, cerrando el extremo con palitos y hojas prensadas. A continuación, distribuyó más hojas sobre el exterior de la construcción y finalmente lo cubrió todo con el impermeable. El forro de tela escocesa se lo reservó para emplearlo como manta. Solo cuando lloviera de nuevo sabría a ciencia cierta lo efectiva que era su nueva vivienda.

Durante la noche volvió a llover y Bērzs pudo comprobar que aquel abrigadero aguantaba bastante bien. Dormir era lo único que podía hacer en su interior, pero solo eso ya suponía una mejoría importantísima.

Cubrió la superficie bajo el improvisado refugio con trozos de hierba que fue extrayendo con la navaja a lo largo del flanco sur de la jaula. En aquella parte, la hierba estaba alta y seca. Con el trozo largo de alambre, confeccionó un gancho que luego unió a una vareta flexible. Sirviéndose de este gancho, podía atraer hacia sí las ramas de los avellanos. En el caso de ramas más alejadas, intentaba hacer caer los racimillos de avellanas para luego arrastrarlos por la tierra hasta la jaula.

Bērzs logró acumular así una buena cantidad de avellanas. Estaba pensando en hacer más larga su herramienta cuando una ardilla surgió de entre los arbustos. La ardilla se comportaba como si aquel fuera su territorio. Saltaba y correteaba de forma atrevida, de un lado para otro, arrancando las avellanas. Bērzs intentó ahuyentar a su rival con un grito. De entrada, la ardilla se asustó y salió corriendo hacia un pino, emitiendo unos chillidos de enojo. Pero enseguida regresó, consciente de la diferencia entre el peligro aparente y el real. Aquel humano encerrado en la jaula no le suponía amenaza alguna.

Durante los días siguientes, la ardilla se acostumbró por completo a la presencia de Bērzs, dedicándose con tranquilidad a sus labores de recolección.

Bērzs fue recogiendo todas las ramas, palos y ramitas secas que podía alcanzar desde la jaula. Durante unos días pensó en hacer una gran hoguera humeante, echando ramas verdes sobre las secas, y también hojas, pero el fuerte viento en la parte alta del barranco no amainaba y razonó, acertadamente, que este dispersaría el humo sin que nadie alcanzara a verlo.

De entre los tallos de las acederas silvestres logró recoger bastantes palitos secos. Fue comiéndose las hojas tiernas y, con la navaja, cortó los tallos endurecidos en forma de minúsculos leños, de los que pronto

tuvo un montoncito. Más que por su efecto práctico, esta recolección le sirvió para recuperar un poco la moral.

Lo mismo podría decirse de la cazoleta que se fabricó a partir de la lata de conservas. Extrajo dos gruesos terrones de tierra y construyó un hogarcillo entre ellos.

Tumbado en el interior del abrigadero lograba un cierto grado de comodidad. Cubriéndose el rostro con una esquina del impermeable lograba aislarse de los mosquitos y de su zumbido, que, de esta forma, podía incluso resultar agradable. Y si un mosquito lograba colarse, lo aplastaba en cuanto se posaba en su cara o sobre su mano desnuda. Él mismo no tenía qué comer y no estaba dispuesto a dejarse comer.

Esa noche estuvo unas horas sumido en un sueño profundo. En aquellas circunstancias inusitadas, esto podía considerarse un verdadero logro, aunque se hubiese despertado sobresaltado en un par de ocasiones, escudriñando con los ojos muy abiertos los arbustos, la oscuridad. A través de los barrotes de la jaula le llegaba el bufido sombrío del viento.

Había muchísima humedad. Hacía frío. Bērzs se durmió aovillado, pero le despertó el silbido del viento entre los árboles. Volvió a dormirse, y volvió a despertarse, sobrecogido por un ruido inesperado. Al alba, cuando ya salía el sol, logró dormir más profundamente. Se despertó a las ocho, descansado y de buen humor.

¿Debía confiar en su ingenio?

Sí, en aquella situación su vida dependía de lo acertadamente que utilizara su ingenio. ¿Cuántas veces no se le había ocurrido una buena idea y, al compartirla con otros, su idea enseguida había atraído a toda una caterva de buenos consejeros, cada uno con sus opiniones? Y, claro, si les hacía caso a todos...

En situaciones así, nunca se lograba nada.

Bērzs contó las avellanas que había acumulado: trescientas ochenta y dos. «Tengo el desayuno asegurado durante algún tiempo», pensó. Al principio, el hambre le hostigaba constantemente, pero él se mostraba estricto en el racionamiento de sus escasas provisiones. Si comía diez avellanas cada mañana, tendría suficiente para treinta y ocho días. Quizá eso era calcular para demasiado tiempo, pero tenía toda la intención de estar preparado para lo peor.

Bērzs estudió atentamente los grupúsculos de setas que iban creciendo en el túmulo de estiércol de caballo, hojas y paja. Había visto setas comestibles en una exposición, pero sabía que no podía confiar en su memoria. Era capaz de recordar con detalle las fachadas de los edificios, los ritmos de las líneas, las relaciones entre los planos, la masa y el tamaño de los volúmenes, pero las setas como formas arquitectónicas no habían acaparado hasta entonces su atención.

Sabía que los champiñones eran hongos otoñales, pero eran

demasiado parecidos a las matamoscas. No estaba del todo seguro. Examinándolas con detenimiento, le parecía que aquellas podían ser matamoscas, pero quizá solo eran setas vulgares, sin ningún valor alimenticio. Tenían sombreros grandes, algunos más grandes incluso que la palma de su mano. Había algunas que relucían con una tonalidad verdosa, mientras que otras tenían tonos parduscos. Parecían estar cubiertas por una especie de escamas, tenían finas laminillas bajo el sombrero y algo similar a un anillo alrededor del tallo.

Intentó olerlas durante un buen rato, pero eran completamente inodoras. Finalmente, cortó una con cuidado para no estropear las raíces, por si resultaba comestible.

Al partirla en dos, la carne de la seta se volvió rosada. Sabía que los champiñones podían comerse crudos. Pero ¿y si estas resultaban ser algún tipo de seta venenosa?

«¿Me moriré si me como solo un trocito? Lo más seguro es que primero enferme y lo vomite. Si se trata de un champiñón, no pasará nada. Y si es una matamoscas, un trocito no me va a hacer daño. Bueno, ya veremos».

Probó el trozo de seta con la punta de la lengua. El sabor era agradable. Tragó saliva y esperó un poco. No se sentía mal. ¿Debería darle a probar un poco de la seta a la ardilla? Pero la ardilla no se acercaría a una seta que olía a humano. Además, la ardilla no se acercaría a la jaula a comer setas estando todo el bosque lleno. De sabrosos boletus. Tendría que probarla él mismo.

Comió un pequeño trozo. No ocurría nada. Esperó diez minutos. Nada. Se sentía estupendamente. Se comió la seta entera y se acostó con la conciencia tranquila. Si debía morir, al menos sería habiendo comido.

Buena cantidad de aquellas setas resultaron ser comestibles. Fue un golpe de suerte que le hizo sentirse más animado.

A la sombra de los alisos crecía también un espeso tapiz de acedera silvestre. Podía recoger las hojas hasta donde le alcanzaban los brazos al pasarlos a través de los barrotes. Comería un puñado cada día. A ese ritmo, calculó, la acedera le duraría unas dos semanas. Pero debía comer un puñado diario al menos.

Le preocupaba volverse débil y apático.

Se alegró al ver que un par de pedos de lobo comenzaban a crecer junto a los cimientos del flanco sur. Quedaban a su alcance y sabía que, mientras eran pequeños, eran comestibles. Los herviría y se los comería: un pedo de lobo diario para el almuerzo. Sin embargo, la pila de palitroques comenzó a reducirse de forma preocupante, así que decidió hervir agua solo una vez a la semana.

La poza que había excavado albergaba un agua turbia con regusto

a fango y a ranas.

Cada día, alrededor del mediodía, las palomas torcaces sobrevolaban la jaula en su descenso hacia el manantial. Cuando Bērzs permanecía inmóvil, las palomas de color gris azulado solían posarse a descansar sobre los barrotes superiores. Bērzs intentó atrapar alguna en repetidas ocasiones. Extrajo varias hebras de hilo de sus calcetines y, con las fibras sintéticas, trenzó un cordel fino. Confeccionó una trampa de lazo y la colocó en la parte superior de la jaula.

Esperó todo un primer día en vano, contemplando el cielo mientras las palomas pasaban de largo. Pero al día siguiente tuvo suerte: llegaron cuatro palomas y dos de ellas se posaron justo en el interior del lazo.

Bērzs vio que se trataba de una familia de palomas: una hembra, más pequeña que el macho, y dos crías, cuyos colores (el collar azul amapola, las alas azul grisáceo y el pecho gris rojizo) no eran tan vivos como los de los padres. La torcaz más grande observaba fijamente con su ojo amarillento al hombre inmóvil. Sus patas moradas, de garras fuertes, se aferraban a un barrote de la jaula.

Bērzs pegó un tirón del lazo y la hembra quedó atrapada, batiendo las alas contra los barrotes.

Las otras palomas alzaron inmediatamente el vuelo, aterrorizadas, dejando tras de sí un fragor de alas revueltas. En cuanto las torcaces se alejaron de la jaula, el fragor volvió a transformarse en el acostumbrado rumor sereno. En el cielo relumbraban las pequeñas manchas blancas de sus pechos.

Bērzs había considerado incluso la posibilidad de enviar un mensaje con una paloma. Estando inconsciente, los ladrones le habían vaciado los bolsillos y no le habían dejado ni el cuaderno ni los documentos ni bolígrafos ni rotuladores. No tenía ni un buen trozo de papel, aparte de unos cuantos billetes de diez rublos en el bolsillo.

Tenía la esperanza de poder utilizar un carbón para escribir un mensaje de socorro en uno de los billetes, atarlo a la pata de una paloma y soltarla. Pero al intentar escribir con el carbón, la superficie del billete, aun arrugado, repelió el polvillo oscuro. Enseguida descartó la posibilidad de enviar un mensaje.

Como el experimento del carbón y el billete no había dado resultado, intentó hacer pasar al ave por entre los barrotes de la jaula. No fue tarea fácil: la torcaz resultó ser un animal bastante grande. Viéndola batir las alas contra la parte superior de la jaula, Bērzs estimó una envergadura de más de medio metro. Finalmente, consiguió dominar al pájaro y meterlo de costado al interior de la jaula.

Como la paloma no le iba a servir de mensajera, Bērzs le dio muerte. La desplumó y la destripó. No puede decirse que le resultara

una tarea agradable. Él mismo nunca habría imaginado que fuera capaz de matar una paloma, desplumarla y destriparla, pero el hambre, como un prodigioso director de orquesta, fue guiando sus movimientos.

Abrió la molleja por la mitad y extrajo un puñadito de semillas de pinos y abetos. Enjuagó la carne y la hirvió en la cazoleta para su cena. Había limpiado y lavado la lata de frutas en conserva, la había fregado y restregado a fondo, y ahora la empleaba como cazoleta y como plato.

Obtuvo un buen caldo y aunque la carne le quedó un poco cruda, le procuró energía y ánimo para seguir con vida. Empezó a pensar en tender trampas para liebres, aunque desconocía cómo atraerlas hasta los alrededores de la jaula.

Sabía que las liebres chillaban cuando buscaban aparearse, e incluso había oído aquellos chillidos en algún momento de su infancia. Esa noche, tras tender un par de trampas alrededor de la jaula, la pasó chillando como una liebre en celo. Sin embargo, sus llamadas no obtuvieron respuesta.

Tres días más tarde, las palomas torcaces volvieron a posarse sobre la jaula. En esta ocasión, solo los dos pichones. El macho adulto había desaparecido. Bērzs no logró atrapar a ninguno de los dos; el cordel se deslizó hacia el interior de la jaula y los pájaros salieron volando sin reparar apenas en la existencia de la trampa. Pero al día siguiente llegaron tres más y Bērzs volvió a atrapar a una de ellas.

Comenzaba a notarse que había adelgazado y que andaba falto de fuerzas. Dormía bien por la noche. Preparaba comida caliente solo cuando atrapaba a una paloma. Aunque había aprendido a hervir agua empleando muy pocas ramitas, sus provisiones de leña iban disminuyendo. Dividió en cuartos las trece cerillas que le quedaban. Debería haber conseguido así cuarenta y dos cerillas, pero varias de ellas se estropearon, de modo que acabó con veintiocho. Esto aún seguía siendo una buena reserva.

El tiempo, aunque otoñal, se mantuvo templado.

La ardilla visitaba con frecuencia los avellanos, recogiendo los frutos caídos fuera del alcance del hombre. Su pelaje rojizo se deslizaba por entre las ramas como una pequeña llamarada. En ocasiones, la ardilla se acercaba a la jaula y se asentaba sobre sus patas traseras, con una avellana entre las patitas delanteras, contemplando a Bērzs con una mirada lúcida. No le tenía miedo al hombre.

Bērzs pensó que podría hacer amistad con ella, atraerla al interior de la jaula, atraparla y comérsela. No sería ético, claro, comerse a una ardilla amiga, pero su deseo de vivir era más fuerte y sabía que, llegada la ocasión, se la comería sin remordimientos.

La ardilla, sin embargo, era precavida y no se dejaba engatusar.

Bērzs pasaba a menudo buena parte del día tentando a la ardilla con un trozo de seta unido al alambre y colocado justo sobre el lugar donde había extendido su trampa de lazo. Si la ardilla acudía a la seta, caería en la trampa. Pero el bosque estaba a rebosar de setas: los boletus habían desplegado sus grandes paraguas marrones e iban venciéndose lentamente. La ardilla parecía no prestarles ninguna atención a los boletus y mucho menos al trozo de seta sobre la trampa.

Bērzs se impacientaba, maldiciendo a la pequeña bestezuela, renegando en un tono suave para que su voz no delatara lo que decía. No quería asustarla.

Un gorgojo había agujereado algunas avellanas de su reserva. En varias ocasiones, al partir la cáscara con los dientes, Bērzs había acabado con solo un polvillo amargo en la boca. Se vio obligado a reducir la ración de avellanas para sus desayunos.

Comenzó a imaginar que tal vez tuviera que pasar una larga temporada en la jaula. Pensaba con intranquilidad en el invierno, el frío y las ventiscas, y su inquietud no le parecía ridícula en lo más mínimo. Pensar en la muerte sí sería ridículo. No tenía ni idea de cómo se las apañaría para combatir el frío, sin ropa de abrigo y con una dieta tan precaria.

Había cazado cuatro torcaces, aunque habían pasado ya un par de días desde la última. Las aves, bien cebadas con las abundantes semillas del otoño, le habían ayudado a mantener sus fuerzas. Pero ya las había cazado a todas.

En vez de comerse los muslillos, los había puesto a secar. Por las noches, solía chupetear uno de ellos para aliviar el hambre. Calculaba que había perdido unos seis kilos, pero se sentía alerta y animado. Bebía agua con regularidad y, para desayunar, se comía nueve avellanas, maldiciendo siempre al gorgojo. Al mediodía, un puñado de acedera silvestre y una seta. Y para la cena, agua y chupetear un muslillo.

No pasaba, por supuesto, ni un día en que no pensara en cómo escapar. Hizo con el alambre todo tipo de ganchos. Probó a tirar del pasador introduciendo los ganchos por detrás del metal protector. Construyó también complicadísimos avíos llenos de ángulos y curvas para intentar alcanzar el cerrojo oculto tras el metal protector. Todo fue en vano. El maquiavélico constructor del cerrojo había pensado en todas las posibilidades y el pasador era simplemente imposible de alcanzar desde el interior. En un momento dado, Bērzs estuvo a punto de echarse a llorar. La tarea parecía ser sumamente sencilla y, sin embargo, en realidad era completamente imposible.

Bērzs desmontó el comedero y construyó con los tablones una especie de palanca. Para ensamblar las piezas empleó unos clavos

oxidados y unas ramas de mimbre.

Intentó doblar uno de los barrotes. Momentáneamente, pareció que el acero cedería, pero fue un instante de falsa esperanza. En el momento de mayor tensión, los maderos se combaron y el sistema de palanca saltó en pedazos, golpeando a Bērzs con violencia en hombros y piernas.

Aunque había intentado desgastar uno de los barrotes, la hoja de su navaja no tenía la dureza necesaria. Pensó también en picar el cemento de los cimientos, pero no contaba con ninguna herramienta adecuada.

Caviló a conciencia en formas de enviar señales para que alguien que pudiera rescatarlo lo detectara desde la distancia. Erigió sobre la jaula una rama larga y recta con un pañuelo de cuadros en la punta. Consideró que esa señal debía ser visible desde el borde del barranco. «Ahora la jaula tiene su bandera», pensó con tristeza.

Por las noches, al ponerse el sol, reflexionaba acerca de su vida anterior.

Resultaba raro que, a pesar del ayuno forzado, su salud estuviera mejorando. Dormía profundamente por la noche, sin sueños ni pesadillas. Desaparecieron las arritmias que anteriormente había sufrido de vez en cuando. A pesar del poco ejercicio físico que hacía, la gota dejó de atormentarlo. Su vientre funcionaba con regularidad. Se deshacía de sus deyecciones colocándolas en el extremo de un madero y catapultándolas lejos de la jaula.

Ya no sentía en las sienes la presión arterial demasiado alta y, mientras dormía, nunca experimentó aquella especie de caída a un abismo negro, como le había ocurrido en casa por las noches, cuando el corazón parecía vacilar.

Aunque pasaba todo su tiempo sobre el cemento húmedo, no se resfriaba. En casa, había sufrido resfriados crónicos, incluso durante el verano. Y ningún medicamento conseguía aliviarlo.

«A partir de ahora sabré mejor cómo debo vivir», reflexionó. «Nueve avellanas por la mañana, agua, un puñado de acedera salvaje y una seta al mediodía, y un muslo seco de paloma torcaz por la noche».

Sin embargo, Bērzs sufría terribles retortijones al pensar en carnes jugosas, en fruta, en sopa, en filetes, en pollo asado. Se retorcía con aquellas punzadas en el vientre hasta que lograba desterrar de su mente toda imagen de comida del mundo civilizado. Eran recuerdos dolorosos que le provocaban espasmos en la garganta y calambres en el estómago. Debía exorcizar todos aquellos recuerdos fuera de sí.

En ocasiones, razonaba que todas las desgracias del mundo provenían de la costumbre humana de comparar. Si hubiera nacido en la jaula, si hubiera dormido siempre en un angosto refugio hecho de

ramas y se hubiera criado a base de avellanas, acedera silvestre, setas y muslitos de paloma, esta situación le parecería normal: no aspiraría a nada más.

Pero él había vivido una vida diferente y no podía olvidarla. Solo la esperanza de escapar de la jaula, de que la sociedad no le abandonara a la sinrazón de la jaula, solo esta esperanza le proporcionaba fuerzas al atardecer mientras contemplaba las puestas de sol y recordaba su vida anterior.

Durante los primeros días pensó a menudo en lo que podía estar ocurriendo en el mundo exterior. Le inquietaba no poder salir pronto y perderse algún acontecimiento social importante. Pero a medida que fueron transcurriendo los días, uno tras otro, Bērzs fue centrando toda su atención en su vida en la jaula.

Cualquier lógica habitual le resultaba inútil en aquella situación.

Intentó en vano recordar lo que había leído alguna vez acerca del ayuno. Recordaba la irritación con que había descartado los libros que trataban el ayuno como una cura. Recordaba haber abandonado los artículos que describían cómo ayunar durante largos periodos. Era información que ahora sí le vendría muy bien.

Por el momento, aún tenía algunas provisiones, si es que se podían llamar así. Pero pronto desaparecerían. Le parecía increíble que fuera posible sobrevivir con una dieta como aquella. Sin embargo, estaba vivo. Como no tenía otra opción, tenía que seguir viviendo. Le pareció que aquel hecho era un verdadero prodigio en sí: a falta de otra opción, debía vivir.

Al principio, se sintió apenado por la pérdida del coche. Su mujer y él habían ahorrado durante años, se habían privado de entretenimientos, se habían resistido a innumerables tentaciones y, ahora que por fin habían conseguido hacerse con el coche, hacía apenas un año, era otro quien se encontraba al volante mientras él seguía atrapado en aquella jaula.

A decir verdad, no era capaz de llegar a una conclusión clara con respecto al coche y a su relación con él. A veces sentía que robarle el coche a alguien era una injusticia enorme. Sin embargo, otras veces consideraba que era una simple nadería y que el coche era en realidad un objeto que no le importaba un bledo.

«Qué bien viviría afuera», pensó tumbado de espaldas, mirando al cielo estrellado. «Cómo disfrutaría de la vida, aunque fuera un pobretón. Y qué maravillosa es la vida en realidad».

En el mundo de fuera de la jaula, aquellas palabras sonarían a tópico hueco.

Con el paso del tiempo, los sucesos del exterior fueron ocupando sus pensamientos cada vez con menor frecuencia, hasta que un día se dio cuenta de que le resultaban indiferentes.

Un abejorro tardío sobrevoló la jaula zumbando sonoramente, aunque quizá fuera un avispón o algún escarabajo. ¿Habría miel? La miel debía de estar muy lejos.

Bērzs no se sentía decepcionado por la vida. Siempre había tenido presente que nadie le regalaría nada. Le habían enseñado que el pan de cada día debía ganárselo con el sudor de su frente.

No era alguien dado a las ilusiones fáciles: sabía que no alcanzaría grandes logros, pero sí sus propios logros. Entendía que no había ninguna suerte extraordinaria que fuera a recaer sobre él, que solo contaba con la suya, la simple suerte ordinaria de poder trabajar, de ver sus imaginaciones transformados en una armonía de masas y líneas, de ver sus ideas convertidas en edificios.

De vez en cuando, las palabras «tengo que trabajar, tengo que trabajar» ardían en su cabeza. «Mi tiempo discurre más allá de los barrotes como un arroyuelo seco y mi barco está varado en un banco de arena». El tiempo fluía, todo un río de tiempo fluía en el bosque del tiempo que lo rodeaba. Sin embargo, a él, atrapado en la jaula, aquel caudal le estaba vedado.

—¡Malditos sean quienes me han metido aquí! —gritó a plena voz.

Berzs escuchó al bosque absorber el eco de sus palabras.

—¡Ojalá me hubieran matado! —tuvo que gritar de nuevo. De lo contrario, la rabia lo habría ahogado. Ya no podía seguir en silencio.

«Mira por dónde», observó para sí, «yo que creía que sabía controlarme».

Bērzs comenzó a reflexionar sobre su propia conducta y tuvo que confesarse que aún se hacía bastantes ilusiones sobre sí mismo. ¿Autocontrol? Por supuesto, siempre dentro de lo razonable. Pero cuando la ira se volvía incontenible, tenía que desahogarse, aunque fuera contra aquel bosque mudo.

¿Y si el bosque no era mudo y era Berzs quien, simplemente, no entendía su respuesta?

¿Era posible que hubiera alguien en el bosque, observándolo en la jaula, acechando su agonía?

Estar encerrado allí le resultaba particularmente difícil porque carecía de todos los bienes materiales que le habían pertenecido en el exterior. En cualquier caso, le habrían sido completamente inútiles. ¿Qué iba a hacer con un coche si no había carretera? ¿Qué iba a hacer con un frigorífico si no había comida? ¿Qué iba a hacer con un equipo de música si no había electricidad?

Para lo único que Bērzs tenía verdadero talento en el mundo exterior era para su trabajo. Y allí dentro no podía dedicarse a ello. Nadie podía arrebatarle la posibilidad de construir en su imaginación, claro, pero no sería capaz de calcular los detalles técnicos sin disponer de papel ni mesa de dibujo ni lápices ni tinta china ni aritmómetro ni

máquina calculadora.

Descubrió que cuando no había ningún otro trabajo, mantenerse vivo era un trabajo por sí mismo. El trabajo más importante e indispensable en aquel momento era vivir. Al darse cuenta de esto, sintió una oleada de energía renovada, un sentimiento de valentía y esperanza (en la medida en que estos eran posibles en la jaula) y resolvió firmemente aguantar hasta el final.

No cedería ante la jaula. Sabía que nadie lo observaba desde el bosque. Solo el bosque lo contemplaba con ojos ciegos. Solo la jaula lo observaba. La jaula continuaba al acecho de su agonía.

«Ahora veremos de qué pasta estoy hecho, cuál es mi verdadero valor». Y entonces comenzó a monologar con la jaula.

Al principio fueron palabras llenas de odio y resentimiento.

—¡Maldita jaula, estúpido criminal de acero! Has atrapado al aire libre entre tus tripas de metal. Me tienes aprisionado con tus tentáculos indestructibles. Has detenido mi marcha. ¿Sonríes con el gesto burlón del vencedor?

»El cielo azul relumbra a través de tus barrotes como el paladar del mundo a través de los dientes de la eternidad.

»¿Adónde me has arrojado?

»¿A la boca del tiempo? ¿A un reloj de arena?

»¿Acaso soy una espiga atrapada en una trilladora y mi grano terminará en tu granero?

»Un puñado de pinillos pegajosos me aprisionan. ¡Sí, jaula inmunda, tienes mi alma atrapada en el nudo fuerte de tu abrazo, pero igualmente venceré! Has entreverado tus barrotes con mi cuerpo, pero nunca lograrás introducirlos en mi cabeza. Ahí reside mi fuerza y tu debilidad. Mis pensamientos son libres como pájaros.

»No importará si muero. Saldré volando en forma de polvo a través de tus barrotes, seré libre en el origen de los átomos, mientras que tú, jaula, te oxidarás y te derrumbarás, porque ninguna jaula ha sido eterna. Solo nosotros, los hombres, somos eternos».

Sus palabras contenían, en realidad, mucho de humor negro. Bērzs esperaba no llegar a tal extremo. Confiaba en que quienes lo estuvieran buscando lograrían abrirse paso hasta él a través de la oscuridad del tiempo. Confiaba en que sus rescatadores iban acercándose a él a través de los barrotes de los días. Confiaba en que la sociedad no lo abandonaría: tenía fe en la gente que vivía en sus edificios y esta fe le proporcionaba fuerzas.

En su vida anterior había sufrido frecuentes dolores de muelas. Ahora esperaba con aprensión el momento en que empezaran a dolerle de nuevo. Por fortuna, aquel momento no llegaba. ¿Qué haría allí dentro con un dolor de muelas? Sería algo más insoportable que la jaula misma.

Pero ¿y si era al revés?

Al igual que el dolor de muelas, la jaula era un recordatorio constante de su vida, de su existencia. ¿O quizá de la brevedad de la vida? Y, al mismo tiempo, un recordatorio también de la eternidad de la vida y de la singularidad de la vida porque nunca tendría otra. Ni la tenía ahora ni la tendría jamás.

Bērzs se reía a menudo de la jaula. Era esclavo de la jaula, su siervo, pero la jaula misma era impotente frente a la multitud de personas libres en el mundo.

Si la jaula le permitía procurarse un mínimo de sustento y de calor, así como un resguardo donde dormir, entonces sí era posible vivir relativamente bien en su interior.

Bērzs no cesaba de darle vueltas, una y otra vez, a una misma idea: todas las desgracias provenían de las comparaciones. Si hubiese nacido en una jaula, ¿no le parecería que era el único lugar adecuado para la vida de un hombre? ¿No supondría entonces que el suelo de cemento y los gruesos barrotes eran el marco natural del mundo?

Además, las condiciones de vida en la jaula eran saludables. En aquel entorno limpio y alejado de los vicios de la civilización, se respiraba el aire puro de la naturaleza. A Bērzs le aterrorizaba contemplar en ocasiones que pudiera haber nacido y crecido en la jaula. ¿Qué habría sido de él entonces, en qué clase de criatura muda se habría convertido, conocedor solo del miedo, la angustia del sustento, los placeres corporales, la tortura del hambre? Cualquier otra cosa le habría sido ajena, tan remota como el arco iris sobre el bosque.

«El hombre no debe buscar consuelo en el interior de la jaula. Al fin y al cabo, una jaula no es más que una jaula», reflexionó. «No importa si se nace en ella o se llega a ella forzado por las circunstancias. Una jaula no cambia. Una jaula no puede justificarse. Uno no debe imaginar circunstancias atenuantes para la jaula. Solo debe vivir en su interior, sin intentar siquiera comunicarse con ella. Vivir tanto tiempo como sea posible. Aunque sea obvio que sus barrotes son más resistentes que la vida de una sola persona. Más duraderos».

Cuando Bērzs hizo examen de su vida en el exterior, llegó a la conclusión de que había vivido a menudo de acuerdo con la voluntad y los consejos de otras personas. No había hecho más que dar vueltas como una cobaya en su noria En multitud de ocasiones había actuado siguiendo su propensión a imitar a sus semejantes, no por verdadera necesidad.

Había adquirido bienes materiales solo porque sus compañeros ya los poseían. Y él no quería ser menos. Por suerte, eran objetos necesarios, ya que sus compañeros solían llevar vidas razonables. Bērzs concluyó que en su otra vida se había guiado casi siempre por

fórmulas y estereotipos prestablecidos, en detrimento de sus propias ideas.

Al amueblar su apartamento, había pensado: «El camarada Novadnieks ya tiene esto, y Antlāvs también, así que ¿por qué no puedo yo tener lo mismo?». Es más, al llevar a cabo aquella tarea, había intentado superar a sus subordinados e imitar a sus superiores.

Hasta hace poco tiempo solo iba a visitar a sus padres en ocasiones contadas. Pero después se puso de moda tener una casa de campo. Casi todos sus compañeros tenían una casa de campo bastante presentable, así que Bērzs empezó a visitar más frecuentemente a sus padres. Convirtió el ático en una especie de sala de estar e incluso hizo ahondar un extremo del estanque para que se pudiera nadar en él.

Tenía también planeado construir una pista de tenis porque un escritor amigo suyo le había convencido de que una pista de tenis era indispensable en una casa de campo. Y así con todo. Había vivido sin hacer suficiente caso a sus propias ideas, sin seguir sus propias convicciones.

Después de haber pasado tanto tiempo en sociedad, Bērzs había comprendido que decir lo que pensaba podía suponer en ocasiones una importante desventaja, algo que podía tener efectos totalmente inesperados: podía volverse contra uno, como un bumerán, y hacer añicos la tranquilidad de quien hubiera dicho su verdad.

La sociedad ya había encontrado respuesta a todas las preguntas y uno no debía intentar encontrar nuevas respuestas, ya que estas solo podían alterar el equilibrio establecido a lo largo de los años. Y nada bueno podía resultar de alterar aquel equilibrio. Uno debía limitarse a interesarse por cuestiones estrictamente profesionales, invertir en ellas la energía y riqueza de las ideas propias. A cualquier otra pregunta, bastaba con respuestas trilladas y uniformes. Era la mejor forma de asegurarse el éxito y evitar el fracaso. También resultaba mucho más fácil y sencillo vivir así, sin desperdiciar energía de forma innecesaria, teniendo tiempo para los placeres y el esparcimiento. Viviendo de aquella manera, Bērzs jamás se había granjeado un enemigo y los amigos habían ido apareciendo por sí solos.

En el interior de la jaula, aquella forma de conducirse por la vida resultaba inservible. Uno debía encontrar una respuesta apropiada a cada pregunta, encontrar soluciones nuevas para cada problema. Cada día traía consigo nuevos problemas y todos estaban relacionados con el sustento, la supervivencia y la fuerza de voluntad.

No había más cuestión que una, la fundamental: vivir o morir. En el exterior aquello podía resultar ridículo y antinatural, exagerado, artificial. Pero en el interior de la jaula aquella cuestión prevalecía sobre cualquier otra.

A veces Bērzs sentía verdaderas ganas de no hacer nada.

Estaba harto de pasar hambre y de llevar una existencia lamentable. Al pensar en la palabra «lamentable», se incorporó de un salto, comenzó a deambular por la jaula y a hablar consigo mismo en voz alta:

—¿Cómo puedes llamar «lamentable» a algo que se te ha dado una sola vez y que es irrepetible?

La voz de Bērzs resonaba con indignación. Su rostro enrojeció y su apatía se disolvió como si nunca hubiera existido.

—Ya veremos, ya veremos —continuó—. ¡Te sobreviviré, viviré hasta el final! Viviré también mi muerte. Esta vida es maravillosa, ¡no puedo quejarme de nada!

«Sí, tendré que pasar un tiempo en esta jaula, hasta que me encuentren», reflexionó para sí. «Si solo me centro en lo negativo, la vida se me volverá insoportable. Con eso no ganaré nada».

Bērzs se estiró, satisfecho.

El sol otoñal brillaba entre los árboles, sin calentar apenas. Al menos no había moscas, mosquitos ni tábanos. No tenía que preocuparse por sufrir una insolación. El sol brillaba sobre el bosque, sobre la jaula.

—¡Qué maravillosa es esta jaula! —exclamó—. ¡Qué espléndida es la vida en la jaula!

Quedó un momento en silencio. La jaula no respondió.

Bērzs volvió a alzar la voz:

—Hoy no tengo que ir a ninguna parte. Puedo pasarme aquí todo el día. ¿No es esto con lo que había soñado en el mundo exterior? Ahora vivo sin preocupaciones. Esta jaula es como un balneario particular.

»¿Quién va a reclamarme algo aquí? ¿Quién va a negarse a firmar una solicitud? ¿Quién se atreverá a decirme cómo debo construir una casa, qué tipo de fachada debe tener y qué materiales debo emplear?

»La jaula es mi único amigo.

»La jaula es el paraíso de cualquier aficionado: en la jaula soy el único arquitecto, el único especialista, y nadie puede juzgar el grado de mis conocimientos. Soy insustituible e impagable porque la jaula no puede sustituirme ni pagarme.

»Soy la autoridad indiscutible de la jaula, elegido por unanimidad. Porque mi voto es en realidad el único. Y tengo potestad para decidir el destino de mis subordinados porque también soy yo el único subordinado. Es una situación ideal, cuando los intereses del de arriba coinciden con los intereses del de abajo. Así que, ¿vivir o morir? Acepto la decisión unánime: ¡vivir! Nadie me impide hacer lo contrario. La unanimidad es evidente.

A Bērzs se le ocurrió entonces otra forma de resistirse a la jaula.

—¿Sabes?, jaula —dijo de repente—, me gusta tanto vivir aquí que he decidido quedarme para siempre. Ni siquiera me planteo salir. Sí, ni lo pienses siquiera. No te creas que puedes echarme fuera, no esperes deshacerte de mí. A mí nunca me ha sacado nadie de una jaula.

—¿Qué? —respondió la Jaula desconcertada.

—¡Ajá, mira por dónde! Sabía que no te gustaría, pero no hay nada que hacer. ¿Creías que quería escaparme por entre los barrotes? En absoluto. Ni se me ha pasado esa idea por la cabeza. Aquí me quedo y no hay nada que puedas hacerme con todos tus barrotes de acero. Es así de simple: no pienso irme.

—¿Qué? ¿Que no quieres irte? —la Jaula seguía desconcertada—. ¡Lo que pasa es que no puedes!

—¿Que no puedo? —respondió Bērzs—. Puedo hacer lo que quiera. Y lo que quiero es fastidiarte, así que me quedo.

Bērzs disfrutó con la confusión momentánea de la jaula, que no había sospechado su estratagema, aquella vuelta a la tortilla. Pero entonces la jaula se repuso y también ella rio de buena gana. El cielo azul brillaba entre sus barrotes como el suave paladar del mundo.

¿Cuánto tiempo lograría Bērzs animarse a sí mismo de aquella manera? En cualquier caso, era bueno que conservara su sentido del humor en vez de desesperarse y ponerse a maldecir a la jaula como el día anterior. Aquello solo había servido para amargarle el día. Porque la jaula era incapaz de sentir nada.

A la jaula simplemente no podían importarle sus imprecaciones. Era incapaz de sentir culpa porque carecía de conciencia. Estaba más allá de la esfera de los sentimientos; eran realidades que le resultaban del todo ajenas. Era imposible comunicarse con ella. Solo cabía resignarse a su presencia. Enfurecerse contra la jaula resultaba completamente inútil. Bērzs podía darse de cabezazos contra los barrotes de acero si quería, pero todo quedaría en eso.

Esperaba que lo encontraran, aunque cada vez le resultaba más difícil mantener la esperanza.

«¿Y si no me encuentran?».

Una hora más tarde, durante la puesta de sol, se sentó con la cabeza apoyada en los barrotes. «¿Y si quienes me buscan han perdido la esperanza? ¿Y si la suerte me ha abandonado? ¿Y si estoy condenado a permanecer en esta jaula de por vida, eternamente? Entonces mi única esperanza es el tiempo. Tendré que aguardar la llegada de la nieve, la lluvia, el sol, poner mis esperanzas en el óxido. Un día el óxido conquistará a esta maldita jaula.

»El tiempo está de mi parte, corre a mi favor, pero en realidad no me sirve de nada porque avanzamos hacia nuestros fines respectivos a velocidades totalmente diferentes. La jaula se arrastra hacia su

desaparición al paso casi imperceptible de un caracol. Y yo vuelo como un pájaro. Y en ese breve momento en que sobrevuelo la concha del caracol, en ese preciso instante tiene lugar mi tragedia».

¿Era aquello una tragedia y él un actor en sandalias? ¿Habrían adquirido algún sentido las antiguas palabras en aquel escenario entre rejas? ¿Máscaras? ¿Representaciones? ¡Tonterías!

«Pero igual soy el rehén de estas tonterías y ni empleando todos mis conocimientos soy capaz de abrir la puerta de esta jaula. Algún malnacido, empleando toda su inteligencia, ha inventado una cerradura endiablada, imposible de abrir desde dentro. No tengo ninguna herramienta a mi disposición, ni una palanca con la que forzar los barrotes. Las únicas herramientas de las que dispongo son mi vida y mi fuerza de voluntad.

»Soy, a la vez, el zar y el vasallo de la jaula. Soy tanto el ciudadano de a pie como el presidente de la jaula.

»¡Ríe, payaso, porque reírte sí que te está permitido!.

»Quien es fuerte, rompe los barrotes. Quien carece de fuerza, bromea sobre los barrotes. Quien es fuerte, destruye la jaula. Quien carece de fuerza, inventa una filosofía de la jaula porque esa resulta la única manera de sobrevivir en ella.

»¿Necesito leyes si estoy solo? ¿Necesito la moral si estoy solo? ¿Necesito la ética si estoy solo? ¿Y necesito mi propio yo si estoy solo?

»¡Daría cualquier cosa por tener siquiera cinco minutos de conversación con el tonto más tonto del mundo! Un ser humano a solas no es nada, solo el contacto con los hombres lo convierte en ser humano. Es una perogrullada, algo que sabía desde hace tiempo. Cuando estaba afuera, solía ser reacio al contacto con los otros, pero ahora que estoy encerrado siento deseos de llamarlos a gritos.

»Soy mi propio amo, mi propio esclavo. Mi propio juez y mi propio verdugo. Sí, puedo buscar consuelo en juegos de palabras, mi propia soga y mi propio patíbulo, pero no puedo ser yo mismo sin el resto de los hombres.

»Quizá debería tener motivos para alegrarme. Al fin y al cabo, nadie me recuerda cada mañana que tengo que afeitarme, cepillarme los dientes o darme una ducha. Por las noches, nadie me lleva de la oreja hasta el baño para obligarme a que me lave los pies. No tengo que ahorrar dinero para comida, gasolina o las fundas de los asientos del coche. No tengo que pagar el gas, el alquiler, la electricidad, ni los medicamentos. He alcanzado un ideal de frugalidad y vivo bien con muy poco.

»Soy el poseedor de la construcción más espléndida del mundo, esta jaula, donde finalmente es posible la tan ansiada intimidad con la naturaleza. La naturaleza se encuentra aquí adentro, forma parte del interior. Así es como debe ser, es lo que yo siempre decía. Y estoy

seguro de que si todo sigue como hasta ahora y nadie me encuentra pronto (estoy siempre preparado para lo peor), yo mismo me convertiré en parte de la naturaleza, avanzando así hacia una unidad armónica superior.

»Alcanzaré la felicidad más plena, libre de toda preocupación, incluso la preocupación por mi vida.

»Por el momento aún respiro y mi cuerpo sigue cumpliendo con sus funciones naturales, aunque tenga el vientre completamente vacío. Debo seguir comiendo, bebiendo agua, mordisqueando las avellanas que me quedan, un menú propio de gourmets, aunque por desgracia las setas se han acabado.

»¡Excelentísima Jaula, permítame continuar con mis escuetas inquietudes, es todo lo que pido! ¡Solo eso!.

»¡Cómo me gustaría escuchar la voz de Edīte:

"¡Venga, andando, a la ducha!"."Necesitamos una alfombra nueva, la vieja está muy estropeada". "¿Dónde estás, oh general, que no rescatas a tu hermano en cautiverio?".

»Qué bien que todavía me tengo a mí mismo y puedo darme conversación de vez en cuando. Puedo seguir creyendo que aún me quedan luces, que no me he vuelto loco en estas semanas.

»¿Y si la jaula es una forma sutil de locura?».

Bērzs deambuló por la jaula, golpeteando los barrotes con una ramita. Los barrotes resonaban. Eran reales. Resistentes. La jaula era la encarnación de la fuerza bruta.

«En estos momentos, me encantaría tomarme una copita de brandy», pensó Bērzs. «Es raro, cuando estaba fuera, preocupado por los ataques de gota, apenas lo probaba. Me trataba a mí mismo como un inquisidor. Un verdadero sádico en lo tocante a cualquier deseo. ¡Un régimen de vida estricto y a dieta! ¡Y mírame ahora! ¿De qué me sirve aquí, encerrado en la jaula? Es hasta un poco aburrido esto de vivir sin gota».

En efecto, últimamente no había sufrido ningún ataque de gota. En cambio, sentía un dolor en el pecho. Seguramente había cogido frío por la noche, durmiendo al raso, cubierto solo por hojas.

Afuera, había sufrido frecuentes de dolores de cabeza, probablemente a causa de la hipertensión. Ahora ya nunca los tenía. «Será porque no he leído ni una sola página. No he abierto un libro, ni un periódico, ni una revista. Es algo que me ha dado mucha tranquilidad».

Su vista era excelente. Veía con una claridad inusitada, incluso las piñas menudas de los abetos, las ramitas y las hojas más lejanas. En el exterior, solía necesitar gafas de graduación ligera. Se habrían quedado tiradas en el lugar donde se desplomó tras recibir del golpe.

El agua, que en los primeros días le había parecido tan turbia, con

gusto a cieno y a ranas, ahora le resultaba sabrosísima. Le encantaba beberla y la consideraba un verdadero bálsamo contra la sed, una ayuda indispensable para la vida.

«Uno puede acostumbrarse a todo. Solo tengo que intentar no acordarme de cuando podía beber del grifo el agua cristalina de Baltezers. Si lo consigo, todo irá bien. Recuerdos de ese tipo son como arena en los ojos.

»Solo me queda una única esperanza, inmensa e inalterable, la esperanza largamente acariciada de que alguien me encuentre, de escapar con vida del tierno abrazo de acero de esta jaula.

»La fruta madura cae del árbol. Todo asciende hasta su cénit y luego desciende hacia su ocaso. Quizá yo haya alcanzado mi cénit a los treinta y cinco años. Quizá deba descender hacia mi ocaso en el interior de esta jaula, lejos de las miradas de la gente.

»Tal vez ya no esté destinado a descubrir nada nuevo. Tal vez haya agotado mis posibilidades y consumido mi talento, esparciéndolo en fragmentos nimios, ladrillo a ladrillo. Tal vez a ojos de los demás yo solo sea esa agua turbia de mi poza, que a mí me parece sabrosa y potable porque no tengo otra, mientras que para ellos no es más que un caldo cenagoso con regusto a ranas.

»¿Quién podría darme una respuesta?».

La jaula guarda un silencio absoluto.

«Yo, solo yo puedo darme respuestas. Antes no dudaba de mí mismo, no entretenía la idea de alcanzar un cénit, y es únicamente gracias a la jaula que mis pensamientos han llegado a tomar su forma actual.

»Creo que ahora sabría cómo trabajar mejor. Y lo haría. Podría hacerlo. Tendría energía y fuerza de voluntad de sobra. Dejaría atrás la impetuosidad juvenil, actuaría con más sentido común. Debería estarle agradecido a la jaula por haberme permitido comprender esto, aunque dudo que llegue a saborear sus frutos.

»¿Debería elegir el camino más difícil?.

»No, eso no es más que una estupidez en boca de quienes nunca han elegido ningún camino, quienes han ido siempre subidos a las espaldas de otros. Si no hubiera elegido la arquitectura (que era mi camino más fácil, la dirección de menor resistencia, porque mis dones naturales se correspondían con las exigencias del trabajo), ¿acaso habría conseguido algo? ¡No, no y mil veces no!

»Lo más difícil para mí habría sido componer música, porque carezco de oído musical. No tengo ese talento. Pero para alguien con talento musical, ese sería su camino más fácil.

»¿Debería elegir el camino más fácil?

»No creo que haya un camino más fácil o más difícil. Uno debe elegir un único camino. Debe encontrarlo. Y ese camino único será

tanto el más fácil como el más difícil. No hay otra solución posible.

»Si encontrara la manera de salir de la jaula, el camino al exterior, sería el hombre más feliz de la tierra. Pero no puedo. Es el único camino que me está vedado. Eso es lo peor, lo más atroz de esta jaula.

»Hay gente que anda por el mundo con sus jaulas, llevando sus barrotes a cuestas, sus setas y sus avellanas, sus trampas para palomas, su paja podrida y su estiércol de caballo, que cargan con su montón de hojas secas y su viejo comedero. Jaulas que invitan gustosamente a otras personas y las atrapan en su interior, teniéndolas cautivas durante años.

»Hay jaulas de lujo, con ropa elegante, coches, equipos de música, casas estupendas, alfombras gruesas y sofás mullidos.

»Hay jaulas menesterosas, con ropas remendadas, muebles ajados, apartamentos comunales y televisorcillos minúsculos.

»Hay jaulas de odio negro, jaulas de amor carmesí, jaulas de dolor blanco, jaulas de pasión púrpura, jaulas incoloras de vida y muerte, jaulas de envidia amarilla… Y si tú, mi semejante, si tú mismo vives en una jaula, podrías prolongar esta lista hasta el infinito.

»El único camino, el más fácil y, al mismo tiempo, el más difícil, es el que conduce al exterior de la jaula.

»Con la suavidad de su cemento, la jaula se enrosca entre los pies como una serpiente venenosa. Quien logre escapar, colgará la piel escamosa de la serpiente como un trofeo en su despacho, pero el veneno de la jaula seguirá emponzoñándole el corazón.

»¡Qué afortunado soy de haber escapado a ese destino en el exterior!».

Las noches se volvieron más despejadas. El cielo aparecía más alto y nítido. En las jaulas de las estrellas brillaba otro mundo, colmado de luz blanca.

En esos momentos, Bērzs recordaba a Edīte: «Sé que vendrás, amor mío, con pasos silenciosos sobre la tierra helada, con pies cálidos sobre el azúcar de la escarcha, vendrás a mí con paso dulce, con el cabello azul de la noche ondeando al viento, con manos blancas y estrelladas vendrás a mí.

»Por la noche, la hoja de un árbol cae sobre la escarcha, cae en las manos blancas y estrelladas. Cae durante una eternidad.

»Quizá haya hojas que caigan solo durante media eternidad, un cuarto de eternidad, un fragmento de eternidad… A menudo me despierto sobresaltado en mi guarida y contemplo la noche. Aguardo tu llegada, escruto la oscuridad con la mirada llena de esperanza, pero solo veo la hoja, congelada ya, cayendo del árbol durante media eternidad.

»Te espero, inmóvil, y la hoja espera conmigo durante esa media eternidad. Igual que la hoja se aferra a lo eterno, mi esperanza se

aferra al aire de la noche, cuando la blanca luz otoñal brilla a través de la jaula del cielo y las gentes creen ser estrellas, gentes que no han conocido la jaula y cuyos amantes yacen siempre a su lado, con un brazo cálido descansando sobre sus pechos.

»Sobre mi pecho descansa el brazo de la esperanza.

»¿Cómo era su rostro?, ¿cómo era Edīte? ¿Estoy empezando a olvidarla? Tenía las manos grandes, con dedos finos y alargados. La piel, muy clara. Tenía una marca de nacimiento en la parte superior del brazo. Se veía cuando llevaba vestidos de manga corta. Los vestidos negros le quedaban especialmente bien, resaltaban la blancura y la suavidad de su piel».

Edīte tenía una habilidad especial para adelgazar rápidamente. Los hombros le despuntaban angulosos y los omóplatos le sobresalían. Pero podía, igual de rápido, si no exactamente engordar, sí transformar su figura hasta verse totalmente diferente, con hombros y brazos revestidos de una agradable redondez y una suave curvatura de la espalda. Su boca, que resultaba excesiva sobre su rostro delgado, adquiría una apariencia normal. Y la nariz griega, una nariz de gusto clásico, dejaba de parecer puntiaguda. Una semana podía tener un aspecto juvenil, delgada y traviesa, y a la siguiente era la imagen de una femineidad curvilínea, con labios rojos y mejillas sonrosadas.

Recordada desde la jaula, Edīte volvía a ser misteriosamente bella ante los ojos de Edmunds. Encerrado allí, sus recuerdos adquirían nuevas formas y dimensiones. Eran recuerdos sin rencillas, ni grandes ni pequeñas, y Edmunds pudo rememorar algo que había olvidado hacía tiempo. Recordó el comienzo de su amor.

«Hace nueve años, a finales del verano, acompañé a Edīte a la casa de campo donde vivía con sus padres. Yo era, en todos los sentidos, un tipo vivaz y sensato, pero cuando estaba con ella solía quedarme confundido y sin palabras. Me daba vergüenza hablarle. En cierto momento, se me embotaron los sentidos, se encogieron en las profundidades de mi cráneo como el cadáver momificado de un pajarillo, y solo entonces comprendí lo que significaba "perder el sentido" por amor. El amor afectó a mi cerebro como una descarga eléctrica. Algo animal despertó en mí. Contemplé a Edīte con una mirada llena de deseo, me quedé en blanco, con un gesto acartonado. Ahora, recordando esto con la distancia de los años y a través de los barrotes de la jaula, no me encuentro especialmente atractivo en mi papel de enamorado.

»A Edīte, claro, no le gustaba mi idea primitiva del amor. Era una mujer joven, de veintiún años recién cumplidos, y esperaba de mí palabras tiernas y conversaciones vivificantes, encontrar la armonía de las almas. A veces sucedía que, después de haberla acompañado hasta su casa, tenía la sensación de estar despidiéndome de una muñeca

altiva y muda. También aquella tarde en particular se despidió de mí con aires de superioridad y el ceño fruncido, y hasta hoy aún no sé de qué manera pude haberla ofendido.

»Me quedé a solas. Mi reloj marcaba las diez y media. Permanecí en la linde del bosque, bajo los pinos, contemplando la luz en la ventana de su habitación. Era un fulgor continuo. Seguí allí hasta quedarme helado. La tierra era blanda bajo los árboles y estaba cubierta de agujas de pino descompuestas. Seguí allí, hundiéndome en aquella masa mullida que me llegaba a los tobillos. Pensé que para cuando llegara la mañana me habría hundido hasta la cintura. Su luz seguía encendida. Comenzó a llover. Al principio era una llovizna cálida y suave, y luego devino cada vez más fría y cortante, más brusca y desagradable. Sentí que el forro mojado de mi chaqueta se me pegaba a la camisa y que la humedad me corría por la espalda. Las ramas de los pinos sobre mi cabeza no conseguían cobijarme de la lluvia. La luz en la ventana seguía encendida, pero yo había decidido quedarme allí hasta que se apagara. Permanecí firme, en pie, aterido, hundiéndome más y más en el blando estrato terroso. Cuanto más frío tenía, cuanto más me hundía, más feliz me sentía.

»A decir verdad, hasta entonces no había sabido si mis sentimientos por Edīte podían considerarse como amor. Me avergonzaba de mis deseos animales, pero el frío y la lluvia fueron acabando con el animal que me poseía. Me quedé de pie, hundiéndome en la tierra, empapado de lluvia. Mi razón me decía que era una estupidez mojarse y quedarse helado mirando a la ventana, aunque la luz siguiera encendida. Sin embargo, eso es lo que hice. Me quedé porque amaba a Edīte. Lágrimas de alegría corrieron por mis mejillas, mezclándose con la lluvia fría. Y le agradecí de todo corazón a la naturaleza que me hubiera revelado aquel amor.

»Los aguadores celestiales vertían el agua a cántaros, pero eran incapaces de apagar el fulgor de su ventana. Yo estaba empapado, calado hasta los huesos, helado hasta las entrañas, cuando la luz finalmente se apagó. Entonces saqué los pies del barro, me quité la chaqueta y la estrujé, me escurrí los pantalones y supe que me casaría con Edīte, costara lo que costara.

»Es extraño recordar esto ahora. Gracias a la lluvia, comprendí lo que era el amor. Y gracias a la jaula, he comprendido lo que es la vida, lo que significa el trabajo, lo que las personas significan para mí, lo que significa la posibilidad de caminar por un sendero del bosque, recogiendo piñas y escuchando a los pájaros».

Con un carboncillo, Bērzs dibujaba extraños edificios sobre el cemento. Dibujó ciudades enteras, borrándolas a continuación. En esos momentos en que su imaginación erigía edificios y fachadas, combinaciones inesperadas y soluciones novedosas, se sentía feliz,

incluso en el interior de la jaula.

Siempre y cuando no enfrentara su mirada a la muda simetría de los barrotes.

La jaula había hecho desaparecer al consumidor, dejando solo al creador. Pero la jaula también encerraba al creador en su abrazo de acero, permitiéndole saborear los frutos de su trabajo solo en el pensamiento.

¡Qué exigencias y expectativas, qué caprichos y deseos había tenido cuando vivía en el exterior! Hacía ya muchos días que había dividido el mundo en dos mitades: el mundo exterior y el de la jaula. En el mundo de la jaula, Edmunds era tímido y modesto en cuanto a sus exigencias y expectativas, sus caprichos y deseos.

¿Exigencias, caprichos, deseos?

No, en realidad no pensaba en palabras tan altisonantes. Se limitaba a desear que la jaula le permitiera a Edīte entrar allí un solo día al mes, que pudiera tener consigo las prendas de ropa más elementales, algo que le protegiera del frío y del aliento afilado del invierno. Deseaba un poco de comida caliente. Y nada más.

«No, no estoy siendo del todo sincero», reflexionó. «¡Lo único que quiero de verdad es salir de aquí! Pero ¿es posible siquiera? Creer en milagros no sirve de nada. Mejor que me acostumbre a la vida en la jaula».

Se acordó de personas que le habían sido cercanas y no supo si se alegraría de que pudieran estar con él en la jaula, siempre que hubiera comida y refugio para ellas. Imaginó aquella situación de forma tan nítida que sintió que se le cortaba el aliento. Comprendió que la soledad misma era la jaula más terrible en la que un hombre podía encerrarse. La soledad era algo bueno solo si uno podía interrumpirla cuando quisiera.

Si a principios del otoño los alrededores de la jaula habían estado poblados por una multitud de aves que trinaban, silbaban y gorjeaban, ahora solo se oían muy de vez en cuando los graznidos estridentes de los arrendajos y el suave repiqueteo de los pájaros carpinteros. Muchas aves habían abandonado el bosque, emigrando hacia tierras más cálidas. ¿Tierras más cálidas? ¿Acaso existían? Los vencejos, las golondrinas y las oropéndolas ya se habían marchado. Al resto de pájaros no los conocía. Pero deseó que volvieran a revolotear a su alrededor, que la polifonía de sus voces ahogara por un momento la voz de su soledad. Sin embargo, aquel deseo era inútil: el tiempo era implacable, no atendía a deseos. El tiempo, con su zumbido terrible, avanzaba hacia el invierno.

Un herrerillo solitario revoloteó fugazmente sobre la jaula.

¿A quién podía dirigirse con sus deseos? La naturaleza hablaba otro idioma y no lo entendía. ¿Y si la naturaleza se sentía tan

impotente como él mismo y contemplaba, con un horror mudo, la agonía de un hombre entre aquellas garras de acero?

La naturaleza se sonrojó, avergonzada de impotencia. Se ruborizaron los árboles y las hojas arrastradas por el viento sobrevolaron la jaula como pájaros escarlata, posándose con un susurro sobre los barrotes. Bērzs oyó el murmullo de las hojas y pensó: «La naturaleza no me dejará a solas, la naturaleza no me abandonará».

A veces su cabeza se vaciaba de tal modo que no recordaba nada, no pensaba en nada, y Bērzs se limitaba a quedarse echado sobre la gruesa capa de hojas caídas y a observar el carrusel de hojas que revoloteaba sobre él. Hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, un continuo mensaje telegráfico se inscribía en su pensamiento: «También yo soy una hoja, estoy fuera de la jaula, me aferro a la rama del árbol, el viento sopla, me descuelgo de la rama, vuelo, girando con lentitud en el aire, vuelo entre otras hojas».

«Nosotras, las hojas, tenemos un propósito distinto, nuestro propio destino. Debemos caer en la jaula, colarnos a través de los barrotes, ése es nuestro propósito. Posarnos, con un suave crujido, sobre el suelo de cemento, sobre el hombre solitario. Debemos cubrir su rostro entristecido. Debemos atenuar su pena, mitigar su soledad. Somos las hojas de la brisa otoñal. El hombre no puede amarillear por sí mismo: es terco y fuerte, pero también está triste. Volemos, giremos en remolinos, molamos la tristeza del hombre. Hagamos de su tristeza una harina otoñal. Que la harina dorada cubra sus sienes, que pueda hornear con las hojas el pan de su esperanza, el pan amargo de su esperanza. Porque el hombre vive de pan. La muela de molino del tiempo muele al hombre: también él será parte del pan de su esperanza. Volemos, giremos en el molino del tiempo, entremos en la jaula a través de los barrotes, que el hombre entienda que no está solo, que el canto suave y apacible de la esperanza lo acompaña, que la harina dorada del otoño se abre paso por entre los dientes de la jaula».

Bērzs nunca se había imaginado una soledad tan prolongada. ¿Sería capaz de soportarla? En ocasiones sentía que era bastante llevadera. Le parecía que, rodeado de la naturaleza, la soledad no era algo tan solitario. En otras ocasiones, sin embargo, el pánico a olvidar cómo hablar, a olvidar la lengua de los hombres, se apoderaba de él. Y entonces gritaba, gritaba palabras sueltas, sin importar cuales. Eran diatribas improvisadas, sin un tema específico, y quizá solo Freud o un ordenador habrían podido desentramar en ellas algún reflejo de las profundidades de su subconsciente, algún destello de su intelecto.

Una noche se despertó al oír a alguien que se acercaba a la jaula con pasos casi inaudibles. «El bosque ha cobrado vida», se dijo.

Las hojas crujieron misteriosamente. Una silueta afilada surgió de

entre la oscuridad de la maleza, deslizándose junto a la jaula. Un zorro.

Bērzs se adentró en su domo cubierto de hojas secas, manteniendo fuera la cabeza. Un sonido en la lejanía lo perturbaba. No acertaba a reconocerlo. ¿Qué animal hacía aquel ruido? Escuchó durante un buen rato el extraño sonido, que no parecía acercarse ni alejarse. Un sombrío malestar se apoderó de él.

Estaba cansado de esperar a sus salvadores.

Allí había algo más. ¿Un pájaro? ¿Un animal? Pensó que podrían ser dos árboles vecinos, rozándose el uno contra el otro. En cuanto se le ocurrió esta imagen, el sonido se convirtió efectivamente en el que hacen dos árboles rozándose: un gemido, un lamento, un llanto.

Cuando el sol brillaba, se tumbaba de espaldas y contemplaba el cielo. Sus pensamientos se entreveraban con el azul celeste. Pensaba en la muerte. Ya había transcurrido un mes. Su esperanza era mínima, pero esa misma migaja de esperanza no permitía que su fuerza y su aguante desfallecieran.

Sabía que la nada llegaría. La idea misma de «la nada» escondía en sí una paradoja. ¿Podía existir la nada? ¿Podía algo ser algo que no era nada? Pero también era consciente de que «la nada» no le resultaría agradable ni desagradable, simplemente no le sería posible controlar sus emociones.

Esto lo reconfortaba, esos momentos de claridad mental que la jaula le concedía antes de que llegase «la nada».

Pensaba a menudo en su cuerpo, hasta sentir el bombeo de los latidos de su corazón como un enorme motor. En esos momentos, dormitaba y sentía como si él mismo fuera el corazón de la jaula. En esos momentos, no albergaba en su interior sentimiento alguno de reproche ni de odio hacia ella. Sabía que ninguna criatura podía vivir sin un corazón. La jaula también necesitaba un corazón y ella misma se había procurado uno. El corazón latía, se lamentaba, se regocijaba, latía con fuerza. El corazón reverberaba contra el suelo de cemento, entre los barrotes, aquel enorme corazón humano de la jaula.

La jaula solo pensaba en sí misma. No pensaba en nadie más.

Bērzs volvió a conversar con la jaula como si fuera una persona.

—¿Para qué me retienes aquí?, ¿de qué te sirve? ¡Déjame salir!

—¡Pero tiene que haber alguien en la jaula! No pensarás que una jaula como yo puede existir vacía.

—No, no lo pienso. Pero hasta que yo llegué, tú estabas vacía.

—No es cierto —razonó la jaula. Antes de tu llegada, mi esencia de jaula ya estaba aquí.

—¿Y qué derecho tienes a hacer esto? —preguntó Bērzs.

La jaula no supo formular ninguna respuesta sensata a la pregunta. ¿Cómo iba a justificar la jaula sus derechos? La jaula, obviamente, no

tenía derecho ninguno, pero tenía barrotes inexpugnables, así que se limitó a sonreír.

El agua de la poza comenzó a cubrirse de una fina lámina de hielo por las noches.

Bērzs apenas albergaba ya ninguna esperanza de salir de allí con vida. Sabía que habían llegado sus últimos días y deseaba pasarlos en paz, con la conciencia tranquila.

Solo lamentaba una cosa: no haber tenido hijos. No se debían posponer los hijos para más tarde, porque ese «más tarde» podía no llegar jamás.

No sentía rencor hacia sus semejantes. Sabía que lo habían buscado y que algún destino adverso había impedido que lo encontraran.

Una noche, el paso de un grupo de jabalíes hizo retumbar el suelo de cemento. A Bērzs lo reconfortó saber que sus restos mortales estarían protegidos por la jaula. De lo contrario, los jabalíes lo despedazarían. Estaba seguro de que su dieta no consistía únicamente en bellotas y raíces.

Bērzs seguía dándole cuerda a su reloj cada día.

Recapituló su vida en el mundo exterior y concluyó que había valido la pena. Su trabajo le había proporcionado alegrías y satisfacciones. Su tiempo libre lo había pasado divirtiéndose. Había amado y había sido amado. Había tenido amigos.

Aunque claro, también era capaz de admitir ciertas insuficiencias: que todos habían estado demasiado absortos en las tareas y las prisas diarias y que se habían dedicado demasiado poco tiempo los unos a los otros. Absortos cada uno en sus propias preocupaciones. ¿Y él mismo, había sido mejor? No estaba seguro. También él había pensado más en sí mismo y menos en los demás porque le había parecido que era lo correcto. «Que cada uno piense primero en sí mismo, que cada uno haga por mejorarse primero a sí mismo, y que solo después se ocupe de los demás. Así el mundo será un lugar más justo». Se había esforzado por vivir de acuerdo a esta idea porque le había parecido que era lo correcto. «¿Por qué tendría que ser uno responsable del mundo entero? ¡Eso no es más que palabrería! Primero sé responsable de ti mismo, de tu trabajo, de tus relaciones con la gente. Mientras estés vivo, no te encierres en la jaula del egoísmo y verás que el mundo será un lugar mejor».

«Nosotros», ese era el pronombre correcto para hablar de responsabilidad.

A veces sus ideas se ensortijaban como la enredadera amarilla alrededor del tronco del aliso muerto. Pensaba que sería maravilloso poder alcanzar el tronco, arrastrarlo hasta la jaula y quemarlo.

Ya no le quedaba leña. Ni cerillas. Ni avellanas.

Por las noches, helaba.

La cantidad de agua en la poza iba disminuyendo a ojos vistas. Cuando bebía del agua, flotaban en ella lascas de hielo. Los vasos comunicantes subterráneos habían comenzado a cesar su actividad.

Durante el día, el sol brillaba de vez en cuando y los barrotes de la jaula se calentaban un poco. Pero al atardecer, cuando todo estaba en silencio y el bosque se quedaba rígido bajo la helada, Bērzs oía el crujido los barrotes al enfriarse. ¿Quizá era el reumatismo del tiempo carcomiendo la vida de la jaula? ¿El reumatismo del tiempo? Bērzs sonrió levemente. Uno de los barrotes emitió un chasquido triste y apagado. Tal vez la jaula tocaba una música misteriosa.

Nubes cargadas de nieve aparecieron en el cielo. Bērzs contempló los blancos mensajeros del invierno con gran paz interior. «¿Sería la muerte en una jaula diferente a la muerte en una cama?», se preguntó. «No, la muerte es siempre igual, sea en una jaula o en cualquier otra parte del mundo».

Consideró que, a pesar de todo, había vencido a la jaula. Quizá estaba equivocado, pero pensaba que había vencido. La muerte ya era otra cosa. La muerte era simple. Llegaría sin artificios.

«He hecho todo lo que he podido. No me abandoné a la desesperación ni al pánico. No me rendí. No lamí los barrotes, suplicando. Aguanté hasta el final. Ahora es hora de irse. No me arrepiento de nada. No entiendo a quienes me encerraron aquí. Ni siquiera quiero entenderlos. Son seres despreciables. Recibirán su castigo. Debo irme. La jaula no puede impedirme que me vaya. De una forma u otra, debo irme. Antes o después. Me voy con la mente serena. Yo solo perderé la jaula, pero la jaula perderá su corazón.

»La jaula perderá su corazón».

Bērzs murmuró una y otra vez aquellas fatídicas palabras. La jaula gemía con compasión a medida que los barrotes se enfriaban. ¿Compasión? La jaula era demasiado obtusa como para sentir compasión.

Bērzs había reflexionado acerca de las sabias palabras de Séneca: «La puerta está abierta, puedes irte cuando quieras». Sí, podía salir de la jaula en cualquier momento a través de la puerta que le mostraba Séneca, abandonar la jaula y el sufrimiento, dejar atrás el frío, el hambre, la suciedad y el dolor. Pero justo cuando comprendía lo desesperado de su situación, algún resorte en su interior se tensaba, se avivaba su fuerza de voluntad, se sentía elevado y descartaba la idea del suicidio. ¿Irse por voluntad propia? No, no iba a hacerle ese favor a la jaula.

La frescura del primer amor, de la primera mañana y la primera noche, la primera rebanada de pan, la primera alegría, el primer placer, la primera montaña, el primer edificio, el primer aplauso y la primera crítica, el primer río amargo, el primer pony gris del circo, la

primera jaula, el primer y el último trazo de carbón sobre el suelo de cemento, la última jaula… Todo eso no eran más que palabras e imágenes borrosas. Nada de lo que hubiera desaparecido en la jaula del tiempo podría recuperarse.

«Mis padres me sobrevivirán. Les dolerá perderme, como le duele a todo padre y a toda madre. Como le dolerá también a mi esposa. Mi generación también me sobrevivirá. Habré desaparecido para el mundo. Pero los pocos edificios que he construido permanecerán. Y así, para el mundo, no habré desaparecido.

»Si pudiera mirarme en un espejo, no vería el suelo de cemento, los barrotes moteados de óxido, las hojas caídas y las cáscaras de avellana, la paja podrida y el comedero pringoso. Vería mi propio rostro humano porque, aunque he vivido en una jaula, no me he vuelto como ella. La humanidad me ha perdido, pero yo no me he perdido. He seguido siendo hombre».

Bērzs pasó sus últimos días echado en el interior del abrigadero, con la cabeza fuera, inconsciente la mayor parte del tiempo.

La nieve caía mansamente sobre su rostro, liviana y sutil como el olvido. Se derretía, corriéndole por las mejillas, pero poco a poco iba formando una fina capa de hielo, cubriéndole el rostro como una máscara. Solo dos manchas oscuras, por donde salía su aliento, atestiguaban que el hombre aún estaba vivo. Bajo la fina capa de nieve se adivinaban las líneas exactas de los dibujos al carbón sobre el cemento.

Bērzs yacía como una escultura blanca. Una carta, una última palabra que parpadeó en su conciencia embotada, y su firma: «la Momia». Bajo la máscara de nieve, como bajo los pálidos lienzos de lino empleados para embalsamar, se percibían los contornos de su rostro. Una nieve suave y pesada comenzó a caer y Bērzs quedó enseguida cubierto por completo: un túmulo alargado en medio de la jaula, como una momia en un sarcófago.

Un zorro se acercó a la jaula. Permaneció unos instantes frente a ella, alternando su postura, ora sobre una pata ora sobre otra, y luego se alejó corriendo a seguir con su vida de zorro.

Un pequeño grupo de personas descendió por el borde del barranco. Bordeaban los árboles caídos o trepaban por encima de ellos. Las ramas crujían bajo la nieve. El guardabosques local estaba entre los hombres de la partida. Dijo que nunca se habría imaginado que una tragedia así pudiera ocurrir en aquel lugar abandonado por los hombres y dejado de la mano de Dios. En 1944, los fascistas alemanes habían abierto un camino en la espesura del barranco y habían construido una academia de supervivencia o un campo de internamiento y selección. Uno de los barracones de madera había contenido un calabozo, una extraña jaula. El barracón había ardido en

el 45 y el camino hasta el barranco había desaparecido bajo la maleza. De todos modos, estaba en un lugar tan recóndito del bosque que casi nadie pasaba por allí. Quizás algún gitano errante. Durante un tiempo, un jubilado con ideales románticos que vivía en las profundidades del bosque había vagado por allí con su caballo, pero de eso hacía ya mucho tiempo, más de dos años. Hoy en día, nadie iba por aquel lugar.

Según afirmó el guardabosques, era cierto que el cerrojo solo podía abrirse desde el exterior de la jaula. ¿Quién iba a pensar que la jaula cerraría de nuevo sus fauces de metal, devorando una vida tanto tiempo después de la guerra?

Strūga contempló los barrotes y el pañuelo arrugado, congelado, en la punta del palo. Pensó con tristeza que la jaula también tenía su bandera. En aquellos momentos, cubierta de nieve, rodeada de blancos montículos, la jaula no resultaba amenazadora. Su forma surgía erguida, un animal dócil y satisfecho, vigilando la consecución de su destino.

EPÍLOGO

Habían transcurrido dos semanas desde que Valdis Strūga abrió la puerta de la jaula y desde que escuchó, inclinado sobre el abrigadero cubierto de nieve, el tic-tac apagado pero regular del reloj del reloj en la muñeca de Bērzs.

Las primeras nieves ya se habían derretido. Era un final de octubre lluvioso.

Strūga avanzó por el pasillo del hospital vestido con una bata blanca. Rectángulos de luz gris caían sobre el suelo de cemento de un pasillo que las blandas zapatillas de los pacientes habían socavado de forma desigual a lo largo de los años, creando depresiones y hondonadas. Era como una pista de esquí a vista de pájaro.

En el pasillo, saturado de los penetrantes efluvios de un hospital, flotaba el olor al relleno dulzón de los edredones, a batas manchadas de yodo, a sudor, a orina y a alcohol fenílico. Olía a yeso húmedo.

Los uniformes almidonados de sanitarios y enfermeras crepitaban al acompañar a los pacientes, montados sobre sus camillas. Las ruedas de goma rodaban blandamente sobre el suelo irregular. Strūga pasó a su lado, recordando el sueño que Edīte le había contado.

El hospital estaba en cuarentena a causa de la gripe y las visitas de los familiares habían sido prohibidas. Esa era la razón de que Strūga llevara puesta una bata. Disfrazado de médico, no alarmaría innecesariamente a los pacientes.

Edmunds Bērzs se encontraba en una pequeña habitación para dos personas, con ventanas que daban al jardín. Se le habían congelado los pies y las manos, y sufría un ataque agudo de dolor reumático. Estaba demacrado. Aparte de esto, milagrosamente, no tenía ninguna otra secuela física.

El médico encargado de su caso acompañó al visitante.

Strūga se alegró de ver el rostro enjuto de Bērzs, con sus ojos vivos e irónicos, alzarse a su encuentro.

«¿A qué circunstancias impensables ha sobrevivido? ¿Se habrá alimentado de aire? ¿Y si el capitán Pērnavs y yo hubiésemos llegado tan solo un día más tarde? Entonces no habríamos encontrado en la jaula a un hombre con vida y el día de hoy no sería el que es».

Strūga quería decir algo, pero no sabía qué era lo apropiado para la ocasión. Además, se sentía un poco culpable por haber tardado tanto en encontrar a Bērzs. Se inclinó sobre la cama para que este pudiera oírle mejor y le preguntó:

—Bueno, ¿cómo está de la gota?

Bērzs se echó a reír. Con voz sorprendentemente recia, contestó:

—La gota se quedó en la jaula. ¿Usted también la sufre?

Strūga no se lo había confesado aún a nadie. Ni a los médicos, ni a los amigos, ni a los compañeros. Ni siquiera a su mujer. Pero sentía una afinidad especial con aquel hombre. Tenía que decírselo.

—Sí —suspiró el inspector—, sé cómo es. He intentado de todo para aliviar los dolores, pero sin demasiado éxito.

El médico los dejó a solas. Durante su estancia en la jaula, Bērzs había hecho un nuevo amigo. Y, durante la búsqueda de la jaula, también Strūga había encontrado a uno. Siguieron charlando en voz baja, casi susurrando, y solo de vez en cuando se oían algunas palabras con claridad.

«Sí, eso es, Terskol. No sé si este año podré ir. Yo sí que iré. ¿Brandy armenio? Bueno, un sorbito sí que puedo. Es para ponerme mejor. Entonces, ¡a tu salud! ¡Ah! ¿Y qué tenías para comer? Setas. No puede ser, ¿setas? ¡Pero las setas contienen purinas! ¡Las personas con gota no deben comer setas! Sorprendente, ¿verdad? No, no me eches más. Bueno, pues ¡por una buena salud! Sí, ¿qué decías sobre las fijaciones de esquís? Ah, sí, las fijaciones son indispensables, de esas con el resorte en el talón. ¿Y dónde pueden conseguirse? Ah, eso no lo sé. Habrá que pensar en algo».

Cuando encontraron a Bērzs, el camarada Rītmanis, que aún no había sido ratificado como jefe de despacho, presentó su dimisión y pasó a trabajar para otro estudio. Sí, en el otro estudio se trabajaba con proyectos de menor envergadura y menor alcance. Sin embargo, prefería ser cabeza de ratón que cola de león. Al menos, así lo consideró Rītmanis, y nadie lo culpaba por ello.

El escritor Nupats, que había terminado su novela policiaca sobre el asesinato de Bērzs, se mostró contrariado porque tendría que rehacer tanto el principio como el final de su obra. Al fin y al cabo, era un realista acérrimo y debía ser fiel a la verdad de los hechos. Nupats visitó a Bērzs en el hospital y ambos se rieron de buena gana leyendo las páginas que describían la muerte del arquitecto. Como los bolsillos del escritor estaban casi vacíos, este recibió el visto bueno de Bērzs para sacrificar sus principios artísticos en vistas a mejorar su economía familiar. No reescribió ni el principio ni el final, de forma que el protagonista de la novela se quedó en el otro mundo. En la portada, donde había escrito «Una novela documental», el autor tachó la segunda palabra: así podía publicar su libro sin faltar a la verdad.

Tanto Antlāvs como Novadnieks y otros hombres de las altas esferas visitaron a Bērzs en el hospital ataviados con batas blancas. Los médicos no conseguían deshacerse de tantos visitantes. Bērzs tomaba una copita de brandy con cada uno de ellos y, enseguida, volvió a sentir en las articulaciones las suaves punzadas de la gota.

Bērzs se recuperó y retomó su posición como jefe de despacho.

El comportamiento de Edīte durante la desaparición de su marido se tuvo como modelo a seguir por todas las mujeres.

Dindāns fue juzgado y condenado. La sentencia le fue rebajada gracias al hermoso discurso que el testigo Edmunds Bērzs pronunció acerca de la jaula que Dindāns llevaba consigo, en su interior. Dindāns, sin embargo, no entendió gran cosa de aquel discurso y dio por sentado que Bērzs se había vuelto un poco loco durante su encierro.

A Mare, la inocente huertana, le afectó tan profundamente descubrir que su prometido era un criminal que hubo de pasar medio año en un hospital psiquiátrico donde solo hablaba con las flores.

Irbe, al igual que antes, siguió llevándole nueve rosas rojas a Edīte el día de su onomástica.

Solo los padres de Dindāns, maestros de escuela jubilados, no lograron sobreponerse al golpe emocional sufrido y se apagaron como el resplandor del sol ocultándose más allá del horizonte.

En febrero, Fyodorov cogió la gripe y Strūga no pudo disfrutar de sus vacaciones. Se quedó sin esquiar en Terskol.

A mediados de invierno, con la tierra bien endurecida por el frío, cuando los trabajos en el bosque avanzaban a toda velocidad, un tractor oruga llegó hasta la jaula y echó abajo sus barrotes oxidados.

Y esto, en resumen, es todo sobre la jaula.

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.



Edmunds Bērzs, un arquitecto de éxito, desaparece repentinamente sin dejar rastro durante el trayecto de regreso a su casa en Riga, después de haber ido a visitar la granja de sus padres. Nadie sabe si se ha fugado voluntariamente o si ha sido víctima de un crimen.

Su mujer, Edīte, se encarga de que se inicien las investigaciones policiales, que enseguida parecen llegar a un punto muerto. No hay señales de Bērzs ni indicios de su paradero, tampoco pruebas de si está vivo o muerto. En el transcurso de la búsqueda, el inspector Valdis Strūga, responsable del caso, se sentirá cada vez más vinculado al desaparecido y se verá sumido en un proceso de introspección y análisis de su propia vida.

Publicada originalmente en 1972, *La jaula* es un clásico de la literatura letona. Un extraordinario relato psicológico y de suspense escrito por uno de los novelistas letones más destacados. Muchos han interpretado *La jaula* como una alegoría de la opresión soviética pero, ante todo, esta novela nos invita a reflexionar sobre el sentido de la libertad individual.

¿Necesito leyes si estoy solo? ¿Necesito la moral si estoy solo? ¿Necesito la ética si estoy solo? ¿Y necesito mi propio yo si estoy solo?

«Esta novela nos ayuda a responder a las innumerables crisis que nos asolan: el miedo, la culpa, la superstición, el ego».

Sonograma

«*La jaula* es una impresionante variante de la novela común de misterio, o incluso de cualquier novela común, una obra entretenida y, sin embargo, profundamente filosófica».

Complete Review

